Otelo: el moro de Venecia

William Shakespeare

DRAMATIS PERSONÆ

EL DUX DE VENECIA.

BRABANCIO, *senador.*

OTROS SENADORES.

GRACIANO, *hermano de Brabancio.*

LUDOVICO, *pariente de Brabancio.*

OTELO, *noble moro, al servicio de lo República de Venecia.*

CASSIO, *teniente suyo.*

IAGO, *su alférez.*

RODRIGO, *hidalgo veneciano.*

MONTANO, *predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre.*

BUFÓN, *criado de Otelo.*

DESDÉMONA, *hija de Brabancio y esposa de Otelo.*

EMILIA, *esposa de Iago.*

BLANCA, *querida de Cassio.*

UN MARINERO, ALGUACILES, CABALLEROS, MENSAJEROS, MÚSICOS, HERALDOS *y* ACOMPAÑAMIENTO.

ESCENA: *En el primer acto, en Venecia; durante el resto de la obra. en un puerto de mar de la isla de Chipre.*



Acto Primero

Escena Primera

Venecia. -Una calle

Entran RODRIGO e IAGO

RODRIGO.- ¡Basta! ¡No me hables más! Me duele en el alma que tú, Iago, que has dispuesto de mi bolsa como si sus cordones te pertenecieran, supieses del asunto...

IAGO.- ¡Sangre de Dios! ¡No queréis oírme! ¡Si he imaginado nunca semejante cosa, aborrecedme!

RODRIGO.- Me dijiste que sentías por él odio.

IAGO.- ¡Execradme si no es cierto! Tres grandes personajes de la ciudad han venido personalmente a pedirle, gorra en mano, que me hiciera su teniente; y a fe de hombre, sé lo que valgo, y no merezco menor puesto. Pero él, cegado en su propio orgullo y terco en sus decisiones, esquiva su demanda con ambages ampulosos, horriblemente henchidos de epítetos de guerra; y, en conclusión, rechaza a mis intercesores; «porque ciertamente (les dice) he elegido ya mi oficial». ¿Y quién es este oficial? Un gran aritmético, a fe mía; un tal Miguel Cassio, un florentino, un mozo a pique de condenarse por una mujer bonita, que nunca ha hecho maniobrar un escuadrón sobre el terreno, ni sabe más de la disposición de una batalla que una hilandera, a no ser la teoría de los libros, que cualquiera de los cónsules togados podría explicar tan diestramente como él. Pura charlatanería y ninguna práctica es toda su ciencia militar! Pero él, señor, ha sido elegido, y yo (de quien sus ojos han visto la prueba en Rodas, Chipre y otros territorios cristianos y paganos) tengo que ir a sotavento y estar al pairo por quien no conoce sino el deber y el haber por ese tenedor de libros. Él, en cambio, ese calculador, será en buen hora su teniente; y yo (¡Dios bendiga el título!), alférez de su señoría moruna.

RODRIGO.- ¡Por el cielo, antes hubiera sido yo su verdugo!

IAGO.- Pardiez, ¡y qué remedio me queda! Es el inconveniente del servicio. El ascenso se obtiene por recomendación o afecto, no según el método antiguo en que el segundo heredaba la plaza del primero. Juzgad ahora vos mismo, señor, si en justicia estoy obligado a querer al moro.

RODRIGO.- En ese caso, no seguiría yo a sus órdenes.

IAGO.- ¡Oh! Estad tranquilo, señor. Le sirvo para tomar sobre él mi desquite. No todos podemos ser amos, ni todos los amos estar fielmente servidos. Encontraréis más de uno de esos bribones, obediente y de rodillas flexibles, que, prendado de su obsequiosa esclavitud, emplea su tiempo muy a la manera del burro de su amo, por el forraje no más, y cuando envejece, queda cesante. ¡Azotadme a esos honrados lacayos! Hay otros que, observando escrupulosamente las formas y visajes de la obediencia y ataviando la fisonomía del respeto, guardan sus corazones a su servicio, no dan a sus señores sino la apariencia de su celo, los utilizan para sus negocios, y cuando han forrado sus vestidos, se rinden homenaje a sí propios. Estos camaradas tienen cierta inteligencia, y a semejante categoría confieso pertenecer. Porque, señor, tan verdad como sois Rodrigo, que a ser yo el moro, no quisiera ser Iago. Al servirlo, soy yo quien me sirvo. El cielo me es testigo; no tengo al moro ni respeto ni obediencia; pero se lo aparento así para llegar a mis fines

particulares. Porque cuando mis actos exteriores dejen percibir las inclinaciones nativas y la verdadera figura de mi corazón bajo sus demostraciones de deferencia, poco tiempo transcurrirá sin que lleve mi corazón sobre mi manga para darlo a picotear a las cornejas. ¡No soy lo que parezco!

RODRIGO.- ¡Qué suerte sin igual tendrá el de los labios gordos si la consigue así!

IAGO.- Llamad a su padre. Despertadle. Encarnizaos con el moro, envenenad su dicha, pregonad su nombre por las calles, inflamad de ira a los parientes de ella, y aunque habite en un clima fértil, infectadlo de moscas. Por más que su alegría sea alegría, abrumadle, sin embargo, con tan diversas vejaciones, que pierda parte de su color.

RODRIGO.- He aquí la casa de su padre. Voy a llamarle a gritos.

IAGO.- Hacedlo, y con el mismo acento pavoroso e igual prolongación lúgubre que cuando en medio de la noche y por descuido alguien descubre el incendio en una ciudad populosa.

RODRIGO.- ¡Eh! ¡Hola! ¡Brabancio! ¡Señor Brabancio! ¡Hola!

IAGO.- ¡Despertad! ¡Eh! ¡Hola! ¡Brabancio! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Mirad por vuestra casa, por vuestra hija y por vuestras talegas! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Entra BRABANCIO, *arriba, asomándose a una ventana*

BRABANCIO.- ¿Qué razón hay para que se me llame con esas vociferaciones terribles? ¿Qué sucede?

RODRIGO.- Signior, ¿está dentro toda vuestra familia?

IAGO.- ¿Están cerradas vuestras puertas?

BRABANCIO.- ¿Por qué? ¿Con qué objeto me lo preguntáis?

IAGO.- ¡Voto a Dios, señor! ¡Os han robado! Por pudor, poneos vuestro vestido. Vuestro corazón está roto. Habéis perdido la mitad del alma. En el momento en que hablo, en este instante, ahora mismo, un viejo morueco negro está topetando a vuestra oveja blanca. ¡Levantaos, levantaos! ¡Despertad al son de la campana a todos los ciudadanos que roncan; o si no, el diablo va a hacer de vos un abuelo! ¡Alzad, os digo!

BRABANCIO.- ¡Cómo! ¿Habéis perdido el seso?

RODRIGO.- Muy reverendo señor, ¿conocéis mi voz?

BRABANCIO.- No. ¿Quién sois?

RODRIGO.- Mi nombre es Rodrigo.

BRABANCIO.- Tanto peor llegado. Te he advertido que no rondes mis puertas. Me has oído decir con honrada franqueza que mi hija no es para ti; y ahora, en un acceso de locura, atiborrado de cena y de tragos que te han destemplado, vienes por maliciosa bellaquería a turbar mi reposo.

RODRIGO.- Señor, señor, señor...

BRABANCIO.- Pero puedes estar seguro de que mi carácter y condición tienen en sí poder para que te arrepientas de esto.

RODRIGO.- Calma, buen señor.

BRABANCIO.- ¿Qué vienes a contarme de robo? Estamos en Venecia. Mi casa no es una granja en pleno campo.

RODRIGO.-Respetabilísimo Brabancio, vengo hacia vos con alma sencilla y pura.

IAGO.- ¡Voto a Dios, señor! Sois uno de esos hombres que no servirían a Dios si el diablo se lo ordenara. Porque venimos a haceros un servicio y nos tomáis por rufianes, dejaréis que cubra a vuestra hija un caballero berberisco. Tendréis nietos que os relinchen, corceles por primos y jacas por deudos.

BRABANCIO.- ¿Quién eres tú, infame pagano?

IAGO.- Soy uno que viene a deciros que vuestra hija y el moro están haciendo ahora la bestia de dos espaldas.

BRABANCIO.- ¡Eres un villano!

IAGO.- Y vos sois... un senador.

BRABANCIO.- Tú me responderás de esto. Te conozco, Rodrigo.

RODRIGO.- Señor, responderé de todo lo que queráis. Pero, por favor, decidme si es con vuestro beneplácito y vuestro muy prudente consentimiento (como en parte lo juzgo) como vuestra bella hija, a las tantas de esta noche, en que las horas se deslizan inertes, sin escolta mejor ni peor que la de un pillo al servicio del público, de un gondolero, ha ido a entregarse a los abrazos groseros de un moro lascivo...; si conocéis el hecho y si lo autorizáis, entonces hemos cometido con vos un ultraje temerario e insolente; pero si no estáis informado de ello, mi educación me dice que nos habéis reprendido sin razón. No creáis que haya perdido yo el sentimiento de toda buena crianza hasta el punto de querer jugar y bromear con vuestra reverencia. Vuestra hija, os lo digo de nuevo (si no le habéis otorgado este permiso), se ha hecho culpable de una gran falta, sacrificando su deber, su belleza, su ingenio, su fortuna a un extranjero, vagabundo y nómada, sin patria y sin hogar. Comprobadlo vos mismo inmediatamente. Si está en su habitación o en vuestra casa,

entregadme a la justicia del Estado por haberos engañado de esta manera.

BRABANCIO.- ¡Golpead la yesca! ¡Hola! ¡Dadme una vela! ¡Despertad a todas mis gentes!... Este accidente no difiere mucho de mi sueño. El temor de que sea cierto me oprime ya. ¡Luz, digo! ¡Luz! (Desaparece de la ventana.)

IAGO.- Adiós, pues debo dejaros. No me parece conveniente, ni conforme con el puesto que ocupo, ser llamado en justicia (como sucederá, si me quedo) a deponer contra el moro. Porque, a la verdad, aunque esta aventura le cree algunos obstáculos, sé que el Estado no puede, sin riesgos, privarse de sus servicios. Son tan grandes las razones que han movido a la República a confiarle las guerras de Chipre (en curso a la hora presente), que no hallarían, ni aun al precio de sus almas, otro de su talla para dirigir sus asuntos. Por consiguiente, aunque le odio como a las penas del infierno, las necesidades de mi vida actual me obligan, no obstante, a izar el pabellón, y la insignia del afecto, simple insignia, verdaderamente. Si queréis hallarle con seguridad, conducid hacia el Sagitario a los que se levanten para ir en su busca, que allí estaré con él. Y con esto, adiós. *(Sale.)*

Entran, arriba, BRABANCIO *y* CRIADOS *con antorchas*

BRABANCIO.- ¡Es una desgracia demasiado cierta! Ha partido, y lo que me queda por vivir de mi odiada vejez no será ya sino amargura.- ¡Hola, Rodrigo! ¿Dónde la viste? ¡Oh, hija miserable!- ¿Con el moro, dices?- ¿Quién quisiera ser padre?- ¿Cómo supiste que era ella?- ¡Ah, me engaña por encima de toda imaginación!- ¿Qué os dijo?- ¡Traed más luces! ¡Despertad a todos mis parientes!- ¿Creéis que se han casado?

RODRIGO.- Verdaderamente, lo creo.

BRABANCIO.- ¡Oh!, cielo!- ¿Cómo pudo salir?- ¡Oh, traición de la sangre!- Padres, no os fiéis desde hoy de las almas de vuestras hijas por lo que las veis obrar. ¿No existen encantos que permiten abusar de la juventud y de la inocencia? ¿No habéis leído de estas cosas, Rodrigo?

RODRIGO.- Sí, en verdad, señor.

BRABANCIO.- ¡Que se llame a mi hermano!- ¡Oh, que no la hubiereis tenido vos! ¡Vayan los unos en una dirección, y los otros en otra!- ¿Sabéis dónde podríamos cogerles a ella y al moro?

RODRIGO.- Creo que a él podré descubrirle, si os place proveeros de una buena guardia y venir conmigo.

BRABANCIO.- Por favor, guiadnos. Llamaré en todas las casas. Puedo mandar en la mayor parte.- ¡Traed armas, eh! Y levantad a algunos oficiales del servicio de noche.- Marchemos, buen Rodrigo. Yo recompensaré vuestras molestias. *(Salen.)*

Escena Segunda

El mismo lugar.-Otra calle

Entran OTELO, IAGO *y personas del séquito con antorchas*

IAGO.- Aunque he matado hombres en el servicio de la guerra, tengo, sin embargo, por caso de verdadera conciencia cometer un asesinato con premeditación. Me falta a veces maldad, que me sería útil. Nueve o diez veces pensé haberle dado aquí, con mi puñal, debajo de las costillas.

OTELO.- Más vale que hayan pasado así las cosas.

IAGO.- Cierto, pero charlaba en demasía y profería términos tan injuriosos y provocativos contra vuestro honor, que con la poca piedad que tengo, me ha costado mucho trabajo soportarle. Pero, os lo ruego, señor, ¿os habéis casado de veras? Estad seguro de esto, de que el magnífico es muy estimado, y posee en realidad una voz poderosa, dos veces tan influyente como la del dux. Os obligará a divorciaros, u os opondrá tantos inconvenientes o vejaciones, que la ley (con todo el poder que tiene para reforzarla) le dará cable.

OTELO.- Que obre a tenor de su enojo. Los servicios que he prestado a la Señoría reducirán al silencio sus querellas. Aún está por saberse (y lo proclamaré cuando me conste que la jactancia es un honor) que derivo mi vida y mi ser de hombres de regia estirpe, y en cuanto a mis méritos, pueden hallar, a cara descubierta, a tan alta fortuna como la que he alcanzado. Porque sabe, Iago, que sin el amor que profeso a la gentil Desdémona, no quisiera por todos los tesoros del mar trazar límites fijos y estrechos a mi condición libre y errante. Pero ¡mira! ¿Qué luces son aquéllas?

Entran CASSIO, *a distancia, y ciertos oficiales con antorchas*

IAGO.- Son del padre, que se ha despertado, y de sus amigos. Debierais iros dentro.

OTELO.- No; que se me encuentre; mi dignidad, mi rango y mi conciencia sin reproche me mostrarán tal como soy. ¿Son ellos?

IAGO.- ¡Por Jano! Creo que no.

OTELO.- ¡Los servidores del dux y mi teniente! ¡Los plácemes de la noche caigan sobre vosotros, amigos! ¿Qué noticias hay?

CASSIO.- El dux os envía sus saludos, general, y requiere vuestra presencia sin demora, en este mismo instante.

OTELO.- ¿De qué creéis que se trate?

CASSIO.- A lo que he podido adivinar, de algo referente a Chipre. Es un asunto de cierta prisa. Esta misma noche las galeras han enviado una docena de mensajeros sucesivos, pisándose los talones unos a otros; y buen número de cónsules están ya levantados y reunidos con el dux. Se os ha llamado aceleradamente, y cuando han visto que no se os hallaba en vuestro alojamiento, el Senado ha despachado tres pesquisas diferentes para proceder a vuestra busca.

OTELO.- Está bien que seáis vos quien me haya encontrado. Voy a decir sólo una palabra aquí en la casa, e iré con vos. *(Sale.)*

CASSIO.- ¿Qué hacía aquí, alférez?

IAGO.- A fe mía, esta noche ha abordado a una carraca de tierra; si la presa es declarada legal, se hace rico para siempre.

CASSIO.- No entiendo.

IAGO.- Se ha casado.

CASSIO.- ¿Con quién?

Vuelve a entrar OTELO

IAGO.- Por mi fe, con... Vamos, capitán, ¿queréis venir?

OTELO.- Soy con vos.

CASSIO.- He aquí otra tropa que viene a buscaros.

IAGO.-Es Brabancio. General, tened cuidado. Viene con malas intenciones.

Entran BRABANCIO, RODRIGO *y oficiales con antorchas y armas*

OTELO.- ¡Hola, teneos!

RODRIGO.- Signior, es el moro.

BRABANCIO.- ¡Sus, a él! ¡Al ladrón! *(Desenvainan por ambas partes.)*

IAGO.- ¡A vos, Rodrigo! ¡Vamos, señor, soy vuestro hombre!

OTELO.- Guardad vuestras espadas brillantes, pues las enmohecería el rocío. Buen signior, se obedecerá

mejor a vuestros años que a vuestras armas.

BRABANCIO.- ¡Oh, tú, odioso ladrón! ¿Dónde has escondido a mi hija? Condenado como eres, has debido hechizarla, pues me remito a todo ser de sentido, si a no estar cautiva en cadenas de magia es posible que una virgen tan tierna, tan bella y tan dichosa, tan opuesta al matrimonio que esquivó los más ricos y apuestos galanes de nuestra nación, hubiera incurrido nunca en la mofa general, escapando de la tutela paterna para ir a refugiarse en el seno denegrido de un ser tal como tú, hecho para inspirar temor y no deleite. Séame juez el mundo si no es de toda evidencia que has obrado sobre ella con hechizos odiosos, que has abusado de su delicada juventud por medio de drogas o de minerales que debilitan la sensibilidad. Haré que se examine el caso. Es probable, palpable al pensamiento. Te prendo, pues, y te acuso, como corruptor de personas y practicante de artes prohibidas y fuera de la ley. Apoderaos de él; si resiste, sometedle a sus riesgos y peligros.

OTELO.- ¡Detened vuestras manos, vosotros, los que estáis de mi parte, y vosotros también, los del otro partido! Si mi réplica fuera reñir, la sabría sin apuntador. ¿Dónde queréis que vaya a responder a vuestro cargo?

BRABANCIO.- A la cárcel, hasta que el plazo establecido por la ley y el curso regular de la justicia te llamen a responder.

OTELO.- ¿Qué sucederá si obedezco? ¿Cómo podría entonces satisfacer al dux, cuyos mensajeros están aquí, a mi lado, para conducirme ante él, a propósito de cierto asunto urgente del Estado?

OFICIAL.- Es cierto, muy digno signior. El dux se halla en Consejo y estoy seguro de que ha enviado a buscar a vuestra noble persona...

BRABANCIO.- ¡Cómo! ¡El dux en Consejo! ¿Y a esta hora de la noche? Llevadle. No es una causa ociosa la mía. El dux mismo o cualquiera de mis hermanos de Estado no pueden sino sentir mi ultraje como si les fuera propio. Porque si tales acciones pudieran tener paso libre, los esclavos y los paganos fueran nuestros estadistas. *(Salen.)*

Escena Tercera

El mismo lugar.-Cámara del Consejo

El DUX *y los* SENADORES *sentados a una mesa; oficiales en funciones de servicio*

DUX.- No hay concordancia en estas noticias para que se le dé crédito.

SENADOR PRIMERO.- Son muy divergentes, en verdad. Mis cartas dicen ciento siete galeras.

DUX.- Y las mías ciento cuarenta.

SENADOR SEGUNDO.- Y las mías, doscientas. Sin embargo, aunque no estén conformes en la cifra exacta (y en casos como éste, en que los informes se hacen por conjetura, son frecuentes las diferencias), todas confirman, no obstante, la existencia de una flota turca y haciendo velas con rumbo a Chipre.

DUX.- Bien mirado, parece, en efecto, muy probable. No estoy tan convencido de las inexactitudes para que el hecho capital de estas noticias no me inspire un sentimiento de inquietud.

UN MARINERO *(dentro)*.- ¡Hola, eh! ¡Hola, eh!

Entra el MARINERO

OFICIAL.- Un mensajero de las galeras.

DUX.- ¡Hola! ¿Qué ocurre?

MARINERO.- La armada turca se dirige a Rodas. Se me envía a anunciarlo aquí al gobierno de parte del signior Angelo.

DUX.- ¿Qué decís de este cambio?

SENADOR PRIMERO.- No puede ser, no resiste al ensayo de la razón. Es un simulacro para mantenemos en una contemplación falsa. Cuando consideramos la importancia de Chipre para el turco y comprendemos, además, que no sólo esta isla concierne más al turco que Rodas, sino también que puede tomarla con más facilidad, pues no está armada de semejantes medios de defensa, antes carece por completo de los recursos de que se halla provista Rodas, si reflexionamos en esto, no podemos creer que sea el turco tan torpe que relegue a último lugar la isla que le incumbe en primero y abandone una tentativa fácil y provechosa, para despistar y sostener un peligro infructuoso.

DUX.- Cierto, con toda seguridad, que no piensa en Rodas.

OFICIAL.- Aquí llegan más noticias.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.- Los otomanos, reverendo e ilustre dux, se dirigen con rumbo fijo hacia la isla de Rodas, habiéndoseles unido en ruta su flota posterior.

SENADOR PRIMERO.- Sí, es lo que yo pensaba. ¿De cuántas naves se compone, en vuestra opinión?

MENSAJERO.- De treinta velas, y ahora virando ponen proa con franca apariencia de llevar sus

designios hacia Chipre. El signior Montano, vuestro fiel y muy valeroso servidor, os presenta sus respetuosos deberes, informándoos del hecho y suplicándoos que le creáis.

DUX.- Es cierto, entonces, que van contra Chipre. ¿No se encuentra en la ciudad Marcos Luccicos?

SENADOR PRIMERO.- Está ahora en Florencia.

DUX.- Escribidle de nuestra parte, para que vuelva a correo seguido.

SENADOR PRIMERO.- He aquí venir a Brabancio y al valiente moro.

Entran BRABANCIO, OTELO, IAGO, RODRIGO *y oficiales*

DUX.- Valeroso Otelo, es menester que os empleemos inmediatamente contra el otomano, nuestro común enemigo. (*A Brabancio*.) No os veía. Sed bien venido, noble signior; necesitamos de vuestro consejo y de vuestra ayuda esta noche.

BRABANCIO.- Y yo de los vuestros. Que vuestra virtuosa gracia me perdone. No son mis funciones, ni todo lo que he oído de los asuntos de Estado, lo que me ha levantado del lecho; ni el interés público tiene influencia en mí. Porque mi dolor particular es de una naturaleza tan desbordante, tan impetuosa y parecida a las aguas de una esclusa, que engulle y sumerge las demás penas, y él queda siempre igual.

DUX.- Pues ¿qué ocurre?

BRABANCIO.- ¡Mi hija! ¡Oh, mi hija!

DUX *y* SENADORES.- ¿Muerta?

BRABANCIO.- ¡Sí, para mí! Ha sido seducida, me la han robado y pervertido con sortilegios y medicinas compradas a charlatanes, pues la naturaleza, no siendo ella imbécil, ciega o coja de sentido, no podría haberse engañado tan descabelladamente sin el auxilio de la brujería.

DUX.- Sea quien fuere el que por este odioso procedimiento ha privado así a vuestra hija de sí propia y a vos de ella, sufrirá la aplicación del sangriento libro de la ley interpretado por vos mismo, como os convenga en su texto más implacable; sí, lo será, aun cuando vuestra acusación recayera en nuestro propio hijo.

BRABANCIO.- Lo agradezco humildemente a Vuestra Gracia. He aquí el hombre, este moro, a quien ahora, por mandato especial, habéis traído aquí, parece, para asuntos de Estado.

DUX *y* SENADORES.- Sentimos por ello el más profundo pesar.

DUX.- *(A Otelo.)* ¿Qué podéis responder a esto en defensa propia?

BRABANCIO.- Nada, sino que es así.

OTELO.- Muy poderosos, graves y reverendos señores, mis muy nobles y muy amados dueños; es por demás cierto que me he llevado la hija de este anciano; es cierto que me casé con ella: la verdadera cabeza y frente de mi crimen tiene esta extensión, no más. Soy rudo en mis palabras, y poco bendecido con el dulce lenguaje de la paz, pues desde que estos brazos tuvieron el desarrollo de los siete años, salvo durante las nueve postreras lunas, han hallado siempre sus más caros ejercicios en los campos cubiertos de tiendas. Y fuera de lo que concierne a las acciones guerreras y a los combates, apenas puedo hablar de este vasto universo. Por consiguiente, poco embelleceré mi causa hablando de mí mismo. No obstante, con vuestra graciosa autorización, os haré llanamente y sin ambages el relato de la historia entera de mi amor. Os diré qué drogas, qué encantos, qué conjuros, qué mágico poder (pues de tales procedimientos se me acusa) he empleado para seducir a su hija.

BRABANCIO.- Una virgen nunca desenvuelta, de un carácter tan apacible y tímido, que al menor movimiento enrojecía; y, a despecho de su naturaleza, de sus años, de su país, de su reputación, de todo, ¡caer enamorada de quien tenía miedo de mirar! Mostraría un juicio mutilado y muy imperfecto quien declarase que la perfección puede errar a tal punto contra todas las reglas de la naturaleza; y ante un hecho parecido, debe buscarse la explicación en las prácticas astutas del infierno. Mantengo, pues, de nuevo que ha operado sobre ella con algunas poderosas mixturas sobre la sangre, o por alguna poción conjurada a este efecto.

DUX.- Mantenerlo no es probarlo. Necesitáis testimonios mucho más precisos y más claros que esas ligeras aserciones y las probabilidades superficiales de esas ordinarias apariencias.

SENADOR PRIMERO.- Pero hablad, Otelo. ¿Habéis conquistado y emponzoñado por medios indirectos y violentos las afecciones de esta joven doncella? ¿O ha sucedido ello por plegarias y esas bellas instancias que el corazón dirige al corazón?

OTELO.- Os lo suplico, enviad a buscar la dama al Sagitario y que se explique respecto de mí delante de su padre. Si en el relato me halláis culpable, no os contentéis con retirarme la confianza y el cargo que os debo, sino que vuestra sentencia caiga sobre mi propia vida.

DUX.- Traed acá a Desdémona.

OTELO.- Alférez, guiadles; vos conocéis mejor el sitio. *(Salen Iago y acompañamiento.)* Y mientras llega, tan sinceramente como confieso al cielo los vicios de mi sangre, así explicaré, con la misma franqueza, a vuestros graves oídos, cómo conquisté el amor de esta bella dama, y ella el mío.

DUX.- Referidlo, Otelo.

OTELO.- Su padre me quería; me invitaba a menudo; interrogábame siempre sobre la historia de mi vida, detallada año por año; acerca de las batallas, los asedios, las diversas suertes que he conocido. Yo le contaba mi historia entera desde los días de mi infancia hasta el momento mismo en que mandaba hablar. Le hacía

relación de muchos azares desastrosos, de accidentes patéticos por mar y tierra; de cómo había escapado por el espesor de un cabello a una muerte inminente; de cómo fui hecho prisionero por el insolente enemigo y vendido como esclavo; de cómo me rescaté y de mi manera de proceder en mi historia de viajero. Entonces necesitaba hacer mención de vastos antros y de desiertos estériles, de canteras salvajes, de peñascos y de montañas cuyas cimas tocaban el cielo, y hacía de ellos la descripción. Luego hablaba de los caníbales, que se comen los unos a los otros (los antropófagos), y de los hombres que llevan su cabeza debajo del hombro. Desdémona parecía singularmente interesada por estas historias, pero las ocupaciones de la casa la obligaban sin cesar a levantarse; las despachaba siempre con la mayor diligencia posible, luego volvía y devoraba mis discursos con un oído ávido. Habiéndolo yo observado, elegí un día una hora oportuna y hallé fácilmente el medio de arrancarle del fondo de su corazón la súplica de hacerla por entero el relato de mis viajes, de que había oído algunos fragmentos, pero sin la debida atención. Accedí a ello, y frecuentemente le robé lágrimas, cuando hablaba de alguno de los dolorosos golpes que habían herido mi juventud. Acabada mi historia, me dio por mis trabajos un mundo de suspiros. Juró que era extraño, que en verdad era extraño hasta el exceso, que era lamentable, asombrosamente lamentable; hubiera deseado no oírlo, no obstante anhelar que el cielo le hiciera nacer de semejante hombre. Me dio las gracias y me dijo que si tenía un amigo que la amara me invitaba a contarle mi historia, y que ello bastaría para que se casase con él. Animado con esta insinuación, hablé. Me amó por los peligros que había corrido y yo la amé por la piedad que mostró por ellos. Ésta es la única brujería que he empleado. Aquí llega la dama; que sea testigo de ello.

Entran DESDÉMONA, IAGO *y acompañamiento*

DUX.- Pienso que un relato así hubiera vencido también a mi hija. Mi buen Brabancio, tomad por el lado mejor este asunto hecho trizas. Los hombres se defienden más seguramente con armas rotas que con sus manos desnudas.

BRABANCIO.- Oídme, os ruego. ¡Que ella confiese que recorrió la mitad del camino, y entonces que la destrucción caiga sobre mi cabeza si mi más fuerte censura se dirige contra este hombre! Venid acá, linda señorita. ¿Descubrís entre toda esta noble compañía a quién debéis sobre todo obediencia?

DESDÉMONA.- Mi noble padre, noto aquí un deber compartido. Os estoy obligada por mi vida y mi educación; mi vida y mi educación me enseñan qué respeto os debo. Sois el dueño de mi obediencia, ya que hasta aquí he sido vuestra hija. Mas he aquí mi esposo; y la misma obediencia que os mostró mi madre, prefiriéndoos a su padre, reconozco y declaro deberla al moro, mi marido.

BRABANCIO.- ¡Dios sea con vos! He terminado. Si place a Vuestra Gracia, ocupémonos de los asuntos del Estado -más me hubiera valido adoptar un hijo que engendrar eso-. Ven acá, moro. Te otorgo aquí con todo mi corazón lo que te negaría con todo mi corazón, si no lo tuvieras ya. Gracias a ti, alhaja, me siento feliz en el fondo de mi alma por no haber tenido más hijos; pues tu escapada me enseñaría a ser lo bastante tirano para ponerles trabas. He acabado, señor.

DUX.- Dejadme hablar como hablaríais vos mismo, y pronunciar una máxima que podrá servir de escalón o peldaño a estos enamorados para recobrar vuestro favor. Cuando los remedios son inútiles, los pesares que se ligaban a nuestras esperanzas dan fin por la inutilidad misma de los remedios. Llorar una desgracia consumada e ida es el medio más seguro de atraerse otra desgracia nueva. Cuando no puede

salvarse lo que se lleva el hado, lo mejor es transformar por la paciencia esta injuria en mofa. El hombre robado que sonríe roba alguna cosa al ladrón; pero a sí mismo se roba el que se consume en un dolor sin provecho.

BRABANCIO.- En ese caso, que el turco nos arrebate Chipre; no perderemos nada, mientras podamos reírnos. Lleva fácilmente esta máxima el que no lleva sino el torpe consuelo que encierra; pero lleva a la vez su dolor y la máxima el que para pagar la pena se ve obligado a pedir prestado a la pobre paciencia. Estas máximas, azúcar y hiel a un tiempo e igualmente fuertes de ambos lados, son equívocas. Las palabras no son más que palabras y todavía no he escuchado que se pueda penetrar en un corazón roto a través del oído. Os lo ruego humildemente, ocupémonos de los asuntos del Estado.

DUX.- El turco navega rumbo a Chipre con poderosos preparativos. Otelo, la capacidad de resistencia de esta plaza os es particularmente conocida, y aunque tengamos allí un sustituto de probada suficiencia, sin embargo, la opinión, soberana señora de las circunstancias, halla en vos competencia más segura. Por consiguiente, debéis resignaros a ensombrecer el resplandor de vuestra nueva fortuna con esta más porfiada y borrascosa expedición.

OTELO.- La tirana costumbre, muy graves senadores, ha hecho de la cama pedernal y acero de la guerra mi lecho de pluma tres veces cernido. Ante las aventuras peligrosas, siento, lo confieso, un ardor natural y pronto. Me encargo, pues, de la presente guerra contra los otomanos. En consecuencia, inclinándome humildemente ante vuestro poder, solicito en favor de mi esposa disposiciones conformes a su rango, lugar de residencia y un sueldo en consonancia con su condición, y la casa y servidumbre que reclama su nacimiento.

DUX.- Puede alojarse en casa de su padre, si accedéis.

BRABANCIO.- No lo consiento.

OTELO.- Ni yo.

DESDÉMONA.- Ni yo tampoco. Me niego a residir allí; para evitar a mi padre los sentimientos de impaciencia que mi vista le haría experimentar. Muy gracioso dux, otorgad a mi petición una acogida favorable y que vuestro asentimiento me cree una protección que asista mi sencillez.

DUX.- ¿Qué deseáis, Desdémona?

DESDÉMONA.- Que he amado al moro lo suficiente para pasar con él mi vida, el estrépito franco de mi conducta y la tempestad afrontada de mi suerte lo proclaman a son de trompeta en el mundo. Mi corazón está sometido a las condiciones mismas de la profesión militar de mi esposo. En su alma es donde he visto el semblante de Otelo y he consagrado mi vida y mi destino a su honor y a sus valientes cualidades. Así, caros señores, si se me deja aquí como una falena de paz, mientras él marcha a la guerra, se me priva de participar en los ritos de esta religión de la guerra por la cual le he amado, y tendré que soportar por su querida ausencia un pesado ínterin. Dejadme partir con él.

OTELO.- Vuestro asentimiento, señores. Os lo suplico, que tenga vía libre su voluntad. Sedme testigos, cielos, de que no lo pido, pues, para satisfacer el paladar de mi apetito, ni para condescender con el ardor -difuntos en mí los transportes de la juventud- y la satisfacción propia. Y el cielo guarde a vuestras buenas almas de pensar que olvidaré vuestros serios y grandes asuntos porque ella esté conmigo. No, cuando los ojos ligeros del alado Cupido encapiroten en voluptuosa indolencia mis facultades de pensamiento y de acción hasta el punto de que mis placeres corrompan y manchen mis ocupaciones, que las amas de casa hagan una cazuela de mi yelmo y toda indigna y baja adversidad haga frente a mi estimación.

DUX.- Se quede o parta, decidlo vos particularmente; el asunto reclama urgencia y debe responderle la prontitud.

SENADOR PRIMERO.- Es menester que partáis esta noche.

DESDÉMONA.- ¿Esta noche, señor?

DUX.- Esta noche.

OTELO.- Con todo mi corazón.

DUX.- Nosotros volveremos a reunirnos aquí a las nueve de la mañana. Otelo, dejad tras vos alguno de vuestros oficiales y os llevará nuestro despacho, con todas las demás ordenanzas de títulos y mando que os conciernen.

OTELO.- Si place a Vuestra Gracia, dejaré aquí a mi alférez; es un hombre honrado y fiel. Dejo a su cuidado acompañar a mi esposa y remitirme todo cuanto vuestra virtuosa gracia juzgue necesario enviarme.

DUX.- Sea. Buenas noches a todos. *(A Brabancio.)* Noble señor, si es verdad que a la virtud no le falta el encanto de la belleza, vuestro yerno es más bello que atezado.

SENADOR PRIMERO.- ¡Adiós, bravo moro! Tratad bien a Desdémona.

BRABANCIO.- Vela por ella, moro, si tienes ojos para ver. Ha engañado a su padre y puede engañarte a ti. *(Salen el Dux, Senadores, Oficiales, etc.)*

OTELO.- ¡Mi vida en prenda de su fe! Honrado Iago, debo confiarte mi Desdémona. ¡Por favor, pon a tu mujer a su servicio, y llévalas luego en la ocasión más favorable! Ven, Desdémona. Sólo tengo una hora para emplearla contigo en el amor, asuntos mundanos y disposiciones que tomar. *(Salen Otelo y Desdémona.)*

RODRIGO.- ¡Iago!...

IAGO.- ¿Qué dices, noble corazón?

RODRIGO.- ¿Qué piensas que debo hacer?

IAGO.- ¡Pardiez!, irte a la cama y dormir.

RODRIGO.- Voy a ir a ahogarme inmediatamente.

IAGO.- Está bien; si lo haces, no te estimaré en lo sucesivo. ¡Pardiez, que eres un hidalgo estúpido!

RODRIGO.- Estúpido es vivir cuando la vida se convierte en un tormento; y, además, tenemos la receta para morir cuando la muerte es nuestro médico.

IAGO.- ¡Oh, cobardía! He contemplado el mundo por espacio de cuatro veces siete años, y desde que pude distinguir entre un beneficio y una injuria, jamás hallé un hombre que supiera estimarse. Antes de decir que me ahogaría por el amor de una pintada de Guinea, cambiaría de humanidad con un babuino.

RODRIGO.- ¿Qué habré de hacer? Confieso que es para mí una vergüenza estar apasionado hasta ese punto, pero no alcanza mi virtud a remediarlo.

IAGO.- ¿Virtud? ¡Una higa! De nosotros mismos depende ser de una manera o de otra. Nuestros cuerpos son jardines en los que hacen de jardineros nuestras voluntades. De suerte que si queremos plantar ortigas o sembrar lechugas; criar hisopo y escardar tomillo; proveerlo de un género de hierbas o dividirlo en muchos, para hacerlo estéril merced al ocio o fértil a fuerza de industria, pardiez, el poder y autoridad correctiva de esto residen en nuestra voluntad. Si la balanza de nuestras existencias no tuviese un platillo de razón para equilibrarse con otro de sensualidad, la sangre y bajeza de nuestros instintos nos llevarían a las consecuencias más absurdas. Pero poseemos la razón para templar nuestros movimientos de furia, nuestros aguijones carnales, nuestros apetitos sin freno; de donde deduzco lo siguiente: que lo que llamáis amor es un esqueje o vástago.

RODRIGO.- Puede ser.

IAGO.- Simplemente una codicia de la sangre y una tolerancia del albedrío. ¡Vamos, sé un hombre! ¡Ahogarte! ¡Ahóguense gatos y cachorros ciegos! He hecho profesión de ser tu amigo, y protesto que estoy ligado a tus méritos con cables de una solidez eterna. Jamás podría servirte mejor que ahora. Echa dinero en tu bolsa, síguenos a la guerra, cambia tus rasgos con una barba postiza. Echa dinero en tu bolsa, digo. No puede ser que Desdémona continúe mucho tiempo enamorada del moro -echa dinero en tu bolsa-, ni él de ella. Tuvo en ésta un principio violento, al cual verás responder una separación violenta. -Echa sólo dinero en tu bolsa-. Estos moros son inconstantes en sus pasiones -llena tu bolsa de dinero-; el manjar que ahora le sabe tan sabroso como las algarrobas, pronto le parecerá tan amargo como la coloquíntida. Ella tiene que cambiar a causa de su juventud. Cuando se sacie de él, descubrirá los errores de su elección. Por consiguiente, echa dinero en tu bolsa. Si te empeñas en condenarte, elige un medio más delicado que el de la sumersión. Recoge todo el dinero que puedas. Si la santimonia y un voto frágil entre un berberisco errante y una superastuta veneciana no son una tarea demasiado dura para los recursos de mi inteligencia y de toda la tribu del infierno, la poseerás. Por consiguiente, procúrate dinero. ¡Mala peste con ahogarte! Eso es ponerse

fuera de razón. Trata más bien de que te ahorquen después de satisfacer tu deseo, que de ahogarte y partir sin ella.

RODRIGO.- ¿Quieres servir fielmente a mis esperanzas, si me decido a la realización?

IAGO.- Confía en mí. -Ve, hazte con dinero- Te lo he dicho a menudo y te lo vuelvo a repetir una y mil veces: odio al moro; mi causa está arraigada en mi corazón; la tuya no es menos sólida; estamos estrechamente unidos en nuestra venganza contra él. Si puedes hacerle cornudo, te darás a ti mismo un placer y a mí una diversión. El tiempo está preñado de muchos acontecimientos que habrá de parir. ¡Adelante! ¡En marcha! Ve, provéete de dinero. Hablaremos de esto mañana con más espacio. Adiós.

RODRIGO.- ¿Dónde nos encontraremos mañana por la mañana? IAGO.- En mi alojamiento.

RODRIGO.- Estaré contigo temprano.

IAGO.- Márchate.-¿Me oís, Rodrigo?

RODRIGO.- ¿Qué decís?

IAGO.- ¡Nada de ahogarse! ¿Entendéis?

RODRIGO.- He cambiado de opinión. Voy a vender todas mis tierras.

IAGO.- Marchaos. ¡Adiós! Poned bastante dinero en vuestra bolsa. *(Sale Rodrigo.)* Así hago siempre de un imbécil mi bolsa. Porque profanaría la experiencia que he adquirido, si gastara mi tiempo con un idiota semejante, a no ser para mi provecho y diversión. Odio al moro y se dice por ahí que ha hecho mi oficio entre mis sábanas. No sé si es cierto; pero yo, por una simple sospecha de esa especie, obraré como si fuera seguro. Tiene una buena opinión de mí; tanto mejor para que mis maquinaciones surtan efecto en él. Cassio es un hombre arrogante... Veamos un poco... Para conseguir su puesto y dar libre vuelo a mi venganza por una doble bellaquería... ¿Cómo? ¿Cómo?... Veamos... El medio consiste en engañar, después de algún tiempo, los oídos de Otelo susurrándole que Cassio es demasiado familiar con su mujer. Cassio tiene una persona y unas maneras agradables para infundir sospechas; tallado para perder a las mujeres. El moro es de naturaleza franca y libre, que juzga honradas a las gentes a poco que lo parezcan y se dejará guiar por la nariz tan fácilmente como los asnos... ¡Ya está! ¡Helo aquí engendrado! ¡El infierno y la noche deben sacar esta monstruosa concepción a la luz del mundo! *(Sale.)*

Acto Segundo



Escena Primera

Puerto de mar en Chipre. Una explanada cerca del muelle

Entran MONTANO *y dos* CABALLEROS

MONTANO.- ¿Qué distinguís desde el cabo en el mar?

CABALLERO PRIMERO.- Nada en absoluto. Las olas están demasiado altas. No logro descubrir una vela entre el cielo y el océano.

MONTANO.- Me parece que el viento ha armado en tierra una batahola. Jamás sacudió nuestras murallas un huracán más fuerte. Si ha braveado tanto sobre el mar, ¿qué cuadernas de roble han podido quedar en sus muescas, cuando las montañas de agua disolvíanse encima? ¿Qué resultará de todo esto para nosotros?

CABALLERO SEGUNDO.- La dispersión de la flota turca, pues no tenéis más que acercaros a la espumosa orilla para ver cómo las olas irritadas semejan lanzarse a las nubes: cómo la ola sacudida por los vientos, con su alta y monstruosa cabellera, parece arrojar agua sobre la constelación de la ardiente Osa y querer extinguir las guardas del Polo, siempre fijo. No he presenciado jamás semejante perturbación en el oleaje colérico.

MONTANO.- Si los de la flota turca no se han guarecido y ensenado, han debido de ahogarse. Es imposible que hayan podido resistir.

Entra un tercer CABALLERO

CABALLERO TERCERO.- ¡Noticias, muchachos! ¡Nuestras guerras se han acabado! ¡Esta tempestad desencadenada zurró tan bien a los turcos, que renuncian a sus proyectos! Una gallarda nave de Venecia ha sido testigo del terrible naufragio y desastre de la mayor parte de su flota.

MONTANO.- ¿Cómo? ¿Es verdad?

CABALLERO TERCERO.- La nave está aquí en el puerto, una veronesa. Miguel Cassio, teniente del bizarro moro Otelo, acaba de desembarcar. El moro mismo está sobre el mar y viene con poderes amplios a Chipre.

MONTANO.- Me alegro mucho. Es un digno gobernador.

CABALLERO TERCERO.- Pero este mismo Cassio -aunque da noticias consoladoras relativas a las pérdidas de los turcos- tiene, sin embargo, el aire triste, y ruega a Dios por que el moro se halle sano y salvo, pues han sido separados por la horrible y violenta tempestad.

MONTANO.- Quieran los cielos que esté salvo, pues he servido bajo sus órdenes y el hombre manda como un soldado perfecto. ¡Hola!... Vamos a la ribera del mar, tanto para ver el navío que acaba de venir como para escudriñar con nuestros ojos la llegada del brazo Otelo, y hagamos centinela hasta que, a fuerza de mirar, el mar y el azul del cielo se confundan a nuestra vista.

CABALLERO TERCERO.- Vamos, hágase así, pues a cada minuto deben esperarse nuevos arribos.

Entra CASSIO

CASSIO.- Os doy las gracias, valeroso guerrero de esta isla belicosa, que habláis en esos términos del moro. ¡Oh, que los cielos le defiendan contra los elementos, pues le he perdido en una mar peligrosa!

MONTANO.- ¿Va bien equipado?

CASSIO.- Su barco está sólidamente construido, y su piloto es de una reputación muy experta y reconocida: así, mis esperanzas, no perdidas hasta la muerte, mantiénense en la confianza de una atrevida cura.

VOZ.- *(Dentro.)* ¡Una vela, una vela, una vela!

Entra un cuarto CABALLERO

CASSIO.- ¿Qué ruido es ése?

CABALLERO CUARTO.- La ciudad está vacía. Sobre el borde del mar se estacionan hileras de gentes, que gritan: «¡Una vela!»

CASSIO.- Mis esperanzas se figuran que es el gobernador. *(Óyense disparos de cañón.)*

CABALLERO SEGUNDO.- Hacen salvas de cortesía. En todo caso, amigos nuestros.

CASSIO.- Por favor, señor, id a ver, y venid a informarnos de quién es el que llegado.

CABALLERO SEGUNDO.- Voy allá. *(Sale.)*

MONTANO.- Pero, buen teniente, ¿se ha casado vuestro general?

CASSIO.- De la manera más feliz. Ha hecho la conquista de una doncella que puede luchar con toda descripción y sobrepuja a toda fama; de una joven que excede los conceptos de las plumas brillantes y que por las galas esenciales de su naturaleza, fatiga la imaginación del artista. -¡Hola! ¿Quién ha entrado en el puerto?

Vuelve a entrar el CABALLERO SEGUNDO

CABALLERO SEGUNDO.- Es un tal Iago, alférez del general.

CASSIO.- Ha hecho la más favorable y rápida travesía. Las tempestades mismas, las mares gruesas, los vientos mugidores, las rocas estriadas y las congregadas arenas, traidores apostados para sorprender las inocentes quillas, como por sentimiento de la belleza, han renunciado a su natural mortífero, para dejar ir con toda seguridad a la divina Desdémona.

MONTANO.- ¿De quién se trata?

CASSIO.- De la que os hablaba, de la capitana de nuestro gran capitán, remitida a la conducción del audaz Iago, cuya llegada aquí avanza con una rapidez de siete días nuestras suposiciones. ¡Gran Júpiter, protege a Otelo e hincha su velamen con tu propio y poderoso aliento, a fin de que honre esta playa con su gallarda nave, que sienta en los brazos de Desdémona las ardientes palpitaciones del amor, que infunda renovado fuego en nuestro extinguido coraje, y traiga consuelo a toda Chipre!...

Entran DESDÉMONA, EMILIA, IAGO, RODRIGO *y personas del acompañamiento*

CASSIO.- ¡Oh, mirad! ¡Los tesoros de la nave llegan de la ribera! ¡Vosotros, hombres de Chipre, permitid que ella os tenga de rodillas! ¡Salve a ti, dama, y que la gracia del cielo te circuya alrededor y te rodee por todas partes!

DESDÉMONA.- Os lo agradezco, valeroso Cassio. ¿Qué noticias podéis darme de mi señor?

CASSIO.- Todavía no ha llegado; ni sé otra cosa sino que se encuentra bien y estará aquí dentro de poco.

DESDÉMONA.- ¡Oh, temo, no obstante!... ¿Cómo perdió vuestra compañía?

CASSIO.- La gran contienda entre el mar y los cielos nos separó... Pero ¡escuchad! ¡Una vela!

VOCES. *(Dentro.)* ¡Una vela! ¡Una vela! *(Óyense de pronto disparos de artillería.)*

CABALLERO SEGUNDO.- Envían sus saludos a la ciudadela. Son también amigos.

CASSIO.- ¡Id por noticias! *(Sale el Caballero.)* Buen alférez, sed bien venido. *(A Emilia.)* Sed bien venida, señora. -Buen Iago, no os incomodéis si llevo tan lejos mis maneras; es mi educación la que me impulsa a esta osada muestra de cortesía. *(Besa a Emilia.)*

IAGO.- Señor, si os regalara con sus labios tanto como me da a menudo con su lengua, ya os bastaría.

DESDÉMONA.-¡Ay! ¡Pero si no habla!

IAGO.- A fe mía, de sobra. Lo noto siempre que me entran ganas de dormir. Pardiez, estoy seguro de que delante de Vuestra Señoría pone un poco su lengua en el corazón y sólo murmura con el pensamiento.

EMILIA.- Tenéis pocos motivos para hablar así.

IAGO.- Vamos, vamos, sois pinturas fuera de casa, cascabeles en vuestros estrados, gatos monteses en vuestras cocinas, santas en vuestras injurias, diablos cuando sois ofendidas, haraganas en la economía doméstica y activas en la cama.

DESDÉMONA.- ¡Oh, vergüenza de ti, calumniador!

IAGO.- No, es la verdad, o soy un turco: os levantáis para vuestros recreos y os vais a la cama para trabajar.

EMILIA.- No os encargaré de escribir mi elogio.

IAGO.- No, no me lo encarguéis.

DESDÉMONA.- ¿Qué escribiríais de mí si tuvierais que hacer mi elogio?

IAGO.- ¡Oh, encantadora dama! No me encarguéis de semejante obra, pues no soy más que un censurón.

DESDÉMONA.- Vamos, prueba. ¿Ha venido alguien al puerto?

IAGO.- Si, señora.

DESDÉMONA.- No estoy alegre. Pero engaño la disposición en que me encuentro, haciendo parecer lo contrario. Veamos, ¿cómo haríais mi elogio?

IAGO.- No pienso en ello; pero, a la verdad, mi inspiración se agarra a mi mollera como la liga a la frisa; sale arrancando sesos y todo. Sin embargo, mi musa está de parto y he aquí lo que da a luz.

Si una mujer es rubia e ingeniosa, belleza e ingenio
son, el uno para usarlo, la otra para servirse de ella.

DESDÉMONA.- ¡Lindo elogio! ¿Y si es morena e ingeniosa?

IAGO

Si es morena y a esto tiene ingenio,
hallará un blanco que se acomodará con su negrura.

DESDÉMONA.- De mal en peor.

EMILIA.- ¿Y si es hermosa y necia?

IAGO

La que fue hermosa nunca fue necia,
pues su misma necedad le ayudó a procurarse un heredero.

DESDÉMONA.- Ésas son viejas paradojas para hacer reír a los tontos en las cervecerías. ¿Qué miserable elogio reservas a la que es fea y necia?

IAGO

Ninguna hay a la vez tan fea y necia
que no haga las mismas travesuras que las bellas ingeniosas.

DESDÉMONA.- ¡Oh, crasa ignorancia! A la peor es a la que mejor encomias. Pero ¿qué elogio tributarías a una mujer realmente virtuosa? ¿A una mujer que, con la autoridad de su mérito, se atreviera justamente a desafiar el testimonio de la malignidad misma?

IAGO

La que siempre fue bella y nunca orgullosa,
que tuvo la palabra a voluntad y nunca armó ruido;
que jamás le faltó oro, y no fue nunca fastuosa;
que ha contenido su deseo, siéndole fácil decir: «ahora puedo»;

la que en su cólera, cuando tenía a mano la venganza,
impuso silencio a su injuria y despidió a su desagrado,
aquella cuya prudencia careció de la suficiente fragilidad
para cambiar una cabeza de pescado por una cola de salmón;
la que pudo pensar, y nunca descubrió su alma;
aquella a la que seguían los enamorados y nunca miró tras sí;
ésta fue una criatura, si tales han existido...

DESDÉMONA.- ¿Para hacer qué?

IAGO

Para dar de mamar a los tontos y registrar cosas frívolas.

DESDÉMONA.- ¡Oh, conclusión muy coja e impotente! No aprendas de él, Emilia, aunque sea tu marido, ¿Qué decís vos, Cassio? ¿No es un censor muy grosero y licencioso?

CASSIO.- Habla a su manera, señora. Os agradará más como soldado que como hombre de letras.

IAGO.- *(Aparte.)* La coge por la palma de la mano... Sí, bien dicho. -Cuchichean... Con una tela de araña tan delgada como ésa, entramparé una mosca tan grande como Cassio. Sí, sonríele, anda. Yo te atraparé en tu propia galantería... Decís verdad; así es, en efecto... Si semejantes manejos os hacen perder vuestra tenencia, sería mejor que no hubiereis besado tan a menudo vuestros tres dedos, lo que os pone en trance de daros aún aires de galanteador. ¡Magnífico! ¡Bien besado y excelente cortesía! Así es, verdaderamente. ¡Cómo! ¿Otra vez vuestros dedos a sus labios? ¡Que no pudieran serviros de cánulas de clister! *(Suena una trompeta.)* - ¡El moro! ¡Conozco su trompeta!

CASSIO.- Es él, seguramente.

DESDÉMONA.- Vamos a su encuentro a recibirle.

CASSIO.- Mirad, aquí viene.

Entra OTELO *y acompañamiento*

OTELO.- ¡Oh, mi linda guerrera!

DESDÉMONA.- ¡Mi querido Otelo!

OTELO.- Mi asombro es tan grande como mi contento, al ver que habéis llegado aquí antes que yo. ¡Oh, alegría de mi alma! ¡Si a todas las tempestades suceden calinas como ésta, soplen los vientos hasta despertar la muerte! ¡Y que mi barca, luchando con esfuerzo, escale montañas de agua tan altas como el Olimpo y descienda en seguida tan bajo como la distancia que separa el cielo del infierno! ¡Si me sucediera ahora morir, sería este momento el más dichoso! Porque mi alma posee una felicidad tan absoluta, que temo que otra parecida no le esté reservada en el ignorado porvenir.

DESDÉMONA.- ¡No permitan los cielos que vuestro amor y nuestra felicidad cesen de crecer antes de que acaben nuestros días!

OTELO.- ¡Amén respondo a esta plegaria, poderes celestes! ¡No puedo hablar, como quisiera, de este contento! ¡Me ahoga aquí mismo! ¡Es demasiada alegría!... ¡Que esto y esto *(besando a Desdémona)* sean las mayores discordias que conozcan jamás nuestros corazones!

IAGO.- *(Aparte.)* ¡Oh, ahora estáis bien templados! ¡Pero a fe de hombre honrado, yo aflojaré las clavijas que producen esta música!

OTELO.- Venid, dirijámonos al castillo.- ¡Noticias, amigos! Nuestras guerras han dado fin. Los turcos perecieron ahogados.- ¿Cómo se encuentran mis antiguos conocidos de esta isla?- Panalito de miel, seréis bien acogida en Chipre. He hallado mucho afecto entre sus habitantes. ¡Oh, dulce amada mía, estoy hablando sin ton ni son, y desvarío en mi propia felicidad!- Por favor, buen Iago, anda a la bahía y desembarca mis cofres. Conduce al patrón a la ciudadela; es un bravo, y su excelencia merece mucho respeto. Vamos, Desdémona, una vez más, bien hallada en Chipre. *(Salen Otelo, Desdémona y acompañamiento.)*

IAGO.- Ve a reunirte conmigo inmediatamente en el puerto.- Avanza aquí. Si eres valiente (y dicen que hasta los hombres de baja extracción cuando están enamorados adquieren una nobleza que no les es natural), escúchame. El teniente vela esta noche en el cuerpo de guardia... Pero antes debo decirte esto: Desdémona está positivamente enamorada de él.

RODRIGO.- ¡De él! ¡Cómo! Eso no es posible.

IAGO.- Pon el dedo así, y deja que se instruya tu alma. Advierte con qué vehemencia ha amado en principio al moro, sólo por sus fanfarronadas y las fantásticas mentiras que lo contó. ¿Y le amará siempre por su charlatanería? Que tu discreto corazón no piense en ello. Sus ojos tienen que alimentarse. ¿Y qué hallará en mirar al diablo? Cuando la sangre se enerve con el acto del goce, necesitará para encenderla otra vez y dar a la saciedad un nuevo apetito, encanto en las formas, simpatía en los años, modales y belleza, cosas todas de que carece el moro. Luego, falta de estos atractivos necesarios, su delicada sensibilidad hallará que se ha engañado, comenzará a sentir náuseas, a detestar y a aborrecer al moro. La naturaleza misma será en esta ocasión su institutriz y la compelirá a alguna segunda elección. Ahora, señor, esto concedido y son premisas muy concluyentes y naturales, ¿quién se encuentra tan bien colocado como Cassio en el camino de esta buena suerte: un bribón por demás voluble, sin otra conciencia que la precisa para envolverse en meras formas de apariencia urbana y decente, para la más amplia satisfacción de sus inclinaciones salaces y clandestinamente desarregladas? Pardiez, nadie; nadie en el mundo, pardiez. Es un pillo de lo más sutil y resbaladizo, un buscador de ocasiones, con una vista que puede acuñar y falsificar

oportunidades, aun cuando la verdadera oportunidad no se le presente nunca. ¡Un granuja diabólico! Además, el tunante es guapo, joven y posee todos aquellos requisitos que buscan la ligereza y el poco seso. Un belitre completamente importuno, y la mujer le ha distinguido ya.

RODRIGO.- No puedo creer esto de ella. Está llena de los sentimientos más virtuosos.

IAGO.- ¡Virtuosos rabos de higa! El vino que bebe está hecho de uvas; si hubiera sido virtuosa, jamás habría amado al moro. ¡Virtuoso pudín! ¿No viste cómo le golpeaba en la palma de la mano? ¿No lo advertiste?

RODRIGO.- Sí, lo advertí; pero era sólo cortesía.

IAGO.- ¡Liviandad, por esta mano! ¡El índice y oscuro prólogo a la historia de su lujuria y culpables pensamientos! ¡Sus labios se encontraban tan cerca, que sus alientos se abrasaban juntos! ¡Pensamientos villanos, Rodrigo! Cuando estas intimidades recíprocas abren la marcha, el general y el grueso del ejército llegan bien pronto, y la conclusión es quedar incorporados. ¡Psh!... Pero, señor, dejaos dirigir por mí; os he traído de Venecia. Velad esta noche. En cuanto a la consigna, ya os la daré. Cassio no os conoce... Yo no estaré lejos de vos. Hallad alguna ocasión de encolerizar a Cassio, sea hablándole demasiado alto, sea rebajando su disciplina, o por cualquier medio que os plazca, cuya hora no podrá por menos de proporcionaros la ocasión propicia.

RODRIGO.- Bien.

IAGO.- Señor, él es arrojado y muy repentino en su cólera, y quizá os golpee; provocadle para que lo haga, pues yo entonces me serviré de esta ocasión para excitar a los de Chipre a una revuelta, cuya pacificación no podrá operarse sino por la destitución de Cassio. De esta manera haréis más corto el viaje a vuestros deseos, gracias a los medios de que dispondré entonces para hacerles avanzar, una vez que sea felizmente descartado el obstáculo que, mientras existiera, no nos permitiría contar con la realización de nuestras esperanzas.

RODRIGO.- Lo haré, si logro hallar cualquier ocasión.

IAGO.- La hallarás, te respondo de ello. Ven a reunirte conmigo dentro de un instante en la ciudadela. Es menester que haga desembarcar sus efectos. Adiós.

RODRIGO.- Adiós. *(Sale.)*

IAGO.- Que Cassio la ama, lo creo en verdad. Que ella ame a Cassio es posible y muy fácil de creer; el moro (a pesar de que yo no pueda aguantarle) es de una naturaleza noble, constante en sus afectos, y me atrevo a pensar que se mostrará para Desdémona un ternísimo esposo. Ahora, yo la quiero también; no por deseo carnal -aunque quizá el sentimiento que me guía sea tan gran pecado-, sino porque ella me proporciona en parte el sazonamiento de mi venganza. Pues abrigo la sospecha de que el lascivo moro se ha insinuado en mi lecho, sospecha que, como un veneno mineral, me roe las entrañas, y nada podrá contentar

mi alma hasta que liquide cuentas con él, esposa por esposa; o, si no puedo, hasta que haya arrojado al moro en tan violentos celos que el buen sentido no pueda curarle. Para llegar a este objeto, si ese pobre desdichado de Venecia, a quien señalo el rastro para su ardiente caza, sigue bien la pista, cogeré a nuestro Miguel Cassio en una desventaja y le ultrajaré a los ojos del moro de la manera más grosera, pues temo también que Cassio vigile mi gorro de dormir. Quiero que el moro me dé las gracias, me ame y me recompense por haber hecho de él un asno insigne, y turbado su paz y quietud hasta volverle loco. El plan está aquí, pero todavía confuso. ¡El verdadero semblante de la bellaquería no se descubre nunca hasta que ha hecho su obra! *(Sale.)*

Escena Segunda

Una calle

Entran OTELO, DESDÉMONA, CASSIO *y acompañamiento*

HERALDO.- Es gusto de Otelo, nuestro noble y valiente general, que, en vista de las noticias ciertas que acaban de recibirse, significando la pérdida pura y simple de la flota turca, los habitantes solemnicen este acontecimiento, unos por medio de bailes, otros con hogueras de regocijo, todos entregándose a las diversiones y fiestas a que les lleve su inclinación, pues además de estas felices noticias, hoy es el día de la celebración de su matrimonio. Esto es lo que por orden suya se proclama. Todos los tinelos del castillo están abiertos, y hay plena libertad para festejar desde la hora presente de las cinco hasta que la campana haya dado las once. ¡Los cielos bendigan la isla de Chipre y a nuestro noble general Otelo! *(Salen.)*

Escena Tercera

Sala en el castillo

Entran OTELO, DESDÉMONA, CASSIO *y acompañamiento*

OTELO.- Buen Miguel, atended a la guardia esta noche. Sepamos poner a nuestros placeres estos honrados límites, a fin de no rebasar nosotros mismos los linderos de la discreción.

CASSIO.- Iago ha recibido las instrucciones necesarias; pero, no obstante, inspeccionaré todo con mis propios ojos.

OTELO.- Iago es muy honrado. Buenas noches, Miguel. Mañana, lo más temprano que os sea posible, tengo que hablar con vos. Vamos, amor querido. *(A Desdémona.)* Hecha la adquisición, es menester gozar el fruto, y esta ventura está aún por llegar entre vos y yo. Buenas noches. *(Salen Otelo, Desdémona y acompañamiento.)*

Entra IAGO

CASSIO.- Bien venido, Iago. Debemos hacer la guardia.

IAGO.- No a esta hora, teniente; no han dado las diez aún. Nuestro general nos ha despedido tan pronto por amor de su Desdémona, y no podemos ciertamente censurarlo; todavía no se ha refocilado con ella de noche, y es bocado digno de Júpiter.

CASSIO.- Es una dama exquisitísima.

IAGO.- Y que le gusta el regodeo, os lo garantizo.

CASSIO.- Es, en verdad, la criatura más lozana y deliciosa.

IAGO.- ¡Qué ojos tiene! ¡Parece que tocan una llamada a la provocación!

CASSIO.- Unos ojos incitantes; y, sin embargo, diría que su mirada es sumamente modesta.

IAGO.- Y cuando habla, ¿no suena su voz como una alarma amorosa?

CASSIO.- Es, en verdad, la perfección misma.

IAGO.- Bien; que la felicidad sea entre sus sábanas. Venid, teniente, tengo media azumbre de vino, y ahí fuera aguardan un par de galanes de Chipre, que de buena sana beberían una medida a la salud del atezado Otelo.

CASSIO.- Esta noche no, buen Iago; tengo una cabeza de las más débiles y desdichadas para la bebida. Quisiera que la cortesanía inventara algún otro modo de agasajo.

IAGO.- ¡Oh! Son amigos nuestros. Una copa tan sólo. Yo beberé por vos.

CASSIO.- No he bebido esta noche más que una sola copa, y ésa prudentemente bautizada, y ved, no obstante, qué perturbación ha causado en mí. Me aflige esta flaqueza, y no me atrevería a imponer la carga de una segunda copa a mi debilidad.

IAGO.- ¡Qué hombre! Ésta es una noche de fiesta; lo desean los galanes.

CASSIO.- ¿Dónde están?

IAGO.- Ahí en la puerta. Por favor, decidles que entren.

CASSIO.- Lo haré; pero me disgusta. *(Sale Cassio.)*

IAGO.- Si puedo inducirle a que acepte siquiera una copa, con lo que ya ha bebido esta noche, se pondrá tan pendenciero y agresivo como el perro de mi joven dama. Por su parte, mi loco imbécil de Rodrigo, a quien el amor ha vuelto ya casi el cerebro del revés, bebe esta noche, copa tras copa, en honor de Desdémona y forma parte de la guardia. También he regado esta noche con abundantes libaciones a los tres mancebos de Chipre (espíritus nobles e hirvientes, singularmente meticulosos en punto de honor, verdaderos elementos -agua, fuego, aire y tierra- de esta isla), que están asimismo de guardia. Ahora, entre esta bandada de borrachos, haré que nuestro Cassio cometa alguna acción que pueda ofender a la isla. Pero helos que vienen aquí. Si las consecuencias responden al plan que he soñado, mi barca navegará libremente contra viento y marca.

Vuelve a entrar CASSIO, *seguido de* MONTANO *y otros* CABALLEROS, *con criados que traen vino*

CASSIO.- ¡A fe de Dios, ya me han dado un vaso lleno!

MONTANO.- Bien poco, por mi buena fe; ni siquiera una pinta, como soy soldado.

IAGO.- ¡Venga vino, hola! *(Canta.)*

Y dejadme sonar, sonar el potín;
y dejadme sonar el potín;
el soldado es un hombre,
la vida es sólo un instante;
beba, pues, el soldado hasta el fin.

¡Vino, muchachos!

CASSIO.- ¡Por el cielo, una excelente canción!

IAGO.- La aprendí en Inglaterra, donde, por cierto, se hallan los más bravos bebedores. Vuestro danés, vuestro germano y vuestro panzudo holandés -¡a beber, hola!- no valen nada comparados con vuestro inglés.

CASSIO.- ¿Tan experto bebedor es vuestro inglés?

IAGO.- ¡Pardiez! Os bebe con una facilidad que dejará pálido como la muerte a vuestro danés; no ha menester que sude para derribar a vuestro alemán; y en cuanto a vuestro holandés, le provocará un vómito antes de que llene el segundo vaso.

CASSIO.- ¡A la salud de nuestro general!

MONTANO.- Os la acepto, teniente, y beberé antes que vos.

IAGO.- ¡Oh, dulce Inglaterra! *(Canta.)*

El rey Esteban fue un digno par,
su calzas le costaban sólo una corona;
hallábalas muy caras a seis peniques;
y así llamaba granuja al sastre.
Era un galán de alto renombre,
y tú sólo eres de baja condición.
El orgullo es el que pierde a la nación.
Echa, por tanto, tu capa vieja sobre ti.

¡Venga vino, hola!

CASSIO.- Pardiez, esta canción es más linda que la otra.

IAGO.- ¿Queréis oírla de nuevo?

CASSIO.- No; pues creo que es indigno de su puesto el que hace estas cosas... Bien... Dios está por encima de todo; y hay almas que se salvarán y otras que no se salvarán.

IAGO.- Es cierto, mi buen teniente.

CASSIO.- Por lo que a mí respecta... -sin ofender al general ni a ningún hombre de rango...-, espero salvarme.

IAGO.- Y yo también, teniente.

CASSIO.- Sí, pero con vuestro permiso, no primero que yo... El teniente ha de salvarse antes que el alférez... Pero no hablemos más de esto. Ocupémonos de nuestros asuntos... ¡Perdonadnos nuestros pecados!... Señores, atendamos a nuestros asuntos. ¡No creáis que estoy bebido, señores!... He aquí a mi alférez... Ésta es mi mano derecha, y ésta mi izquierda... No estoy borracho aún. Puedo tenerme muy bien, y hablo bastante acorde.

TODOS.- ¡Perfectamente bien!

CASSIO.- Pues muy bien entonces. Conque, no debéis pensar que estoy borracho. *(Sale.)*

MONTANO.- ¡A la explanada, maeses; vamos, montemos la guardia!

IAGO.- Ya veis ese camarada que acaba de marcharse... Es un soldado digno de servir al lado de César y

de mandar en jefe. Y, sin embargo, notad su vicio. Hace un equinoccio exacto con su virtud; el uno es tan largo como la otra. ¡Qué lástima! Temo que la confianza que en él deposita Otelo no provoque una perturbación en esta isla, si su debilidad se manifiesta en tiempo inoportuno.

MONTANO.- Pero ¿está así con frecuencia?

IAGO.- Ese estado sirve casi siempre de prólogo a su sueño. Permanecería sin dormir una doble vuelta de reloj si la embriaguez no arrullara su cuna.

MONTANO.- Estaría bien que el general fuese informado de ello. Quizá no lo note, o que su bondad natural, apreciando tan sólo las virtudes que aparecen en Cassio, no preste atención a sus defectos. ¿No es verdad?

Entra RODRIGO

IAGO.- *(Aparte.)* ¡Hola, Rodrigo! ¡Por favor, corred detrás del teniente; andad! *(Sale Rodrigo.)*

MONTANO.- Y es muy de sentir que el noble moro arriesgue un puesto tan importante como el de su segundo en las manos de un hombre a quien domina un vicio tan arraigado. Sería una acción loable hablar de ello al moro.

IAGO.- No seré yo quien lo haga, por esta bella isla. Quiero bien a Cassio, y haría cualquier cosa por curarle de ese defecto. Pero ¡escuchad! ¿Qué ruido es ése?

VOCES.- *(Dentro.)* ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Entra CASSIO, *persiguiendo a* RODRIGO

CASSIO.- ¡Sinvergüenza! ¡Canalla!

MONTANO.- ¿Qué ocurre, teniente?

CASSIO.- ¡Un bribón!... ¡Enseñarme mi deber! ¡Voy a aplastar al bellaco hasta encajarlo en una cesta de mimbres!

RODRIGO.- ¡Aplastarme!

CASSIO.- ¡Cómo! ¿Chachareas, belitre? *(Golpeando a Rodrigo.)*

MONTANO.- Vaya, buen teniente; os lo ruego, señor, tened vuestra mano.

CASSIO.- ¡Dejadme, señor, u os aporrearé los cascos!

MONTANO.- ¡Vamos, vamos, estáis ebrio!

CASSIO.- ¡Ebrio! *(Se baten.)*

IAGO.- *(Aparte a Rodrigo.)* ¡Pronto, digo! ¡Corred y gritad: «¡Un motín!»! *(Sale Rodrigo.)* ¡Vamos, buen teniente!... ¡Ay, caballeros!... ¡Auxilio, hola!... ¡Señor Montano!... ¡Señor!... ¡Auxilio, señores!... ¡He aquí una linda guardia, en verdad!... *(Toca a rebato una campana.)* ¿Quién toca esa campana? ¡Diablo, eh! ¡La ciudad va a levantarse! ¡Poder de Dios!... ¡Teneos, teniente! ¡Os veréis para siempre deshonrado!

Vuelve a entrar OTELO, *con personas del séquito*

OTELO.- ¿Qué pasa aquí?

MONTANO.- ¡Voto a Dios! ¡Sangro sin cesar! ¡Estoy herido de muerte!

OTELO.- ¡Teneos, por vuestras vidas!

IAGO.- ¡Teneos, eh, teniente!... ¡Señor Montano! ¡Caballeros!... ¿Habéis perdido todo sentimiento del lugar en que estamos y de vuestros deberes?... ¡Teneos! ¡El general os habla! ¡Teneos, por pudor!

OTELO.- ¡Alto! ¡Hola! ¡Eh! ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Nos hemos vuelto turcos y hacemos contra nosotros mismos lo que el cielo no nos ha permitido hacer contra los otomanos? ¡Por pudor cristiano, cesad en esta querella bárbara! ¡El que dé un paso para tratar de satisfacer su furia, tiene en poco su alma! ¡Muere al primer movimiento! ¡Que calle esa terrible campana, que llena de espanto hasta poner fuera de sí a los habitantes de la isla!... ¿Qué sucede, señores? Honrado Iago, tú, que tienes aire de morir de pesar, habla. ¿Quién ha comenzado esta riña? Te lo mando, por tu afecto.

IAGO.- Lo ignoro... Eran amigos ahora, hace un instante, en este cuartel, y en tan buenas relaciones como novio y novia cuando, recién casados, se desnudan para ir al lecho; y, de repente (como si algún planeta hubiera sembrado la locura), tiran de sus espadas y se arrojan, pecho a pecho, uno contra otro en lucha sangrienta. No puedo decir quién fue el que empezó esta reyerta extraña, y quisiera haber perdido en una acción gloriosa estas piernas que me han traído aquí para que la presencie.

OTELO.- ¿Cómo es posible, Miguel, que os hayáis olvidado de vos mismo hasta este extremo?

CASSIO.- Os lo ruego, perdonadme; no puedo hablar.

OTELO.- Digno Montano, siempre habéis sido correcto. El mundo ha notado vuestra gravedad y la placidez de vuestra juventud, y vuestro nombre es altamente estimado por los censores más sesudos. ¿Qué ha sucedido, pues, para que deslustréis así vuestra reputación y consintáis en trocar la rica estima de que gozáis por la calificación de quimerista nocturno? Dadme una respuesta

MONTANO.- Notable Otelo, estoy herido de cuenta. Vuestro oficial, Iago, puede informaros mientras

ahorro palabras que ahora me producen un poco de malestar- de todo cuanto sé. Ni por mi parte creo haber dicho ni hecho nada censurable esta noche, a menos que el cuidado de sí propio sea a veces un vicio y el defendernos cuando la violencia nos ataca, un pecado.

OTELO.- ¡Por el cielo!, la sangre comienza ahora a regirme, en lugar de mis facultades más tranquilas; y la pasión, ennegreciendo mi mejor juicio, trata de guiar mi conducta. ¡Si me muevo tan sólo o levanto este brazo, el mejor de vosotros va a sucumbir bajo mi castigo! Decidme cómo ha empezado esta odiosa querella; quién la promovió, y el que sea reconocido culpable de esta falta así fuera mi hermano gemelo, nacido a la misma hora que yo, me perderá para siempre. ¡Cómo! ¡Venir a levantar una rencilla particular y doméstica en una ciudad de guerra, todavía agitada, el corazón de cuyos habitantes está henchido de miedo, en plena noche y en el cuerpo de guardia, y de seguridad! ¡Es monstruoso! -Iago, ¿quién la empezó?

MONTANO.- Si por camaradería o espíritu de cuerpo faltas en lo más mínimo a la verdad, no eres soldado.

IAGO.- No me toquéis tan de cerca. Preferiría que se me arrancase esta lengua de la boca antes que ofender a Miguel Cassio. Sin embargo, estoy seguro de que, diciendo la verdad, no le perjudicaré en nada. He aquí lo que ha sucedido, general: Estábamos Montano y yo de charla, cuando viene un individuo gritando: «¡Auxilio!» y Cassio persiguiéndole con la espada tendida y decidido a descargar un golpe sobre él. Señor, este caballero colocose delante de Cassio para rogarle que se contuviera, y yo mismo me lancé tras el individuo que gritaba, de miedo que con sus clamores -como ha pasado- no sembrara el terror en la ciudad. Pero él, ágil de talones, me impidió que lograra mi objeto, y volví, tanto más rápido cuanto escuché el choque y caída de espadas y a Cassio jurando en altas voces lo que jamás hasta esta noche hubiera podido afirmar. Cuando hube retornado (porque esto fue breve), les hallé el uno contra el otro, en guardia y esgrimiendo, exactamente en la situación en que estaban cuando llegasteis para separarlos. No puedo decir otra cosa de este asunto... Pero los hombres son hombres; los mejores se olvidan a veces... Aunque Cassio haya maltratado un poco a este caballero -pues cuando los hombres se hallan enfurecidos hieren a aquellos que más aprecian-, sin embargo, creo yo que Cassio ha recibido seguramente de parte del que huyó algún ultraje extraordinario que la paciencia no podía tolerar.

OTELO.- Sé, Iago, que tu honradez y tu amistad te inducen a atenuar el hecho, para que pese menos sobre Cassio.- Cassio, te estimo; pero no serás nunca más mi oficial.

Vuelve a entrar DESDÉMONA, *con su séquito*

¡Mirad si mi gentil amada no se ha despertado!... *(A Cassio.)* ¡Haré contigo un escarmiento!

DESDÉMONA.- ¿Qué pasa?

OTELO.- Todo acabó, dulce prenda; vamos al lecho. *(A Montano.)* Señor, yo mismo seré el cirujano de vuestras heridas. Conducidle. *(Se llevan a Montano.)* Iago, recorre con cuidado la ciudad y apacigua a los que esta querella vil haya alarmado.- Venid, Desdémona; es la vida del soldado: despertarse de su balsámico sueño por los ruidos del combate. *(Salen todos, menos Iago y Cassio.)*

IAGO.- ¡Cómo! ¿Estáis herido, teniente?

CASSIO.- Sí, y sin remedio posible.

IAGO.- ¡Pardiez, no quieran los cielos!

CASSIO.- ¡Reputación, reputación, reputación!... ¡Oh! ¡He perdido mi reputación!... He perdido la parte inmortal de mi ser, y lo que me resta es bestial... ¡Mi reputación, Iago, mi reputación!

IAGO.- Tan cierto como soy hombre honrado, creí que habíais recibido alguna herida corporal; éstas son más graves que las de la reputación. La reputación es un prejuicio inútil y engañoso, que se adquiere a menudo sin mérito y se pierde sin razón. No habéis perdido reputación ninguna, a menos que vos mismo la reputéis perdida. ¡Qué, hombre! Aún hay medios de recobrar el favor del general. Habéis sido lanzado ahora en un momento de mal humor, castigo impuesto más por política que por malignidad, tal como uno cuando apalease a su perro inofensivo para espantar a un imperioso león. Suplicadle otra vez, y será vuestro.

CASSIO.- Antes le suplicaré que me desprecie que engañar a tan buen comandante, proponiéndole un oficial tan ligero, tan dado a la bebida y tan imprudente... ¡Emborracharse! ¡Y parlotear como un loro! ¡Y disputar! ¡Baladronear! ¡Jurar! ¡Y discursear como un pelafustán con su propia sombra...! ¡Oh tú, espíritu invisible del vino! ¡Si careces de nombre con que se te pueda conocer, llamémoste demonio!

IAGO.- ¿A quién perseguíais con vuestra espada? ¿Qué os había hecho?

CASSIO.- No lo sé.

IAGO.- ¿Es posible?

CASSIO.- Recuerdo un cúmulo de cosas, mas nada distintamente; una querella, pero ignoro por qué... ¡Oh! ¡Que los hombres se introduzcan un enemigo en la boca para que les robe los sesos! ¡Que constituya para nosotros alegría, complacencia, júbilo y aplauso convertirnos en bestias!

IAGO.- Vamos, ya estáis bastante sereno. ¿Cómo os habéis restablecido tan pronto?

CASSIO.- Plugo al diablo. Embriaguez cede el sitio al demonio de la ira. Una imperfección me muestra a la otra, para que pueda francamente despreciarme a mí mismo.

IAGO.- Vamos, sois un moralista bastante severo. Considerando la hora, el lugar y la situación del país, hubiera deseado de todo corazón que esto no hubiese ocurrido; pero, puesto que las cosas han pasado así, enmendadlas en provecho propio.

CASSIO.- Le pediré de nuevo mi plaza; ¡me responderá que soy un borracho! Aunque tuviera yo tantas bocas como la hidra, semejante contestación las cerraría todas. ¡Ser hace un momento un hombre razonable, convertirse de pronto en imbécil y hallarse acto seguido hecho una bestia! ¡Oh, qué extraña cosa!... Cada

copa de más es una maldición, y el ingrediente, un diablo.

IAGO.- Vamos, vamos, el buen vino es un buen compañero, si se le trata bien. No claméis más contra él. Por cierto, buen teniente, supongo creeréis que os estimo.

CASSIO.- Bien lo he experimentado, señor... ¡Borracho yo!

IAGO.- Vos y todo hombre viviente puede embriagarse en un momento dado, amigo. Voy a deciros lo que tenéis que hacer. La mujer de vuestro general es ahora el general... Puedo decirlo así, ya que ahora se ha dedicado por entero a la contemplación, a la admiración y al culto de sus cualidades y gracias... Confesaos a ella francamente, pedidla hasta mostraros importuno su ayuda para recobrar vuestro puesto. Es de una naturaleza tan generosa, tan sensible, tan amable, tan angélica, que su virtud considera como un vicio no hacer más de lo que se le pide. Suplicadla que entablille esta juntura rota entre vos y su marido, y apuesto mi fortuna contra cualquier cosa que valga la pena de nombrarse a que vuestra afección recíproca se convertirá en más fuerte después de esta fractura.

CASSIO.- Me dais un buen consejo.

IAGO.- Protesto que es con toda la sinceridad de mi afecto y mi honrada bondad.

CASSIO.- Lo creo francamente, y mañana a primera hora suplicaré a la virtuosa Desdémona que interceda por mí. Desespero de mi suerte, si fracaso en esta solicitación.

IAGO.- Estáis en el verdadero camino. Buenas noches, teniente. Es menester que atienda a la guardia.

CASSIO.- Buenas noches, honrado Iago. *(Sale.)*

IAGO.- ¿Y quién se atrevería a decir que represento el papel del villano, cuando el consejo que doy es honrado y sincero, de una realización probable y el único medio, en verdad, de aplacar al moro? En efecto, es muy fácil inclinar a la complaciente Desdémona a toda honrada solicitación. Está fabricada de una naturaleza tan liberal como los libres elementos. Y en cuanto a ganar al moro, es para ella una tarea fácil -aun cuando se tratara de renunciar a su bautismo, a todos los sellos y a todos los símbolos de redención-, pues su alma se halla tan agarrotada en los lazos de su amor, que Desdémona puede hacer y deshacer, como plazca a su capricho representar el papel de Dios con su débil resistencia. ¿En qué soy, pues, un malvado, porque aconsejo a Cassio la línea de conducta que ha de llevarle directamente al logro de su bien? ¡Divinidad del infierno!... Cuando los demonios quieren sugerir los más negros pecados, principian por ofrecerlos bajo las muestras más celestiales, como hago yo ahora. Pues mientras este honrado imbécil solicite apoyo de Desdémona para reparar su fortuna, y ella abogue apasionadamente en favor suyo acerca del moro, insinuaré en los oídos de Otelo esta pestilencia, de que intercede por él por lujuria del cuerpo; y cuando más se esfuerce ella en servir a Cassio, tanto más destruirá su crédito ante el moro. Así, la enviscaré en su propia virtud y extraeré de su propia generosidad la red que coja a todos en la trampa.

Entra RODRIGO

¿Qué hay, Rodrigo?

RODRIGO.- Sigo aquí la cacería, no como el sabueso que levanta la pieza, sino como el lebrel que sólo aúlla en la jauría. Mi dinero está casi agotado; esta noche he sido apaleado de lo lindo, y creo que el desenlace de todo esto consistirá en la experiencia que habré sacado a costa de mis sinsabores. Y así, sin dinero ninguno y con un poco más de seso, me volveré a Venecia.

IAGO.- ¡Qué pobres gentes las que carecen de paciencia! ¿Qué herida se ha curado sino poco a poco? Sabes que obramos por ingenio y no por brujería. Y el ingenio se sujeta a las dilaciones del tiempo. ¿Es que no marchan bien las cosas? Cassio te ha apaleado, y tú, a cambio de una ligera contusión, has dejado cesante a Cassio. Aunque hay muchas cosas que crecen lozanas bajo el sol, sin embargo, los frutos que florecen primero son también los primeros en madurar. Ten paciencia un instante... ¡Por la misa, está amaneciendo! El placer y la acción hacen aparecer breves las horas. Retírate. Ve adonde indique tu boleta de alojamiento. Parte, digo; sabrás más cosas después. ¡Anda, márchate! *(Sale Rodrigo.)* Dos cosas hay que hacer... mi esposa debe disponer a su ama en favor de Cassio. Voy a prepararla, y yo, al mismo tiempo, tendré cuidado de llevar al moro aparte y conducirle precisamente en el momento en que pueda hallar a Cassio solicitando a su mujer... ¡Sí, ése es el medio! ¡No dejemos que este plan languidezca por frialdad y demora! *(Sale.)*

Acto tercero



Escena primera

Delante del castillo

Entran CASSIO *y algunos* MÚSICOS

CASSIO.- Tocad aquí, maestros... Yo recompensaré vuestras molestias... Algo que sea breve, y expresad el «¡Buenos días, general!» *(Música.)*

Entra el BUFÓN

BUFÓN.- Pardiez, maestros, ¿han estado vuestros instrumentos en Nápoles, que hablan tan de nariz?

MÚSICO PRIMERO.- ¿Cómo, señor, cómo?

BUFÓN.- Por favor, ¿son de aire esos instrumentos?

MÚSICO PRIMERO.- Sí, pardiez; lo son, señor.

BUFÓN.- ¡Oh! ¿Entonces van a traer cola?

MÚSICO PRIMERO.- ¿Dónde va a estar la cola, señor?

BUFÓN.- A fe, señor, en muchos instrumentos que conozco. Pero, maestros, aquí tenéis dinero. Al general le agrada tanto vuestra música, que os suplica, por amor de Dios, que no hagáis más ruido con ella.

MÚSICO PRIMERO.- Bien, señor, no lo haremos.

BUFÓN.- Si tenéis una música que no sea audible, tocadla; pero en cuanto a la música que se oye, como quien dice, al general le importa poco.

MÚSICO PRIMERO.- No tenemos música de esa clase, señor.

BUFÓN.- Entonces meted las flautas en vuestros sacos, porque me voy. Idos, desvaneceos en el aire; partid. *(Salen los músicos.)*

CASSIO.- ¿Me oyes, mi honrado amigo?

BUFÓN.- No, no oigo a vuestro honrado amigo, pero os oigo.

CASSIO.- Por favor, guárdate esas sutilezas. Aquí tienes una pobre moneda de oro; si la dama que sirve a la esposa del general está levantada, dile que un tal Cassio solicita el favor de hablar con ella un instante. ¿Lo harás?

BUFÓN.- Acaba de saltar del lecho. Si tengo un tropiezo con ella, lo haré con gusto.

CASSIO.- Hazlo, mi buen amigo. *(Sale el Bufón.)*

Entra IAGO

¡En buen hora, Iago!

IAGO.- ¿Es que no os habéis ido a dormir?

CASSIO.- A fe mía, no había roto el día antes de que nos separáramos. Iago, me he tomado la libertad de enviar aviso a vuestra esposa; quiero solicitar de ella que consienta en procurarme acceso acerca de la virtuosa Desdémona.

IAGO.- Voy a enviárosla inmediatamente. Y yo hallaré un medio de alejar al moro, para que vuestra conversación tocante a vuestro asunto tenga más libertad.

CASSIO.- Os lo agradezco humildemente. *(Sale Iago.)* No he conocido un florentino más amable y honrado.

Entra EMILIA

EMILIA.- Felices días, buen teniente. Estoy afligida por vuestra desgracia, pero todo se arreglará sin dilación. El general y su esposa hablan del caso, y ella aboga por vos vigorosamente. El moro replica que aquel a quien habéis herido es una persona de gran autoridad en Chipre, y de una parentela poderosa, y que no podía dejar de destituiros sin faltar a la prudencia; pero declara que os estima y que no son necesarias otras solicitudes que las de su amistad para decidirle a coger por los cabellos la primera ocasión de volver a llamaros.

CASSIO.- Sin embargo, os suplico -si lo juzgáis conveniente y hacedero- que me procuréis la oportunidad de tener una breve charla a solas con Desdémona.

EMILIA.- Entrad, os ruego; yo os procuraré sitio donde tengáis tiempo de abrir libremente vuestro corazón.

CASSIO.- Os quedo muy obligado. *(Salen.)*

Escena segunda

Aposento en el castillo

Entran OTELO, IAGO *y* CABALLEROS

OTELO.- Entrega estas cartas al piloto, Iago, y que presente al Senado mis respetos. Yo, en tanto, iré a pasearme del lado de las murallas; acude allí a reunirte conmigo.

IAGO.- Bien, mi buen señor, lo haré.

OTELO.- ¿Vamos a inspeccionar ese fuerte, caballeros?

CABALLEROS.- Estamos a las órdenes de Vuestra Señoría. *(Salen.)*

Escena tercera

Jardín del castillo

Entran DESDÉMONA, CASSIO *y* EMILIA

DESDÉMONA.- Ten la seguridad, mi buen Cassio, de que emplearé todas mis facultades en tu favor.

EMILIA.- Hacedlo, buena señora, os garantizo que esta desgracia aflige a mi esposo como si fuera suya.

DESDÉMONA.- ¡Oh, es un honrado compañero! No lo dudéis. Cassio, os haré a mi esposo y a vos amigos como antes.

CASSIO.- Bondadosa dama, suceda lo que quiera a Miguel Cassio, no será jamás otra cosa que vuestro muy fiel servidor.

DESDÉMONA.- Lo sé... Os doy las gracias. Estimáis a mi marido, le conocéis desde hace mucho tiempo; y estad bien seguro de que no os tendrá en reserva sino en la medida y durante el tiempo que le imponga la política.

CASSIO.- Sí, señora; pero esta política puede durar tanto tiempo, nutrirse de pretextos tan delicados e insignificantes, complicarse de tal modo a consecuencia de las circunstancias, que yo ausente y ocupado mi puesto, mi general olvidará mis afectos y mis servicios.

DESDÉMONA.- No temas eso; te respondo de tu empleo ante Emilia aquí presente. Certifícate de que cuando hago una promesa de amistad, la cumplo hasta el último artículo. Mi señor no tendrá nunca reposo; le mantendré en vela hasta que le dome; le abrumaré a palabras hasta hacerle perder la paciencia; su lecho será como una escuela; su mesa, como un confesonario: mezclaré en todas sus ocupaciones la petición de Cassio. Así, alégrate, Cassio, pues tu solicitador morirá antes de abandonar tu causa.

EMILIA.- Señora, he aquí venir a mi señor.

CASSIO.- Señora, me despido.

DESDÉMONA.- No, quédate y me oirás hablar.

CASSIO.- Ahora no, señora; estoy muy desazonado e incapaz de servir a mis propios asuntos.

DESDÉMONA.- Bien; haced como juzguéis conveniente. *(Sale Cassio.)*

Entran OTELO *e* IAGO

IAGO.- ¡Ah! No me agrada esto.

OTELO.- ¿Qué dices?

IAGO.- Nada, señor; o si..., no sé qué.

OTELO.- ¿No era Cassio el que acaba de separarse de mi mujer?

IAGO.- ¿Cassio, señor? No, seguramente; no puedo suponer que se escapara así, como un culpable, al veros llegar.

OTELO.- Creo que era él.

DESDÉMONA.- ¡Hola, esposo mío! Acabo de conversar aquí con un solicitador, un hombre que pena por vuestro desagrado.

OTELO.- ¿A quién os referís?

DESDÉMONA.- Vaya, a vuestro teniente Cassio. Mi buen señor, si tengo gracia o poder para conmoveros, aceptad la sumisión que os ofrece para reconciliarse con vos; pues si no es un hombre que os estima sinceramente; si no es un hombre que ha pecado por ignorancia y no a sabiendas, no sé reconocer un semblante honrado. Te lo suplico, reintégrale en su empleo.

OTELO.- ¿Es el que se aleja de aquí hace un instante?

DESDÉMONA.- Sí, en verdad, y tan humillado, que me dejó una parte de su pesar para sufrir con él. Mi querido amor, llamadle.

OTELO.- Ahora no, dulce Desdémona; otra vez será.

DESDÉMONA.- Pero esta otra vez, ¿será pronto?

OTELO.- Lo antes posible, para agradaros, querida.

DESDÉMONA.- ¿Esta noche, a la hora de cenar?

OTELO.- No; esta noche, no.

DESDÉMONA.- ¿Mañana, a la hora de comer, entonces?

OTELO.- No comeré en casa; me reúno con los capitanes en la ciudadela.

DESDÉMONA.- Vaya, entonces mañana por la noche, o el martes por la mañana; o el martes a mediodía, o por la noche; o el miércoles por la mañana... Por favor, señala el momento; pero que no exceda de tres días. Por mi fe, él está arrepentido; y, sin embargo, su falta (salvo si se tiene en cuenta la regla que, según dicen, exige que en la guerra se haga el escarmiento de los mejores) no es una de esas faltas que, según la opinión común, merezca apenas una reprensión particular. ¿Cuándo volverá? Decidmelo, Otelo. Me pregunto con asombro en mi alma qué podréis pedirme que yo os negase, o que os concediera con esta vacilación. ¡Cómo! ¡Miguel Cassio, que os acompañaba cuando me cortejabais, y que a menudo ha tomado vuestro partido, cuando yo hablaba de vos desventajosamente! ¡Y que tenga yo ahora necesidad de tantos esfuerzos para llamarle! Creedme, no sé qué haría...

OTELO.- ¡Por favor, basta! ¡Que venga cuando quiera! ¡No he de negarte nada!

DESDÉMONA.- Vaya, esto no es una merced. Es como si os rogara que llevarais guantes, que os alimentarais de platos nutritivos, que no os resfriarais o solicitara de vos que hicieseis un servicio particular a vuestra propia persona. No, cuando me proponga realmente poner a prueba vuestro amor, será con una cosa de gran importancia, difícil y arriesgada de conceder.

OTELO.- No te negaré nada. Por tanto, te suplico que me otorgues esto: dejarme un instante a solas conmigo.

DESDÉMONA.- ¿Y os lo voy a negar? Adiós, querido esposo.

OTELO.- ¡Adiós, Desdémona mía! Al punto iré a tu encuentro.

DESDÉMONA.- Ven, Emilia.- Haced como el corazón os dicte. Lo que quiera que deseéis, soy obediente. *(Sale con Emilia.)*

OTELO.- ¡Adorable criatura! ¡Que la perdición se apodere de mi alma si no te quiero! ¡Y cuando no te quiera, será de nuevo el caos!

IAGO.- Mi noble señor...

OTELO.- ¿Qué dices, Iago?

IAGO.- ¿Es que conocía Miguel Cassio vuestro amor cuando hacías la corte a la señora?

OTELO.- Lo conoció desde el principio hasta el fin. ¿Por qué me preguntas eso?

IAGO.- Sólo por la satisfacción de mi pensamiento; no por nada más grave.

OTELO.- ¿Y cuál es tu pensamiento, Iago?

IAGO.- No creí que tuviera entonces conocimiento con ella.

OTELO.- ¡Oh, sí!, y a menudo nos ha servido de intermediario.

IAGO.- ¿De veras?

OTELO.- «¡De veras!» Sí, de veras... ¿Percibes algo en esto? ¿No es él honrado?

IAGO.- ¿Honrado, señor?

OTELO.- «¡Honrado!» Sí, honrado.

IAGO.- Mi señor, por cosa así le tengo.

OTELO.- ¿Qué es lo que piensas?

IAGO.- ¿Pensar, señor?

OTELO-«¡Pensar, señor!» ¡Por el cielo, me sirve de eco, como si encerrara en su pensamiento algún monstruo demasiado horrible para mostrarse!... Tú quieres decir algo... Te oí decir ahora... que no te agradaba eso, cuando Cassio abandonó a mi mujer. ¿Qué es lo que no te agradaba? Y cuando te he dicho que estaba en mis secretos, durante el curso entero de mis amores, has exclamado: «¿De veras?» Y tus cejas se han contraído haciendo plegarse la frente en forma de bolsa, como si hubieras querido encerrar en tu cerebro alguna concepción horrible. Si me estimas, muéstrame tu pensamiento.

IAGO.- Señor, sabéis que os estimo.

OTELO.- Lo creo, y precisamente porque sé que estás lleno de afecto y de honradez y que pesas tus palabras antes de proferirlas es por lo que tus reticencias me asustan más; pues tales modos de conducirse son perfidias habituales en un bellaco desleal y mentiroso; pero en un hombre justo son revelaciones veladas que se escapan de un pecho incapaz de dominar su emoción.

IAGO.- Por lo que toca a Miguel Cassio, me atrevería a jurarlo, pienso que es un hombre honrado.

OTELO.- Y yo también.

IAGO.- Los hombres debieran ser lo que parecen; ¡ojalá ninguno de ellos pareciese lo que no es!

OTELO.- Cierto, los hombres debieran ser lo que parecen.

IAGO.- Por eso, pues, pienso que Cassio es un hombre honrado.

OTELO.- No, en eso hay aún más. Exprésame tus pensamientos tal como los rumias interiormente; y manifiesta los peores de ellos por lo que las palabras tienen de peor.

IAGO.- No, mi buen señor, perdonadme. Aunque comprometido a todo acto de leal obediencia, no estoy obligado a descubrir lo que todos los esclavos son libres de ocultar. ¿Revelar mis pensamientos? Pardiez, suponed que son viles y falsos -¿cuál es el palacio en que no se introducen alguna vez villanas cosas?-. ¿Quién tiene un corazón tan puro donde las sospechas odiosas no tengan sus audiencias y se sienten en sesión con las meditaciones permitidas?

OTELO.- Conspiras contra tu amigo, Iago, si, creyéndolo ultrajado, dejas su oído extraño a tus pensamientos.

IAGO.- Os suplico -aunque quizá soy mal inclinado en mis conjeturas (pues confieso que es una enfermedad de mi naturaleza sospechar el mal, y mis celos imaginan a menudo faltas que no existen)- que vuestra cordura, sin embargo, no conceda ninguna importancia a un hombre cuya imaginación se halla tan propensa a equivocarse, ni construya una armazón de inquietudes sobre el fundamento poco sólido de sus observaciones, imperfectas. No convendría a vuestro reposo, ni a vuestro bienestar, ni a mi fortaleza varonil, honradez y prudencia, permitir que conocierais mis pensamientos.

OTELO.- ¿Qué quieres decir?

IAGO.- Mi querido señor, en el hombre y en la mujer el buen nombre es la joya más inmediata a sus almas. Quien me roba la bolsa, me roba una porquería, una insignificancia, nada; fue mía, es de él y había sido esclava de otros mil; pero el que me hurta mi buen nombre, me arrebata una cosa que no le enriquece y me deja pobre en verdad.

OTELO.- ¡Por el cielo! ¡Conoceré tus pensamientos!

IAGO.- No podríais, aunque mi corazón estuviera en vuestra mano; con mayor razón mientras se halla bajo mi custodia.

OTELO.- ¡Ah!...

IAGO.- ¡Oh, mi señor, cuidado con los celos! Es el monstruo de ojos verdes, que se divierte con la vianda que le nutre. Vive feliz el cornudo que, cierto de su destino, detesta a su ofensor; pero, ¡oh, qué condenados minutos cuenta el que idolatra y, no obstante, duda; quien sospeche y, sin embargo, ama profundamente!

OTELO.- ¡Oh suplicio!

IAGO.- Pobreza y contento es riqueza, y riqueza abundante; pero riquezas infinitas componen una pobreza estéril como el invierno para el que teme siempre ser pobre... ¡Cielo clemente, libra de los celos a las almas de toda mi casta!

OTELO.- ¡Qué! ¿Qué es eso? ¿Crees que habría de llevar una vida de celos, cambiando siempre de sospechas a cada fase de la luna? No, una vez que se duda, el estado del alma queda fijo irrevocablemente. Cámbiame por un macho cabrío el día en que entregue mi alma a sospechas vagas y en el aire, semejantes a las que sugiere tu insinuación. No me convertiré en celoso porque se me diga que mi mujer es bella, que come con gracia, gusta de la compañía, es desenvuelta de frase, canta, toca y baila con primor. Donde hay virtud, estas cualidades son más virtuosas. Ni la insignificancia de mis propios méritos me hará concebir el menor temor o duda sobre su infidelidad, pues ella tenía ojos y me eligió. No, Iago, será menester que vea, antes de dudar; cuando dude, he de adquirir la prueba; y adquirida que sea, no hay sino lo siguiente..., dar en el acto un adiós al amor y a los celos.

IAGO.- Me alegro de eso, pues ahora tendré una razón para mostraros más francamente la estima y obediencia que os profeso. Por tanto, obligado como estoy, recibir este aviso... No hablo aún de pruebas. Vigilad a vuestra esposa, observadla bien con Cassio. Haced uso de vuestros ojos así..., sin celos ni confianza. No quisiera que vuestra franca y noble naturaleza fuese engañada por su misma generosidad. Vigiladla. Conozco bien el carácter de nuestro país: en Venecia las mujeres dejan ver al cielo las tretas que no se atreven a mostrar a sus maridos. Toda su conciencia estriba, no en no hacer, sino en tener oculto.

OTELO.- ¿Eso me cuentas?

IAGO.- Engañó a su padre, casándose con vos; y cuando parecía estremecerse y tener miedo a vuestras miradas, fue entonces cuando las apetecía más.

OTELO.- Así fue, en efecto.

IAGO.- Sacad entonces la conclusión. La que tan joven pudo disimular hasta el punto de tener los ojos de su padre tan estrechamente cerrados como la madera de roble, tan cerrados que él lo tomó por cosa de magia... Pero soy muy de censurar; os pido humildemente perdón por este exceso de cariño.

OTELO.- Te quedo por siempre obligado.

IAGO.- Veo que esto ha confundido un poco vuestro ánimo.

OTELO.- Ni una jota, ni una jota.

IAGO.- Por mi fe, que lo temo; creedme. Espero consideréis que lo que os digo dimana de mi afecto por vos...; pero veo que os habéis emocionado; debo rogaros que no deis a mis palabras una conclusión más grave ni una extensión más larga que la de una sospecha.

OTELO.- Es lo que haré.

IAGO.- De otro modo, señor, mis palabras obtendrán resultados terribles, a los cuales no tienden mis pensamientos. Cassio es mi digno amigo... Mi señor, veo que estáis turbado.

OTELO.- No, no tan turbado... No creo que Desdémona no sea honrada.

IAGO.- ¡Que viva así mucho tiempo, y otro tanto vos para creerla tal!

OTELO.- Y, sin embargo, cuando la naturaleza se desvía de sí...

IAGO.- Sí, al está el mal. Así -para hablaros claramente-, digamos que no haber aceptado tantos partidos como se le proponían con hombres de su país, de su color, de su condición, a lo que vemos tiende siempre la naturaleza, ¡hum!, esto denota un gusto muy corrompido, una grosera desarmonía de inclinaciones, pensamientos contra naturaleza... Pero perdonadme. No es a ella precisamente a quien me refiero; y, sin embargo, temería que su alma, retornando a un juicio más frío, llegara a compararos con las figuras de su país y se arrepintiera tal vez.

OTELO.- Adiós, adiós. Si más adviertes, comunícame más. Encarga a tu mujer que observe. Déjame, Iago.

IAGO.- Mi señor; tomo licencia para marcharme. *(Yéndose.)*

OTELO.- ¿Por qué me habré casado? -¡Este honrado individuo ve y sabe más, mucho más de lo que

cuenta!

IAGO.- *(Volviendo.)* Mi señor, quisiera suplicar a Vuestro Honor que no escudriñase más en este asunto. Dejadlo al tiempo. Aunque sea conveniente que Cassio recobre su empleo (pues a decir verdad lo desempeña con aptitud), sin embargo, si os place tenerlo por algún tiempo en desgracia, podríais de este modo estudiarlo a él y a sus procedimientos. Advertid si vuestra esposa insiste en su reposición con vigor e inoportunidad vehemente. Por aquí se verá mucho. Mientras tanto, pensad que soy por demás exagerado en mis temores (como tengo grandes motivos para creerlo), y suplico a Vuestro Honor la considere libre de toda sospecha.

OTELO.- No te inquiete mi indiscreción.

IAGO.- Me despido nuevamente de vos. *(Sale.)*

OTELO.- Este camarada es de una excesiva honradez y sabe penetrar con espíritu claro en los resortes de las acciones humanas. Si yo descubriese que ella es un halcón montano, aun cuando tuviera por grillos las fibras de mi corazón, la soltaría con un silbido y la dejaría a merced del viento, para que buscase su presa al azar. Quizá porque soy atezado y carezco de esos dones melosos de conversación que poseen los pisaverdes; o quizá porque desciendo la pendiente de los años -aunque todavía no mucho- es ida para mí. Quedo engañado, y mi único consuelo debe execrarla. ¡Oh, maldición del casamiento! ¡Que podamos llamarnos dueños de estas mimadas criaturas, y no de sus apetitos! Mejor quisiera ser un sapo y vivir de la humedad de un calabozo que guardar para usos ajenos un rincón de aquello que amo. Empero es el castigo de los grandes; tienen menos prerrogativas que las gentes bajas. Es un destino inevitable, como la muerte. Esta maldición horcada se cierne sobre nosotros desde el instante mismo en que venimos al mundo. Ved, aquí llega. Si es pérfida, ¡oh, entonces el cielo se burla de sí mismo! ¡No puedo creerlo!

Vuelven a entrar DESDÉMONA *y* EMILIA

DESDÉMONA.- ¡Hola, mi querido Otelo! Vuestra comida y los nobles insulares, a quienes habíais invitado, aguardan vuestra presencia.

OTELO.- Soy de censurar.

DESDÉMONA.- ¿Por qué habláis con una voz tan débil? ¿No os sentís bien?

OTELO.- Me duele aquí en la frente.

DESDÉMONA.- Es de velar, sin duda. Eso va a disiparse. Dejadme que la vende, y dentro de una hora no sentiréis nada.

OTELO.- Vuestro pañuelo es demasiado chico. *(Aparta el pañuelo, que cae.)* Dejadlo. Voy con vos.

DESDÉMONA.- Estoy verdaderamente afligida de que no os halléis bien. *(Salen Otelo y Desdémona.)*

EMILIA.- Me encanta haber encontrado este pañuelo. Es el primer recuerdo que ella recibió del moro. Mi porfiado marido me ha acariciado cien veces para que lo robara; mas ella ama tanto la prenda -pues él la conjuró a que la guardara siempre-, que la lleva constantemente sobre sí para besarla y hablarla. Voy a hacer que saquen copia de la labor y se la daré a Iago. Lo que intenta con ello, sábelo el cielo, no yo; yo no sé nada, sino satisfacer su fantasía.

Entra IAGO

IAGO.- ¡Hola! ¿Qué hacéis ahí sola?

EMILIA.- No me riñáis; tengo una cosa para vos.

IAGO.- ¡Una cosa para mí! Es una cosa vulgar...

EMILIA.- ¿Eh?

IAGO.- Tener una mujer boba.

EMILIA.- ¡Oh! ¿Eso es todo? ¿Qué me daríais ahora por este moquero?

IAGO.- ¿Qué moquero?

EMILIA. -«¡Qué moquero!» Pardiez, el moquero que el moro dio como primer regalo a Desdémona, que tantas veces me aconsejaste hurtar.

IAGO.- ¿Y se lo has hurtado?

EMILIA.- No, a fe mía; lo dejó caer por descuido, y como estaba yo presente, me aproveché de esta ocasión favorable para cogerlo. Miradle, aquí está.

IAGO.- Eres una buena chica; dámelo.

EMILIA.- ¿Qué intentáis hacer con él, para haberme instado tan reiteradamente a que lo escamotease?

IAGO.- *(Arrebatándole el pañuelo.)* ¡Pardiez! ¿Qué os importa? EMILIA.- Si no es para algún asunto de importancia, devolvédmelo. ¡Pobre señora! Va a volverse loca cuando advierta que le falta.

IAGO.- Fingid no saber de ello. Tengo necesidad de él. Idos, dejadme. *(Sale Emilia.)* Voy a extraviar este pañuelo en la habitación de Cassio y a dejarle que lo encuentre. Bagatelas tan ligeras como el aire son para los celosos pruebas tan poderosas como las afirmaciones de la Sagrada Escritura. Esto puede acarrear algo. El moro se altera ya bajo el influjo de mi veneno. Las ideas funestas son, por su naturaleza, venenos que en principio apenas hacen sentir su mal gusto; pero a poco que obran sobre la sangre, abrasan como minas de azufre... Tenía yo razón. ¡Mirad, aquí viene! ¡Ni adormidera, ni mandrágora, ni todas las drogas soporíferas

del mundo te devolverán jamás el dulce sueño que poseías ayer!

Vuelve a entrar OTELO

OTELO.- ¡Ah! ¡Ah! ¡Pérfida conmigo!

IAGO.- ¡Pardiez! ¿Qué hay, general? ¡No más de eso!

OTELO.- ¡Atrás! ¡Vete! ¡Me ha puesto en el potro! Juro que vale más ser engañado mucho que saber sólo un poco.

IAGO.- ¿Qué es esto, mi señor?

OTELO.- ¿Qué sentimiento tenía yo de sus horas furtivas de lujuria? Yo no las veía, no pensaba en ellas, no me hacían sufrir. La noche última dormí bien, comí bien, estaba alegre y mi espíritu era libre; no hallaba en su boca los besos de Cassio. Al que ha sido robado, no apercibiéndose la falta de lo sustraído, dejadle en la inocencia del hurto, y no habrá sido robado del todo.

IAGO.- Estoy apesadumbrado de oíros esto.

OTELO.- Habría sido feliz, aun cuando el campamento entero, con gastadores y todo, hubiera gozado de su dulce cuerpo, con tal de no haber sabido nada. ¡Oh! Ahora, ¡adiós para siempre a la tranquilidad del espíritu! ¡Adiós al contento! ¡Adiós a las tropas empenechadas y a las potentes guerras, que hacen de la ambición una virtud! ¡Oh, adiós!... ¡Adiós al relinchante corcel y a la aguda trompeta, al tambor que despierta el ardor del alma, al penetrante pífano, a las reales banderas y a todo lo que constituye el orgullo, la pompa y el aparato de las guerras gloriosas! ¡Y a vosotras, máquinas asesinas, cuyas bocas crueles imitan los terribles clamores del inmortal Júpiter, adiós! ¡La carrera de Otelo ha dado fin!

IAGO.- ¿Es posible, señor?

OTELO.- ¡Villano, ten por seguro que me probarás que mi amada es una puta; tenlo por seguro; dame la prueba ocular; o, por la salud de mi alma eterna, más te valiese haber nacido perro que tener que contestar a mi cólera en alerta!

IAGO.- ¿A esto hemos llegado?

OTELO.- Házmelo ver, o, a lo menos, pruébalo de tal suerte, que la prueba no deje ni gozne ni perno de que pueda colgarse una duda; o ¡ay de tu vida!

IAGO.- Mi noble señor...

OTELO.- Si haces esto para calumniarla y atormentarme, no reces más; abandona toda compasión; acumula horrores sobre horrores; comete actos que hagan llorar al cielo y asombrar a la tierra, pues nada

puedes añadir a tu condenación más terrible que esto.

IAGO.- ¡Oh, gracia divina! ¡Oh, cielos, perdonadme!... ¿Sois un hombre? ¿Tenéis alma o sentimiento?... Quedad con Dios; aceptad la renuncia de mi cargo... ¡Oh, miserable imbécil que vives para ver tu honradez transformada en vicio!... ¡Oh, mundo monstruoso! ¡Toma nota, toma nota, oh mundo, de lo peligroso que resulta ser recto y honrado!... Os doy las gracias por esta provechosa lección; y desde ahora no querré a ningún amigo, ya que el afecto produce tales ofensas.

OTELO.- No, quédate... Debieras ser honrado.

IAGO.- Debiera ser prudente, pues la honradez es una tontería que siempre trabaja en balde.

OTELO.- Por el universo, creo que mi esposa es honrada y creo que no lo es; pienso que tú eres justo; y pienso que no lo eres. ¡Quiero tener alguna prueba! Su nombre que era tan puro como el semblante de Diana, es ahora tan embadurnado y negro como mi propio rostro... Si existen cuerdas, cuchillos, venenos, fuego o torrentes para ahogarse, no lo soportaré... ¡Quisiera estar plenamente convencido!

IAGO.- Veo, señor, que os devora la pasión. Me arrepiento de haberos arrojado a este estado. ¿Querrías satisfacción?

OTELO.- «¡Querríais!» Pues claro que quiero.

IAGO.- Y podéis. Mas ¿cómo? ¿Cómo querríais que fuese esta satisfacción, señor? ¿Querríais vos, el espectador, quedaros con la boca abierta mirándola bestialmente topeteada?

OBELO.- ¡Muerte y condenación! ¡Oh!

IAGO.- Sería, creo, una empresa difícil y enojosa inducirles a dejarse sorprender así. ¡Malditos sean, pues, si otros ojos mortales fuera de los suyos los ven acostados! Entonces ¿qué? ¿Cómo proceder? ¿Qué he de deciros? ¿Dónde está la convicción?... Es imposible que sorprendáis tal cosa, aun cuando estuvieran tan excitados como las cabras, tan ardientes como los monos, tan lúbricos como los lobos en el celo y tan imprudentemente tontos como los ignorantes en estado de embriaguez. Pero, sin embargo, os lo digo, si la opinión, fundada en una fuerte evidencia circunstancial, que conduce directamente a las puertas de la verdad, puede daros satisfacción, la obtendréis.

OTELO.- ¡Dame la prueba palpable de que es desleal!

IAGO.- No me gusta el oficio; pero ya que tan adelante he ido en este asunto -aguijoneado por la locura de la honradez y la amistad-, seguiré más lejos aún. Estaba yo acostado hace poco tiempo con Cassio, y como rabiara de dolor de muelas, no podía dormir. Hay una clase de hombres tan indiscretos de alma, que en sus sueños mascullan sus negocios. Uno de esta especie es Cassio. Le oí decir en sueños: «¡Encantadora Desdémona, seamos prudentes; ocultemos nuestros amores!» Y entonces, señor, me cogía y estrujaba la mano, diciendo: «¡Oh, dulce criatura!» Y luego me besaba con fuerza, como si quisiera arrancar por la raíz

besos que brotaran de mis labios. Después pasó su pierna sobre mi muslo, suspiró y me besó. Y acto seguido repuso: «¡Maldito sea el destino que te ha entregado al moro!»

OTELO.- ¡Oh, monstruoso! ¡Monstruoso!

IAGO.- ¡Bah!, esto no es más que un sueño.

OTELO.- Sí, pero denota una conclusión predeterminada; es un indicio grave, aunque sólo sea un sueño.

IAGO.- Y esto puede ayudar a justificar otras pruebas que parecen demasiado menudas.

OTELO.- ¡La desgarraré toda en pedazos!

IAGO.- Bien, mas sed prudente. Aún no vemos nada definitivo. Puede que sea todavía honrada. Decidme tan sólo... ¿No habéis visto nunca en manos de vuestra mujer un pañuelo con un bordado moteado de fresas?

OTELO.- Le di uno semejante; fue mi primer presente.

IAGO.- Lo ignoraba; pero he visto un pañuelo de esa clase -estoy seguro de que era de vuestra mujer- en poder de Cassio, con el que se limpiaba hoy la barba.

OBELO.- ¡Si fuera ése!...

IAGO.- Fuera ése u otro cualquiera de su propiedad, esto habla contra ello con los demás indicios.

OTELO.- ¡Oh! ¿Por qué no ha de tener el miserable cuarenta mil vidas? ¡Una sola es demasiado pobre, demasiado débil para mi venganza! ¡Ahora veo que es verdad!... Mira aquí, Iago... ¡Todo mi amor apasionado lo soplo así al cielo! ¡Voló!... ¡Levántate, negra venganza, del fondo del infierno! ¡Cede, oh amor, tu corona y el corazón en que estabas entronizado, a la tiranía del odio! ¡Hínchate, pecho, bajo la cargazón que llevas, pues se compone de lenguas de áspides!

IAGO.- Serenaos, sin embargo.

OTELO.- ¡Oh, sangre, sangre, sangre!

IAGO.- Paciencia, os digo. Quizá mudéis de pensamiento.

OTELO.- ¡Iago, jamás!... Como el mar del Ponto, cuya corriente helada y curso siempre adelante no conoce nunca el reflejo, sino que continúa derecho su camino hacia el Propóntico y el Helesponto, así mis pensamientos sanguinarios, con paso violento, no volverán atrás nunca, no refluirán jamás hacia el humilde amor hasta que no sean engullidos en una inmensa venganza proporcionada a la ofensa... ¡Ahora, por ese cielo de mármol, empeño aquí mis palabras *(arrodillándose)* para la ejecución religiosa de un juramento sagrado!

IAGO.- No os levantéis todavía... *(Arrodillándose.)* ¡Sed testigos, luceros que eternamente brilláis en lo alto; y vosotros, elementos que nos envolvéis por todas partes, sed testigos de que Iago pone aquí las armas de su inteligencia, de sus manos y de su corazón al servicio del ultrajado Otelo! ¡Que mande, y por sanguinaria que sea la obra, será para mí un acto de piedad el obedecer! *(Se levantan.)*

OTELO.- Acojo tu afección, no con vanos agradecimientos, sino con aceptación reconocida, y quiero inmediatamente ponerte a prueba. ¡Dentro de tres días que te oiga yo decir que Cassio no vive!

IAGO.- ¡Mi amigo está muerto! ¡Es cosa bien hecha a vuestra instancia! Pero que ella viva.

OTELO.- ¡Sea condenada la impúdica bribona! ¡Oh, sea condenada! Vamos, ven conmigo a un lugar apartado. Quiero retirarme a fin de buscar algunos medios de muerte rápida para la linda diablesa. Desde ahora, eres mi teniente. *(Sale.)*

IAGO.- Soy siempre vuestro.

Escena Cuarta

Delante del castillo

Entran DESDÉMONA, EMILIA *y el* BUFÓN

DESDÉMONA.- ¿Sabéis, pícaro, dónde se aloja Cassio?

BUFÓN.- No me atrevo a decir que se aloja en ninguna parte.

DESDÉMONA.- ¿Por qué, amigo?

BUFÓN.- Es un soldado, y para mí decir que un soldado miente es darle de puñaladas.

DESDÉMONA.- ¡Quita allá! ¿Dónde se aloja?

BUFÓN.- Deciros dónde se aloja es deciros dónde miente.

DESDÉMONA.- ¿Puede sacarse algún sentido de esas palabras?

BUFÓN.- No sé dónde se aloja; inventarle un alojamiento y decir que se aloja aquí o allá sería mentir por mi propia garganta.

DESDÉMONA.- ¿Podéis inquirir de él e informaros religiosamente?

BUFÓN.-Catequizaré a todo el mundo para buscarle. Es decir, que haré preguntas y contestaré según las respuestas.

DESDÉMONA.- Buscadle y pedidle que venga acá. Decidle que he movido a mi esposo en favor suyo y que espero que todo irá bien.

BUFÓN.- Hacer esto entra en el círculo de las cosas que puede abarcar el ingenio de un hombre, y por consiguiente voy a intentar realizarlo. *(Sale.)*

DESDÉMONA.- ¿Dónde pude haber perdido ese pañuelo, Emilia?

EMILIA.- Lo ignoro, señora.

DESDÉMONA.- Créeme, hubiera preferido perder mi bolsa llena de cruzados, pues si mi noble moro no fuera un alma leal y exento de esa bajeza de que están hechos los seres celosos, sería esto bastante para despertar en él malos pensamientos.

EMILIA.- ¿No es celoso?

DESDÉMONA.- ¿Quién, él? Pienso que el sol bajo el cual ha nacido secó en él semejantes humores.

EMILIA.- Miradle dónde viene.

DESDÉMONA.- No quiero dejarle ahora, hasta que llame a Cassio.

Entra OTELO

¡Hola! ¿Cómo estáis, mi señor?

OTELO.- Bien, mi querida mujer... *(Aparte.)* ¡Oh, qué difícil es disimular! ¿Cómo os encontráis, Desdémona?

DESDÉMONA.- Bien, esposo mío.

OTELO.- Dadme vuestra mano. Esta mano está húmeda, señora.

DESDÉMONA.- Aún no he sentido la edad, ni conocido los pesares.

OTELO.- Esto arguye liberalidad y corazón pródigo. ¡Cálida, cálida y húmeda! Esta mano requiere renunciación de la libertad, ayunos y plegarias, mucha mortificación y ejercicio de votos; pues hay en ella un

diablo joven y sudoroso que habitualmente se insurrecciona. Es una mano tierna, una mano franca.

DESDÉMONA.- Podéis decirlo así, en verdad, pues esta mano fue la que os entregó mi corazón.

OTELO.- ¡Una mano generosa! Antes eran los corazones los que daban las manos. Pero nuestro nuevo blasón es... manos, no corazones.

DESDÉMONA.- No sé nada de eso. Vengamos ahora a vuestra promesa.

OTELO.- ¿Qué promesa, paloma?

DESDÉMONA.- He enviado a decir a Cassio que venga a hablar con vos.

OBELO.- Tengo un catarro tenaz y pícaro que me molesta. Préstame tu pañuelo.

DESDÉMONA.- Aquí está, mi señor.

OTELO.- El que yo os he dado.

DESDÉMONA.- No lo llevo encima.

OTELO.- ¿No?

DESDÉMONA.- No, por cierto, mi señor.

OTELO.- Es una lástima. Ese pañuelo se lo dio una egipcia a mi madre. Era una maga que casi podía leer los pensamientos de las gentes. Y le dijo que mientras lo conservara, la haría atractiva y sometería eternamente a mi padre a su amor; pero que si lo perdía o entregaba, los ojos de mi padre se apartarían de ella con disgusto, y su alma se lanzaría a la caza de nuevas inclinaciones amorosas. Al morir, me lo dio y recomendome que cuando el destino quisiera que me casara, se lo entregase a mi esposa. Así lo he hecho; tened cuidado, pues, acariciadlo como a las niñas de vuestros lindos ojos; extraviarlo o perderlo sería una desgracia que nada podrá igualar.

DESDÉMONA.- ¿Es posible?

OTELO.- Es la verdad. Hay magia en su tejido; una sibila que contó en el mundo doscientas evoluciones del Sol, realizó el bordado en su furor profético; los gusanos que produjeron la seda estaban encantados, y el tinte era de corazones de vírgenes momificadas, que su arte había sabido conservar.

DESDÉMONA.- ¡De veras! ¿Es cierto?

OTELO.- Certísimo; por consiguiente, cuidadlo bien.

DESDÉMONA.- Entonces, ¡pluguiera al cielo que no lo hubiese visto jamás!

OTELO.- ¡Ah! ¿Por qué?

DESDÉMONA.- ¿Por qué habláis con un tono tan brusco?

OTELO.- ¿Es que se ha extraviado? ¿Desapareció? Hablad. ¿Está fuera de su sitio?

DESDÉMONA.- ¡El cielo nos bendiga!

OTELO.- ¿Qué decís?

DESDÉMONA.- No está perdido; pero ¿y si lo estuviera?...

OTELO.- ¡Cómo!

DESDÉMONA.- Digo que no está perdido.

OTELO.- Id a buscarle, dejármele ver.

DESDÉMONA.- Bien, lo haré, señor; pero no ahora; es un ardid para esquivar mi demanda. Os lo suplico, que Cassio sea llamado nuevamente.

OTELO.- Id a buscarme el pañuelo. Mi espíritu recela.

DESDÉMONA.- Vamos, vamos, no hallaréis nunca un hombre más capaz.

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- Por favor, habladme de Cassio.

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- Un hombre que toda su vida ha fundado su fortuna en vuestra amistad, que compartió vuestros peligros...

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- En verdad, sois censurable.

OTELO.- ¡Atrás! *(Sale.)*

EMILIA.- ¿No está ese hombre celoso?

DESDÉMONA.- Jamás había visto nada semejante. De seguro que hay algo extraordinario en ese pañuelo. Me siento muy desgraciada con haberlo perdido.

EMILIA.- Ni en un año ni en dos se nos muestra un hombre. No son todos más que estómagos, y nosotras tan sólo su alimento. Nos comen glotonamente, y cuando están saciados, nos vomitan. Mirad, aquí llega Cassio y mi marido.

Entran CASSIO *e* IAGO

IAGO.- No hay otro remedio. Ella es quien debe llevarlo a cabo. ¡Y mirad qué dicha! ¡Id e importunadla!

DESDÉMONA.- ¡Hola, buen Cassio! ¿Qué noticias tenéis que darme que os conciernan?

CASSIO.- Señora, torno a mis primeras solicitaciones. Os lo ruego, haced que por vuestra virtuosa intervención vuelva a existir y constituya una parte del afecto de aquel a quien honro enteramente y con todo el respeto de mi corazón. Desearía no soportar más dilaciones. Si mi ofensa es de una orden tan grave que ni mis servicios pasados, ni mis pesares presentes, ni los méritos que me propongo en el porvenir pueden rescatarme de nuevo en su amistad, saber esto debe constituir al menos mi beneficio; entonces me resignaré a esta necesidad forzada y me confinaré en alguna otra carrera, abandonándome a la limosna de la fortuna.

DESDÉMONA.- ¡Ay, tres veces noble Cassio! ¡Mis súplicas desentonan en este momento! Mi esposo no es ya mi esposo, y si su semblante estuviera tan cambiado como su honor, no lo reconocería. Así me ayuden todas las almas santas, como he intercedido por vos, y con un entusiasmo y una libertad que me han hecho blanco de su disgusto. Menester es que os revistáis de paciencia por algún tiempo. Haré lo que pueda, y más por vos de lo que osara hacer por mí misma. Básteos esto.

IAGO.- ¿Está mi señor encolerizado?

EMILIA.- Acaba de salir de aquí hace un instante, y ciertamente en una extraña inquietud.

IAGO.- ¿Puede encolerizarse? Le he visto cuando el cañón hacía saltar en el aire sus regimientos, y semejante a un demonio arrancaba de sus brazos a su propio hermano... ¿Y puede encolerizarse? Entonces es una cosa de importancia. Voy en su busca. Algo grave acontece, en verdad, si está encolerizado.

DESDÉMONA.- Hazlo, por favor, Iago. *(Sale Iago.)* Sin duda, algún asunto de Estado, alguna noticia procedente de Venecia, o algún complot sordamente tramado, cuya revelación ha tenido aquí en Chipre, que habrá turbado la claridad de su inteligencia. Y en tales casos, aunque las cosas grandes sean el objeto verdadero de las almas humanas, precisan éstas, no obstante, luchar con las cosas inferiores. Así suele ocurrir. Nos duele un dedo, y este mal va a comunicar a los otros miembros que están sanos una sensación de sufrimiento. Ciertamente, no debemos pensar que los hombres son dioses, ni esperar de ellos siempre las mismas atenciones que el día de la boda. Censuradme fuerte, Emilia; soldado indisciplinado como soy,

estaba en trance de acusar a su dureza ante el tribunal de mi alma; pero ahora noto que habrá sobornado al testigo y que él es falsamente acusado.

EMILIA.- Roguemos al cielo que sean negocios de Estado como pensáis y no alguna imaginación o quimera celosa que os ataña.

DESDÉMONA.- ¡Ay, día desgraciado! Nunca le di motivo.

EMILIA.- Pero las almas celosas no se pagan de tal respuesta. No son siempre celosas con motivo; son celosas porque son celosas. Los celos son un monstruo que se engendra y nace de sí mismo.

DESDÉMONA.- ¡El cielo guarde de ese monstruo el alma de Otelo!

EMILIA.- Amén, señora.

DESDÉMONA.- Iré a buscarle. Cassio, daos un paseo por aquí; si le hallo en buenas disposiciones, defenderé vuestra causa y me esforzaré con todo mi poder en que se gane.

CASSIO.- Doy humildemente las gracias a vuestra señoría. *(Salen Desdémona y Emilia.)*

Entra BLANCA

BLANCA.- ¡Dios os guarde, amigo Cassio!

CASSIO.- ¿Qué hacéis fuera de casa? ¿Cómo os encontráis, mi muy bella Blanca? A la verdad, dulce amor, me dirigía a vuestro domicilio.

BLANCA.- Y yo iba a vuestro alojamiento, Cassio. ¡Cómo! ¡No venir en toda una semana! ¡Siete días y siete noches! ¡Ciento sesenta y ocho horas! ¡Y las horas de ausencia del ser amado son ciento sesenta y ocho veces más enojosas que las del cuadrante! ¡Oh, qué fatigosas de contar!

CASSIO.- Perdonadme, Blanca. He permanecido todo este tiempo abrumado por pensamientos de plomo; pero saldaré esta cuenta de ausencia por visitas más frecuentes. Amable Blanca, copiadme esta labor. *(Entregándole el pañuelo de Desdémona.)*

BLANCA.- ¡Oh, Cassio! ¿De dónde viene esto? Algún presente de una nueva amiga. ¡Ahora comprendo la causa de vuestra ausencia cruel! ¿A esto hemos venido a parar? Bien, bien.

CASSIO.- ¡Quitad allá, mujer! Arrojad a los dientes del diablo, que os las ha dado, vuestras viles sospechas. Estáis ahora celosa porque suponéis que es un recuerdo de alguna querida. ¡No, por mi buena fe, Blanca!

BLANCA.- Pues ¿de quién procede?

CASSIO.- Lo sé menos que vos. Lo hallé en mi aposento. Me gustó mucho la labor, y antes que sea reclamado -como probablemente lo será- quisiera tener una copia. Tomadlo y hacedla, y dejadme por un momento.

BLANCA.- ¡Dejaros! ¿Por qué?

CASSIO.- Espero aquí al general, y no es recomendable para mí, ni mi deseo, que me vea en compañía de una mujer.

BLANCA.- ¿Por qué, os lo ruego?

CASSIO.- No porque no os ame.

BLANCA.- Es sólo porque no me améis. Por favor, acompañadme un poco y decidme si os veré esta noche temprano.

CASSIO.- No puedo acompañaros sino un instante, pues necesito esperar aquí, pero os veré en seguida.

BLANCA.- Muy bien; me acomodaré a las circunstancias. *(Salen.)*

Acto Cuarto

Escena Primera

Delante del castillo

Entran OTELO *e* IAGO

IAGO.- ¿Podéis pensar así?

OTELO.- Pienso así, Iago.

IAGO.- ¡Qué! Darse un beso en la intimidad...

OTELO.- Un beso que nada autoriza.

IAGO.- O estarse desnuda en el lecho con su amigo una hora o más, no supone malicia alguna.

OTELO.- ¿Desnuda en el lecho, Iago, y sin malicia alguna? ¡Eso es usar de hipocresía con el diablo! ¡Los que tienen intenciones virtuosas, y no obstante, obran así, el diablo tienta su virtud y ellos tientan al cielo!

IAGO.- Si nada hacen, es un desliz venial; ahora, si doy a mi mujer un pañuelo...

OTELO.- Bien, ¿qué?

IAGO.- Pues que es de ella, señor; y, siendo suyo, pienso que puede darlo a quien le plazca.

OTELO.- También es guardiana de su honor. ¿Puede entregarlo?

IAGO.- ¡Su honor es una esencia que no se ve! A menudo ocurre que quienes lo poseen no lo tienen. Pero en cuanto al pañuelo...

OTELO.- ¡Por el cielo! De buena gana lo hubiera olvidado... Me dijiste -¡Oh, esto viene a mi memoria como el cuervo a una casa infectada, presagiando desdicha a todos!-, me dijiste que tenía él mi pañuelo.

IAGO.- Sí, ¿y qué hay con eso?

OTELO.- Nada bueno, pues.

IAGO.- Y ¿qué sería si os dijera que le había visto ultrajaros? ¿O que le oí decir -pues hay tres bribones que, cuando con sus solicitaciones importunas o sus comedias de pasión han persuadido o ablandado a alguna dama, no pueden por menos de divulgar lo que debían callarse-...

OTELO.- ¿Ha dicho alguna cosa?

IAGO.- Sí, mi señor; pero no más que pueda desmentir; estad seguro de ello.

OTELO.- ¿Qué dijo?

IAGO.- Pues que había.... no sé qué había hecho.

OTELO.- ¿Qué? ¿Qué?

IAGO.- Que se había acostado...

OTELO.- ¿Con ella?

IAGO.- Con ella, o encima de ella, como queráis...

OTELO.- ¡Acostado con ella! ¡Acostado encima de ella!... ¡Dormido con ella!... ¡Eso es asqueroso!... ¡El pañuelo!... ¡Confesiones!... ¡El pañuelo! ¡Que confiese y sea ahorcado por su trabajo!... ¡Que sea ahorcado primero, y que confiese después!... ¡Tiemblo al pensarlo!. ¡La naturaleza no se dejaría invadir por la sola sombra de una pasión sin algún fundamento! ¡No son vanas palabras las que así me estremecen! ¡Puf!... ¡Sus narices, sus orejas, sus labios!... ¿Es posible?... ¡Confesión!... ¡El pañuelo!... ¡Oh, demonio!... *(Cae en convulsiones.)*

IAGO.- ¡Opera, medicina mía, opera! ¡Así se atrapa a los tontos crédulos! ¡Y así pierden fama y honra muchas damas castas y dignas!- ¿Qué hay? ¡Eh! ¡Mi señor! ¡Mi señor, digo! ¡Otelo!

Entra CASSIO

IAGO.- ¡Hola, Cassio!

CASSIO.- ¿Qué sucede?

IAGO.- ¡Mi señor ha caído en un ataque de epilepsia! ¡Es su segundo acceso! Tuvo otro ayer.

CASSIO.- Frotadle las sienes.

IAGO.- No, dejadle. El letargo debe seguir su curso tranquilo. Si no, va a echar espuma por la boca y a estallar inmediatamente en un acceso de locura salvaje. Mirad, se mueve. Retiraos por algunos momentos. Volverá pronto en sí. Cuando haya partido, tengo necesidad de hablaros de un asunto de gran importancia. (Sale Cassio.)- ¿Cómo va eso, general? ¿No os habéis herido en la cabeza?

OTELO.- ¿Te burlas de mí?

IAGO.- ¡Yo burlarme de vos! ¡No, por el cielo! ¡Quisiera que soportaseis vuestra suerte como un hombre!

OTELO.- ¡Un hombre cornudo es un monstruo y una bestia!

IAGO.- ¡Entonces hay muchas bestias en una ciudad populosa, y bastantes monstruos civilizados!

OTELO.- ¿Lo ha confesado ya?

IAGO.- Buen señor, sed un hombre; pensad que todo camarada barbudo, que está uncido como vos, puede tirar en la misma yunta. Hay en estas horas millones de hombres vivos que se acuestan de noche en lechos compartidos por todo el mundo, y se atreven a jurar que son suyos propios. Vuestro caso es mejor. ¡Oh, es un ultraje del infierno, una archimofa del diablo! ¡Besar una libertina en un lecho legítimo y suponerla casta! No. Vale más saberlo todo, y sabiendo lo que soy, sé lo que ella será.

OTELO- ¡Oh! Eres listo; es cierto.

IAGO.- Permaneced un instante tranquilo y limitaos a oírme con paciencia. Mientras estabais aquí, desvanecido en vuestro dolor (pasión sumamente indigna de un hombre semejante), vino Cassio. Me las ingenié para despedirle, dándole una excusa aceptable sobre vuestro desvanecimiento, y le encargué que volviera dentro de un rato para hablarle, lo que me prometió. Agazapaos tan sólo en algún escondite, y advertid las muecas, escarnios y notorios desdenes que residen en cada región de su semblante; pues le haré repetir su historia..., decir dónde, cómo, cuántas veces, desde cuánto tiempo, cuándo ha copulado y si se propone copular de nuevo con vuestra mujer. Os lo digo, notad, sólo sus gestos... Pero, pardiez, paciencia, o diré que sois el frenesí en todo y por todo y que no tenéis nada de hombre.

OTELO.- ¿Me escuchas, Iago? Verás que soy de lo más prudente en mi paciencia; pero también -¿me oyes?- de lo más sanguinario.

IAGO.- Eso no es falta; sin embargo, todo a su debido tiempo. ¿Queréis retiraros? *(Otelo se oculta.)* Ahora voy a preguntar a Cassio por Blanca; una ama de casa que vende sus favores para comprarse pan y vestidos. Esta infeliz está loca por Cassio. Es el castigo de la puta, engañar a mil y ser engañada por uno... Cuando oye hablar de ella, no puede refrenar un acceso de risa. -Aquí viene. Cuando sonría, Otelo se pondrá furioso, y sus celos ignaros interpretarán al revés las sonrisas, los gestos y la conducta ligera del pobre

Cassio.

Vuelve a entrar CASSIO

¿Cómo os va ahora, teniente?

CASSIO.- Tanto peor cuanto me dais un título cuya ausencia me mata.

IAGO.- Solicitad con ahínco a Desdémona, estad seguro de él. *(Hablando bajo.)* Ahora, si esta merced dependiera de la viudedad de Blanca, ¡qué pronto la hubieras conseguido!

CASSIO.- ¡Ay, pobre infeliz!

OTELO.- *(Aparte.)* ¡Ved cómo se ríe ya!

IAGO.- Nunca he visto a una mujer amar tanto a un hombre.

CASSIO.- ¡Ay, pobre picarona! Creo, en verdad, que me quiere.

OTELO.- *(A parte.)* Ahora lo niega débilmente, y esto le hace estallar de risa.

IAGO.- ¿Oís, Cassio?

OTELO.- *(Aparte.)* Ahora lo apremia a que lo cuente todo. ¡Bravo, bien dicho; bien dicho!

IAGO.- Asegura que os casaréis con ella. ¿Tenéis esa intención?

CASSIO.- ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- *(Aparte.)* ¿Triunfáis, romano, triunfáis?

CASSIO.- ¡Casarme con ella!... ¿Cómo? ¡Una mujer corrida! Por favor, ten alguna caridad con mi talento. No lo creas tan desequilibrado. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- *(A parte.)* Eso es, eso es, eso es, eso es: los que ganan ríen.

IAGO.- A fe mía, corro el rumor de que vais a casaros con ella.

CASSIO.- Por favor, dime la verdad.

IAGO.- Si no es así, soy un perfecto canalla.

OTELO.- *(A parte.)* ¿Me habéis contado ya los días? Bien.

CASSIO.- Es una invención de esa misma mona. Está persuadida de que me casaré con ella por un capricho de su vanidad y de su amor propio, pero no por el hecho de una promesa de mi parte.

OTELO.- *(A parte.)* Iago me hace serias; ahora comienza la historia.

CASSIO.- Estaba aquí ahora mismo; me persigue por todas partes. El otro día me encontraba a la orilla del mar hablando con unos venecianos, cuando se presenta esa alocada y me coge así por el cuello..., exclamando: «¡Oh, mi querido Cassio!» Como si lo viera. Es lo que quiero decir su gesto. Y se cuelga, y se recuesta y llora sobre sí y me atrae y me rechaza. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- *(A parte.)* Ahora le cuenta cómo le ha introducido en mi alcoba. ¡Oh! ¡Veo vuestra nariz, pero no el perro al que habré de arrojarla!

CASSIO.- Bien, es menester que deje su compañía.

IAGO.- ¡Dios me proteja! Mirad dónde viene.

CASSIO.- ¡Es otra tal fuina! ¡Pardiez, y qué perfumada!

Entra BLANCA

¿Qué os proponéis con esta persecución de mi persona?

BLANCA.- ¡Que el diablo y su mujer os persigan! ¿Qué intención os guía con este pañuelo que me habéis dado hace un instante? ¡Linda necia he sido con tomarlo! ¿Y he de copiar el dibujo? ¿Que verosímil que encontraseis esta pieza de labor en vuestro aposento, y no sepáis quién la dejó allí? Es el presente de alguna moza del partido. ¿Y he de copiar el dibujo? Tened... Dádselo a vuestro caballito de palo. Venga de donde viniere, no lo copiaré.

CASSIO.- ¿Qué os sucede, mi dulce Blanca? ¿Que os sucede? ¿Qué os sucede?

OTELO.- *(Aparte.)* ¡Por el cielo! ¡Ése debe ser mi pañuelo!

BLANCA..- Si queréis venir a cenar conmigo esta noche, podéis. Si no queréis, venid cuando os halléis preparado. *(Sale.)*

IAGO.- ¡Corred tras ella, corred tras ella!

CASSIO.- A fe mía, es preciso; de lo contrario, va a vociferar por las calles.

IAGO.- ¿Cenaréis en su casa?

CASSIO.- Sí; es mi intención.

IAGO.- Bien; quizá vaya a veros, pues tengo absoluta necesidad de hablar con vos.

CASSIO.- Venid, os ruego. ¿Vendréis?

IAGO.- Iré; no tenéis que decir más. *(Sale Cassio.)*

OTELO.- *(Adelantándose.)* ¿Cómo le mataré, Iago?

IAGO.- ¿Advertisteis cómo se reía de su delito?

OTELO.- ¡Oh, Iago!

IAGO.- ¿Y visteis el pañuelo?

OTELO.- ¿Era el mío?

IAGO.- ¡El vuestro, por esta mano! ¡Y ved cómo aprecia a esa insensata mujer, vuestra esposa! ¡Se lo da, y él se lo regala a su meretriz!

OTELO.- ¡Quisiera estar nueve años matándole!- ¡Tan linda mujer! ¡Tan bella mujer! ¡Tan amable mujer!

IAGO.- Vaya, es menester olvidar eso.

OTELO.- ¡Sí, que se pudra! ¡Qué perezca y baje al infierno esta noche! ¡Porque no vivirá! ¡No; mi corazón se ha vuelto de piedra! ¡Lo golpeo, y me hiere la mano!... ¡Oh! ¡El mundo no contiene más adorable criatura! ¡Podría yacer al lado de un emperador y dictarle órdenes!

IAGO.- Pardiez, os apartáis del asunto.

OTELO.- ¡Que la ahorquen!... Sólo digo lo que es... ¡Tan delicada con la aguja!... ¡Tan admirable en la música! ¡Oh! ¡Cuando canta, haría desaparecer la ferocidad de un oso!... ¡De un ingenio tan agudo y fértil! ¡Y tan ocurrente!

IAGO.- Tanto peor por todas esas cualidades.

OTELO.- ¡Oh, mil veces, mil veces peor! Y luego, ¡de un carácter tan blando!

IAGO.- Sí, demasiado blando.

OTELO.- En efecto, es verdad..., no obstante, ¡qué lástima, Iago! ¡Qué lástima, Iago!. ¡Oh, Iago!

IAGO.- Si tan prendado estáis de su perfidia, dadle patente para pecar; pues si a vos no os molesta, a nadie le importa nada.

OTELO.- ¡La haré trizas!... ¡Ponerme los cuernos!

IAGO.- ¡Oh! Es vergonzoso en ella.

OTELO.- ¡Y con mi teniente!

IAGO.- ¡Más vergonzoso aún!

OTELO.- ¡Procúrame un veneno, Iago! Esta noche... No quiero tener explicaciones con ella, de miedo que su cuerpo y su hermosura no desarmen aún mi alma... Esta noche, Iago.

IAGO.- No os sirváis del veneno. ¡Estranguladla en su lecho, en ese mismo lecho que ella ha mancillado!

OTELO.- ¡Bien, bien! ¡Es una justicia que me place! ¡Muy bien!

IAGO.- Y en cuanto a Cassio, dejad que corra de mi cuenta. Sabréis más a medianoche.

OTELO.- ¡Excelentemente bien! *(Óyese dentro una trompeta.)* ¿Qué trompeta es ésa?

IAGO.- Algún mensaje de Venecia, de seguro.- Es Ludovico, que viene de parte del dux. Y mirad, vuestra esposa llega con él.

Entran LUDOVICO, DESDÉMONA *y acompañamiento*

LUDOVICO.- ¡Dios os guarde, digno general!

OTELO.- A vos, de todo corazón, señor.

LUDOVICO.- El dux y los senadores de Venecia os cumplimentan. *(Le entrega un despacho.)*

OTELO.- Beso el instrumento de sus órdenes. *(Abre el despacho y lee.)*

DESDÉMONA.- ¿Y qué noticias traéis, querido primo Ludovico?

IAGO.- Me alegro mucho de veros, signior. Sed bien venido a Chipre.

LUDOVICO.- Os doy las gracias. ¿Cómo está el teniente Cassio?

IAGO.- Vive, señor.

DESDÉMONA.- Primo, ha surgido una desavenencia lamentable entre él y mi esposo; pero vos pondréis todo bien.

OTELO.- ¿Estáis segura de ello?

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- *(Leyendo.)* No dejéis de hacerlo, como veréis...

LUDOVICO.- No llamaba. Está ocupado en leer el escrito. ¿Es que hay división entre mi señor y Cassio?

DESDÉMONA.- Una división desgraciada. Me alegraría mucho reconciliarlos, por el afecto que tengo a Cassio.

OTELO.- ¡Fuego y azufre!

DESDÉMONA.- Mi Señor...

OTELO.-¿ Estáis en vuestro juicio?

DESDÉMONA.- ¡Cómo! ¿Se ha enojado?

LUDOVICO.- Puede que le haya excitado la carta, pues creo que se le llama a Venecia y se le manda que delegue su gobierno en Cassio.

DESDÉMONA.- Me alegro de ello, os lo aseguro.

OTELO.- ¿De veras?

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- Celebro al veros loca.

DESDÉMONA.- ¿Cómo, amado Otelo?

OTELO.- ¡Diablea! *(La golpea.)*

DESDÉMONA.- No he merecido esto.

LUDOVICO.- Mi señor, nadie creería esto en Venecia, aun cuando yo jurara que lo había visto. Es demasiado. Dadle una reparación; llora.

OTELO.-¡Oh, diablesa, diablesa! Si la tierra pudiera fecundarse con lágrimas de mujer, cada gota que viertes se convertiría en un cocodrilo. ¡Fuera de mi vista!

DESDÉMONA.- No permaneceré para ofenderos. *(Yéndose.)*

LUDOVICO.- Dama obediente, en verdad. Suplico a vuestra señoría que la llame.

OTELO.- ¡Señora!...

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- ¿Qué deseáis con ella, caballero?

LUDOVICO.- ¿Quién, yo, señor?

OTELO.- Sí; habéis deseado que la hiciera volver. Señor, puede tornar, y retornar, y, sin embargo, marchar adelante, y volver todavía; y puede llorar, señor, ¡llorar!; y es obediente, como decís..., ¡obediente!.... ¡muy obediente!.... Continuad con vuestras lágrimas... En lo que respecta a este despacho, *señor*... ¡Oh, emoción bien fingida!... Recibo la orden de regresar.. Marchaos; enviaré por vos en seguida... Señor, obedeceré el mandato y volveré a Venecia... ¡Fuera de aquí, andando! *(Sale Desdémona.)* Cassio ocupará mi puesto. Con esto... señor, os ruego que me acompañéis a cenar esta noche. ¡Sed bien venido a Chipre, señor! - ¿Cabrones y monos? *(Sale.)*

LUDOVICO.- ¿Es éste el noble moro a quien nuestro Senado proclama por voto unánime capaz de cuanto sea posible? ¿Es ésta la naturaleza en quien no hacen mella las pasiones? ¿Cuya sólida virtud no podían rozar ni herir la bala del accidente ni el dardo de la ocasión?

IAGO.- Está muy cambiado.

LUDOVICO.- ¿Tiene los sentidos cabales? ¿No está su cerebro en delirio?

IAGO.- Es lo que es. No debo permitirme el aliento de una censura. Lo que podría ser -si pudiera serlo- no lo es... ¡Pluguiera al cielo que lo fuese!

LUDOVICO.- ¡Cómo! ¡Pegar a su mujer!

IAGO.- A fe mía, eso no estuvo bien. Sin embargo, quisiera tener la seguridad de que ese golpe no sea el más violento.

LUDOVICO.- ¿Es su costumbre, o es que ese despacho obró sobre su sangre, y por primera vez inoculó en él tal demasía?

IAGO.- ¡Ay, ay! No es honrado en mí decir lo que he visto y conocido. Vos le observaréis, y sus maneras de obrar os instruirán tan bien, que puedo ahorrar mis palabras. Seguidle y notaréis cómo va a continuar.

LUDOVICO.- Me pesa haberme engañado sobre él. *(Salen.)*

Escena Segunda

Aposento en el castillo

Entran OTELO *y* EMILIA

OTELO.- ¿No habéis visto nada, entonces?

EMILIA.- Jamás he oído nada, ni nunca he sospechado.

OTELO.- Sí; vos habéis visto a ella y a Cassio juntos.

EMILIA.- Pero en esas ocasiones no vi nada malo, y he oído cada una de las sílabas pronunciadas entre ellos.

OTELO.- ¿Qué, no cuchichearon nunca?

EMILIA.- Jamás, mi señor.

OTELO.- ¿Ni ella os ha alejado?

EMILIA.- Nunca.

OTELO.- ¿Para buscar su abanico, sus guantes, su antifaz, ni nada?

EMILIA.- Jamás, mi señor.

OTELO.- Es extraño.

EMILIA.- Me atrevo a jurar que es honrada. Apostaría a ello mi alma a cara y cruz. Si pensáis de otra

manera, arrojad ese pensamiento..., engaña a vuestro corazón. Si algún miserable os infundió eso en la cabeza, que el cielo pueda recompensarle con la maldición de la serpiente; porque, si no es honrada, casta y leal, entonces no hay ningún hombre feliz; la más pura de las mujeres es despreciable como la calumnia.

OTELO.- Mandadla que venga aquí.-Id. *(Sale Emilia.)* Dice bastante. Sin embargo, es una simple alcahueta que no puede decir mucho. Es una ramera astuta, un gabinete de infames secretos cerrados a llave; y, a pesar de ello, se arrodilla y ora. Se lo he visto hacer.

Entran DESDÉMONA *y* EMILIA

DESDÉMONA.- Mi señor, ¿qué me queréis?

OTELO.- Por favor, venid acá, polluela.

DESDÉMONA.- ¿Qué os place mandarme?

OTELO.- Dejadme ver vuestros ojos. Miradme a la cara.

DESDÉMONA.- ¿Qué horrible humorada es ésta?

OTELO.- *(A Emilia.)* ¡A alguna de vuestras funciones, dueña! ¡Dejad solos a los que quieren procrear, y cerrad la puerta! ¡Tosed y exclamar *¡Ejem!*, si alguien viene! ¡A vuestro oficio, a vuestro oficio! ¡Vamos, despachad! *(Sale Emilia.)*

DESDÉMONA.- Os lo suplico de rodillas: ¿qué significa vuestro discurso? Comprendo que la cólera reside en vuestras palabras; pero no las entiendo.

OTELO.- Vamos a ver: ¿quién eres tú?

DESDÉMONA.- Vuestra esposa, mi señor; vuestra sincera y leal esposa.

OTELO.- ¡Vamos, júralo y condénate! Te asemejas tanto a un ángel del cielo que los demonios podrían temer apoderarse de ti. ¡Así, condénate doblemente! ¡Jura... que eres honrada!

DESDÉMONA.- El cielo lo sabe con toda verdad.

OTELO.- ¡El cielo lo sabe con toda verdad que eres pérfida como el infierno!

DESDÉMONA.- ¿Hacia quién, mi señor? ¿Con quién? ¿Cómo soy pérfida?

OTELO.- ¡Ah, Desdémona!... ¡Aparta, aparta, aparta!

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¡Aciago día!... ¿Por qué lloráis? ¿Soy yo el motivo de esas lágrimas, mi señor? Si por ventura sospecháis que ha sido mi padre el instrumento de vuestra llamada, no me echéis a mí la culpa. Si habéis perdido su afecto, yo lo he perdido también.

OTELO.- Aun cuando pluguiera al cielo ponerme a prueba el dolor; aun cuando hubiera hecho llover sobre mi cabeza desnuda toda clase de males y de vergüenzas; aun cuando me hubiera sumergido en la miseria hasta los labios; aun cuando me redujese a la cautividad con mis últimas esperanzas, aún habría podido encontrar en un rincón de mi alma una gota de paciencia. Pero ¡ay! ¡Hacer de mí la imagen fija que el escarnio del mundo señalará con su dedo lento y móvil!... ¡Oh! ¡Oh! Sin embargo, todavía aguantara esto; bien, muy bien. ¡Pero ser arrojado del santuario en que depositó mi corazón; del santuario donde tengo que vivir, o renunciar a la vida; del manantial hacia donde se desliza mi corriente para no secarse! ¡Ser arrojado de él o conservado como una cisterna para que sucios sapos se enlacen y engendren dentro!... ¡Paciencia, tú, joven querubín de labios de rosa, cambia de complexión! ¡Cambia, así, y adquiere una fisonomía siniestra como el infierno!

DESDÉMONA.- Espero que mi noble señor me estima honrada.

OTELO.- ¡Oh, sí! ¡Como las moscas estivales en el matadero, que, apenas creadas, se reproducen zumbando! ¡Oh, flor, tan graciosamente bella, tan deliciosamente odorífera que los sentidos se embriagan en ti! ¡Ojalá nunca hubieras venido al mundo!

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¿Qué pecado de ignorancia he cometido?

OTELO.- Esta rica vitela, este libro tan admirable, ¿se hizo para que escribiese encima: «puta»? «¡Qué habéis cometido!» «¡Cometido!» ¡Oh, ramera pública! ¡Si dijera lo que has hecho, mis mejillas volveríanse rojas como las fraguas y reducirían a cenizas todo pudor!... «¡Qué has cometido!»... ¡El cielo tápase ante ello la nariz, y la Luna cierra los ojos! ¡El viento lascivo que besa todo lo que encuentra, se esconde en los antros profundos de la tierra por no escucharlo!... «¡Qué has cometido!» ¡Impudente prostituta!

DESDÉMONA.- ¡Por el cielo, me estáis injuriando!

OTELO.- ¿No sois una prostituta?

DESDÉMONA.- ¡No, tan cierto como soy cristiana! Si conservar este vaso para mi señor, libre de todo otro contacto impuro e ilegítimo, es no ser una prostituta, no lo soy.

OTELO.- ¡Cómo! ¿No sois una puta?

DESDÉMONA.- ¡No, como espero mi salvación!

OTELO.- ¿Es posible?

DESDÉMONA.- ¡Oh cielos! ¡Apiadaos de nosotros!

OTELO.- Os pido perdón, en ese caso. Os tomé por esa astuta cortesana de Venecia que se casó con Otelo.- ¡Y vos, dueña, que tenéis el oficio contrario a San Pedro y guardáis las puertas del infierno!...

Vuelve a entrar EMILIA

¡Vos! ¡Vos! ¡Sí, vos! ¡Ya hemos concluido! Aquí tenéis dinero por vuestro trabajo. ¡Por favor! Dad la vuelta a la llave y guardadnos el secreto. *(Sale.)*

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué se imagina este hombre? ¿Cómo os halláis, madama? ¿Cómo os encontráis, mi buena señora?

DESDÉMONA.- Por mi fe, medio dormida.

EMILIA.- Buena señora, ¿qué tenéis con mi señor?

DESDÉMONA.- ¿Con quién?

EMILIA.- Vaya, con mi señor, señora.

DESDÉMONA.- ¿Quién es tu señor?

EMILIA.- El vuestro, amable señora.

DESDÉMONA.- No tengo ninguno. No me hables, Emilia. No puedo llorar, ni dar otra respuesta sino la que se traduzca en lágrimas. Te lo suplico, esta noche coloca en mi lecho mis sábanas nupciales... Recuérdalo... Y llama que venga tu marido.

EMILIA.- ¡He aquí un cambio, en verdad! *(Sale.)*

DESDÉMONA.- Era justo que así fuese tratada, muy justo. ¿De qué modo me he conducido para inspirarle la más pequeña sospecha de mi más leve falta?

Vuelve a entrar EMILIA *con* IAGO

IAGO.- Qué deseáis, señora? ¿Qué os sucede?

DESDÉMONA.- No puedo decirlo. Los que enseñan a los párvulos lo hacen con medios dulces y fáciles tareas. Hubiera podido reñirme de tal modo; pues, en buena fe, soy una niña cuando se me regaña.

IAGO.- ¿De qué se trata, señora?

EMILIA.- ¡Ay, Iago! El señor la ha calificado de puta, la ha abrumado de tal manera a desprecios y en

términos tan viles, que un corazón inocente no lo podría soportar.

DESDÉMONA.- ¿Merezco yo ese nombre, Iago?

IAGO.- ¿Qué nombre, amable señora?

DESDÉMONA.- El que dice que me ha llamado mi señor.

EMILIA.- La llamó puta. Un mendigo, en su borrachera, no habría dirigido tales insultos a su coima.

IAGO.- ¿Por qué ha obrado así?

DESDÉMONA.- No lo sé. Estoy segura de no ser nada parecido.

IAGO.- No lloréis, no lloréis... ¡Ay, día aciago!

EMILIA.- ¿Ha renunciado a tantos matrimonios, abandonado a su padre, a sus amigas, para ser llamada puta? ¿No es para hacer llorar?

DESDÉMONA.- ¡Es mi mala suerte!

IAGO.- ¡Maldito sea por ello! ¿Cómo le dio esta locura?

DESDÉMONA.-¡Sábelo el cielo!

EMILIA.- ¡Que me ahorquen el no hay algún sempiterno villano, algún bellaco bullicioso e insinuante, algún granuja lisonjero y mentiroso que le ha imbuido esta idea en la cabeza para obtenerse un empleo! ¡Que me ahorquen si no es así!

IAGO.- ¡Quita allá! No hay un hombre semejante. Es imposible.

DESDÉMONA.- ¡Si lo hubiere, que el cielo le perdone!

EMILIA.- ¡Que lo perdone una cuerda y que el infierno roa sus huesos! ¿Por qué había de llamarla prostituta? ¿Con quién se trata? ¿En qué sitio? ¿En qué tiempo? ¿En qué forma? ¿Qué verosimilitud tiene? ¡El moro ha sido engañado por algún bribón más que infame, por algún pillo vil y redomado, por algún despreciable truhán! ¡Oh, cielo! ¡Que no denuncies a semejante gentuza, y coloques un látigo en la diestra de todo hombre honrado, para que esos canallas fuesen azotados desnudos en el mundo entero, desde el Oriente al Occidente!

IAGO.- Hablad más bajo.

EMILIA.- ¡Oh, vergüenza de ellos! ¡Algún escudero de esa laya fue el que os volvió del revés el juicio y os hizo sospechar que yo había tenido que ver con el moro!

IAGO.-. ¡Sois una loca! ¡Idos!

DESDÉMONA.- ¡Ay, Iago! ¿Cómo me las arreglaré para ganar de nuevo el corazón de mi esposo? Buen amigo, ve a hallarle, pues por esta luz del cielo, no sé cómo le he perdido. ¡Doblo aquí mis rodillas, y si alguna vez he pecado voluntariamente contra su amor en palabras, obras o pensamientos; si alguna vez mis ojos, mis oídos u otro cualquiera de mis sentidos han experimentado placer ante otra presencia que no la suya; si no le amo aún tiernamente, como siempre le he amado, como siempre le amaré, aun cuando me arrojase en la miseria por el divorcio, que toda esperanza de consuelo me abandone! El desafecto puede hacer mucho; y su desafecto puede poner fin a mi vida, mas no corromper mi amor. No puedo pronunciar la palabra «puta»; ahora que la digo, me produce horror. Y en cuanto a cometer el acto que justifica ese nombre, ni todas las vanidades de la tierra podrían inducirme a él.

IAGO.- Os lo suplico, tened paciencia; esto no es más que un momento de mal humor. Son los negocios del Estado que le inquietan, y os riñe entonces.

DESDÉMONA.- ¡Si no fuera otra cosa!...

IAGO.- Es sólo eso, os lo garantizo. *(Trompetas.)* ¡Oíd cómo esos instrumentos convocan a cenar! Los embajadores de Venecia esperan la vianda. Entrad y no lloréis. Todo se arreglará a satisfacción. *(Salen Desdémona y Emilia.)*

Entra RODRIGO

¡Hola, Rodrigo!

RODRIGO.- No hallo que obres lealmente conmigo.

IAGO.- ¿Qué prueba lo contrario?

RODRIGO.- Cada día me das la entretenida con algún pretexto, Iago; y a lo que ahora me parece, más bien me frustras todas las ocasiones favorables, que me provees del menor asomo de esperanza. Estoy decidido, en verdad, a no aguantarlo más tiempo. Ni tengo ya humor para digerir apaciblemente lo que he soportado como un tonto.

IAGO.- ¿Queréis oírme, Rodrigo?

RODRIGO.- A fe mía, os he oído demasiado, pues entre vuestras palabras y vuestras obras no hay parentesco alguno.

IAGO.- Me acusáis muy injustamente.

RODRIGO.- De nada que no sea verdad. He agotado todos mis recursos. Las joyas que os entregué para que las hicieras llegar a Desdémona hubieran medio corrompido a una monja. Me decís que las ha recibido, y, en cambio, me dais promesas consoladoras de reconocimiento y de intimidad cercana; pero no veo que nada de esto se realice.

IAGO.- Bien; adelante; muy bien.

RODRIGO.- «¡Muy bien! ¡Adelante!» ¡Pues no puedo ir adelante, amigo! Ni está ello muy bien, sino que, por el contrario, todo va muy mal, y comienzo a advertir que he sido engañado.

IAGO.- ¡Muy bien!

RODRIGO.- ¡Os repito que no está muy bien! Deseo yo mismo presentarme a Desdémona. Si quiere devolverme mis alhajas, abandonaré su corte y expresaré mi arrepentimiento por mis solicitaciones ilícitas. Si no, estad bien seguro de que exigiré satisfacciones de vos.

IAGO.- ¿Habéis acabado ya?

RODRIGO.- Sí, y nada he dicho que no tenga intención de hacer, os lo declaro.

IAGO.- Vaya, ahora veo que hay energía en ti, y a partir de este momento te tendré en mejor opinión que te tenía. ¡Dame tu mano, Rodrigo! Has concebido contra mí sospechas muy justificadas; pero, sin embargo, protesto que he obrado muy lealmente en tu asunto.

RODRIGO.- No lo ha parecido.

IAGO.- Os concedo que, verdaderamente, no lo ha parecido, y vuestra sospecha no carece de juicio y discernimiento. Pero, Rodrigo, si hay en ti lo que ahora más que nunca tengo las mayores razones para creer que posees -quiero decir resolución, arrojo y denuedo-, muéstralo esta noche; si a la velada siguiente no gozas a Desdémona, quítame de este mundo a traición e inventa artificios contra mi vida.

RODRIGO.- Bien. ¿De qué se trata? ¿Es algo que entra en la esfera de lo posible y del buen sentido?

IAGO.- Señor, ha venido una comisión especial de Venecia para colocar a Cassio en el puesto de Otelo.

RODRIGO.- ¿Es cierto? ¡Cómo! En ese caso Otelo y Desdémona regresarán a Venecia.

IAGO.- ¡Oh, no! Él se va a Mauritania y se lleva consigo a la hermosa Desdémona, a menos que algún accidente no le obligue a prolongar aquí su estancia; para lo cual no hay medio más seguro que eliminar a Cassio.

RODRIGO.- ¿Qué entendéis por eliminarle?

IAGO.- Pardiez, hacerle imposible de ocupar el puesto de Otelo; saltarle los sesos.

RODRIGO.- ¿Y es eso lo que quisierais que hiciera?

IAGO.- Sí, si os atrevéis a procuraros una ventaja y a ejercer un derecho. Cena esta noche con una mujer de mala vida, y allí iré a buscarle. Aún no sabe nada de su honorable fortuna. Si queréis espiarle a la salida, que yo haré de suerte que suceda entre doce y una, podréis acometerle a vuestro placer; yo estaré cerca de vos para secundar vuestro atentado, y caerá entre nosotros. Vamos, no os quedéis ahí estupefacto, sino venid conmigo. Os mostraré tan claro la necesidad de su muerte, que vos mismo os creeréis obligado a dársela. Ha llegado la hora exacta de la cena, y la noche avanza rápidamente. ¡A la obra!

RODRIGO.- Es preciso que me deis para eso algunas razones más.

IAGO.- Y las tendréis cumplidas. *(Salen.)*

Escena Tercera

Otro aposento en el castillo

Entran OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA *y personas del séquito*

LUDOVICO.- Os lo ruego, señor, no os molestéis más.

OTELO.- ¡Oh, perdonadme!; me sentará bien dar un paseo.

LUDOVICO.- Buenas noches, señora; doy humildemente las gracias a Vuestra Señoría.

DESDÉMONA.- ¡Sea muy bien venido Vuestro Honor!

OTELO.- ¿Queréis acompañarme a pasear, señor? ¡Oh, Desdémona!...

DESDÉMONA.- ¿Mi señor?...

OTELO.- Idos al instante al lecho. Estaré de vuelta inmediatamente. Despedid a vuestra doncella. Procurad cumplirlo.

DESDÉMONA.- Lo haré, mi señor. *(Salen Otelo, Ludovico y personas del séquito.)*

EMILIA.- ¿Qué sucede ahora? Tiene el aspecto más amable que antes.

DESDÉMONA.- Dice que va a volver incontinenti. Me ha ordenado que me vaya al lecho y pedido que os despida.

EMILIA.- ¡Despedirme!

DESDÉMONA.- Son sus órdenes. Por consiguiente, mi buena Emilia, dame mi vestido de noche, y adiós. No debemos contrariarle ahora.

EMILIA.- ¡Ojalá no le hubieseis visto nunca!

DESDÉMONA.- No lo quisiera así. Mi amor le está tan enteramente sometido, que hasta su mal humor, sus reprensiones y ceño -por favor, desabróchame- tienen gracia y fineza.

EMILIA.- He puesto en el lecho las sábanas que me ordenasteis colocar.

DESDÉMONA.- Me es igual todo... ¡Por mi fe! ¡Qué locas son nuestras mentes! Si muero antes que tú, te suplico que me envuelvas en una de estas mismas sábanas.

EMILIA.- Vamos, vamos, no digáis tonterías.

DESDÉMONA.- Mi madre tenía una doncella de nombre Bárbara. Se había enamorado, y encontrose con que el galán a quien amaba se volvió loco y la abandonó. Sabía cierta canción del «Sauce»; era una antigua canción, pero expresaba bien su destino y murió cantándola. ¡Esta noche no quiere írseme del alma esta canción! Me da mucha pena no poder inclinar mi cabeza a un lado y cantarla como la pobre Bárbara. Por favor, date prisa.

EMILIA.- ¿Iré a buscaros vuestra camisa de noche?

DESDÉMONA.- No. Desabróchame aquí... Ese Ludovico es un hombre muy apuesto.

EMILIA.- ES un hombre guapo.

DESDÉMONA.- Habla bien.

EMILIA.- Sé de una dama de Venecia que hubiera ido descalza a Palestina por un toque de su labio inferior.

DESDÉMONA.- *(Cantando.)*

La pobre alma sentose suspirando al pie de un sicomoro,
cantad todo al sauce verde;

la mano sobre su seno, la cabeza sobre su rodilla,
cantad: sauce, sauce, sauce;
las frases ondas corrían tras ella y murmuraban sus suspiros,
cantad: sauce, sauce, sauce;
sus lágrimas amargas caían y ablandaban las piedras...

Quítame esto. *(Canta.)*

Cantad: sauce, sauce, sauce.

Por favor, despáchate; va a venir en seguida. *(Canta.)*

Cantad todos que un sauce verde debe ser mi guirnalda.

Que nadie le censure; yo apruebo su desdén.

No, no es eso lo que sigue. ¡Escucha! ¿Quién llama?

EMILIA.- Es el viento.

DESDÉMONA.- *(Cantando.)*

He llamado a mi amor amor perjuro; pero ¿qué dijo entonces?

Cantad: sauce, sauce, sauce,

si cortejo a otras mujeres, dormiréis con otros hombres.

Ahora, márchate. ¡Buenas noches! Me escuecen los ojos. ¿Es presagio de lágrimas?

EMILIA.- Eso no significa nada.

DESDÉMONA.- Lo había oído decir. ¡Oh, estos hombres, estos hombres! ¿Crees tú en conciencia -dímelo, Emilia- que hay mujeres que ofenden a sus maridos con tan grueso ultraje?

EMILIA.- Ya lo creo que las hay; sin duda.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías semejante acto por el mundo entero? EMILIA.- ¿Qué, no lo cometerías vos?

DESDÉMONA.- ¡No, ante la luz del cielo!

EMILIA.- Ni yo tampoco ante la luz del cielo; preferiría hacerlo en las tinieblas.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías tal acto por el mundo entero?

EMILIA.- El mundo es una cosa grande. Es un gran precio para un pequeño vicio.

DESDÉMONA.- Pienso, en verdad, que no lo harías.

EMILIA.- En verdad, pienso que lo haría, y que lo desharía cuando lo hubiese hecho. Pardiez, claro que no lo haría por un anillo doble, por algunas medias de linón, ni por unas sayas, basquiñas, ni gorros, ni por cualquier otra pequeña asignación; pero ¡por el mundo entero! Pardiez; ¿quién no haría cornudo a su marido para ascenderlo a monarca? Arrostraría para ello el purgatorio.

DESDÉMONA.- ¡Sea yo maldita si hiciera semejante iniquidad por el mundo entero!

EMILIA.- ¡Bah!, la iniquidad no es una iniquidad sino para el mundo, y teniendo al mundo por haberla cometido, no sería una iniquidad en un mundo vuestro, lo que os permitiría bien pronto repararla.

DESDÉMONA.- No creo que exista semejante mujer.

EMILIA.- Sí, y una docena, y más aún de suplemento para aprovisionar el mundo, que les serviría de juego. Pero yo creo que cuando las mujeres caen, la falta es de sus maridos; pues o no cumplen con sus deberes y vierten nuestros tesoros en regazos extraños, o estallan en celos mezquinos imponiéndonos sujeciones, o nos pegan y reducen por despecho nuestro presupuesto acostumbrado. Pardiez, tenemos hiel, y aunque poseamos cierta piedad, no carecemos de espíritu de venganza. Sepan los maridos que sus mujeres gozan de sentidos como ellos; ven, huelen, tienen paladares capaces de distinguir lo que es dulce de lo que es agrio, como sus esposos. ¿Qué es lo que procuran cuando nos cambian por otras? ¿Es placer? Yo creo que sí. ¿Es el afecto lo que les impulsa? Creo que sí también. ¿Es la fragilidad que así desbarra? Creo también que es esto. ¿Y es que no tenemos nosotras afectos, deseos de placer y fragilidad como tienen los hombres? Entonces que nos traten bien, o sepan que el mal que hacemos son ellos quienes nos lo enseñan.

DESDÉMONA.- Buenas noches, buenas noches. El cielo me inspire costumbres que me permitan no extraer mal del mal, sino mejorarme por el mal. *(Salen)*

Acto Quinto



Escena Primera

Chipre.-Una calle

Entran IAGO *y* RODRIGO

IAGO.- Aquí, ponte detrás de este saledizo; vendrá en seguida. Lleva desnuda tu buena tizona, y vete al bulto. ¡Pronto, pronto! No temas nada. Estaré a tus codos. Esto nos salva o nos pierde; piénsalo bien, y tente firme en tu resolución.

RODRIGO.- Colócate a mano; puedo fallar el golpe.

IAGO.- Heme aquí a tu lado, y ponte en guardia. *(Se retira a corta distancia.)*

RODRIGO.- No tengo fe en la empresa; y, sin embargo, me ha dado razones satisfactorias. No es más que un hombre menos. ¡Afuera, espada mía! ¡Morirá! *(Se pone en guardia.)*

IAGO.- He restregado esta joven pústula casi hasta lo vivo, y vedle inflamarse de cólera. Ahora, que mate a Cassio, o que Cassio le mate a él, o que se maten ambos, por cualquier camino salgo ganancioso. Si sobrevive Rodrigo, me requerirá para hacerle restitución del oro y las joyas que le he sonsacado bajo pretexto de presentes a Desdémona. Esto no debe ser. Si Cassio subsiste, hay en su vida una hermosura cotidiana que hará fea la mía; y, además, el moro podría desenmascararme ante él. Me hallo en gran peligro. No, debe morir... Pero chitón, oigo que viene.

Entra CASSIO

RODRIGO.- Conozco sus pasos, es él. ¡Villano, eres muerto! *(Tira una estocada a Cassio.)*

CASSIO.- Esta estocada me hubiera sido funesta, en verdad; pero mi cota es mejor de lo que tú suponías. ¡Voy a poner la tuya a prueba! *(Desenvaina y hiere a Rodrigo.)*

RODRIGO.- ¡Oh, muerto soy! *(Iago hiere por detrás a Cassio en una pierna, y sale.)*

CASSIO.- ¡Estoy lisiado para siempre! ¡Socorro, hola! ¡Al asesino! ¡Al asesino! *(Cae.)*

Entra OTELO *a distancia*

OTELO.- ¡La voz de Cassio!... ¡Iago cumple su palabra!

RODRIGO.- ¡Oh, qué villano soy!

OTELO.- ¡Es muy verdad!

CASSIO.- ¡Oh, auxilio! ¡Hola! ¡Luz! ¡Un cirujano!

OTELO.- ¡Es él!... ¡Oh, bravo Iago! ¡Hombro honrado y justo, que posees tan noble sentimiento del ultraje hecho a tu amigo! ¡Tú me enseñas mi deber!... ¡Favorita, vuestro amante yace muerto y vuestra hora maldita se acerca! ¡Ya estoy aquí, prostituta! ¡Quedan borrados de mi corazón esos hechizos, tus ojos! ¡Tu lecho, mancillado por la lujuria, será manchado con sangre lujuriosa! *(Sale.)*

Entran LUDOVICO *y* GRACIANO, *a distancia*

CASSIO.- ¡Eh! ¡Hola! ¿No hay ronda? ¿Ni un transeúnte? ¡Al asesino! ¡Al asesino!

GRACIANO.- Es algún accidente desgraciado. ¡La voz es verdaderamente pavorosa!

CASSIO.- ¡Oh, socorro!

LUDOVICO.- ¡Escuchad!

RODRIGO.- ¡Oh, miserable malvado!

LUDOVICO.- Dos o tres gimen... Es una noche oscura. Pueden ser lamentos engañosos. Guardémonos de acercamos al sitio de donde parten sin más amparo.

RODRIGO.- ¿Nadie viene? Entonces me desangraré hasta morir. LUDOVICO.- ¡Escuchad!

GRACIANO.- ¡Aquí llega uno en camisa, con luz y armas!

Vuelve a entrar IAGO *con una luz*

IAGO.- ¿Quién va? ¿Quién arma tanto estrépito gritando: «¡Al asesino!»?

LUDOVICO.- No lo sabemos.

IAGO.- ¿No habéis oído gritar?

CASSIO.- ¡Aquí, aquí! ¡En nombre del cielo, auxiliadme!

IAGO.- ¿Qué ocurre?

GRACIANO.- Es el alférez de Otelo, si no me engaño.

LUDOVICO.- El mismo, en verdad; un camarada muy valiente.

IAGO.- ¿Quién sois, que gritáis aquí de una manera tan dolorosa?

CASSIO.- ¿Iago?... ¡Oh! ¡Estoy aquí inutilizado, asesinado por miserables! Préstame algún auxilio.

IAGO.- ¡Ay de mí, teniente! ¿Qué villanos han hecho esto?

CASSIO.- Pienso que uno de ellos está aquí muy próximo y en un estado que no le permite marcharse.

IAGO.- ¡Oh, traidores malvados!... *(A Ludovico y Graciano.)* ¿Quiénes estáis ahí? Venid y prestad alguna ayuda.

RODRIGO.- ¡Oh, favor aquí!

CASSIO.- ¡Ése es uno de ellos!

IAGO.- ¡Oh, vil asesino! ¡Oh, miserable! *(Apuñala a Rodrigo.)*

RODRIGO.- ¡Oh, maldito Iago! ¡Oh, inhumano perro!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

IAGO.- ¡Matar a los hombres en las tinieblas!... ¿Dónde están esos ladrones sanguinarios?... ¡Qué silencio reina en la ciudad!... ¡Hola! ¡Al asesino! ¡Al asesino!... ¿Quién podéis ser vosotros? ¿Sois gente de bien o de mal?

LUDOVICO.- Juzgadnos cuando nos hayáis puesto a prueba.

IAGO.- ¿El signor Ludovico?

LUDOVICO.- El propio, señor.

IAGO.- Os pido perdón. Ved aquí a Cassio herido por villanos.

GRACIANO.- ¡Cassio!

IAGO.- ¿Cómo os va, hermano?

CASSIO.- Mi pierna está partida en dos.

IAGO.- ¡Pardiez, no lo permita el cielo!... ¡Luz, caballeros!... Voy a vendarle con mi camisa.

Entra BLANCA

BLANCA.-¿Qué ocurre? ¡Hola! ¿Quién gritaba?

IAGO.- «¿Quién gritaba?»

BLANCA.- ¡Oh, mi querido Cassio! ¡Mi dulce Cassio! ¡Oh, Cassio! ¡Cassio! ¡Cassio!

IAGO.- ¡Oh, notable bribona!... Cassio, ¿sospecháis quiénes sean los que así os han lisiado?

CASSIO.- No.

GRACIANO.- Estoy afligido de hallaros en este estado. Iba en busca vuestra.

IAGO.- Prestadme una liga... Así... ¡Oh, que no tuviéramos una litera para trasladarle fácilmente de aquí!

BLANCA.- ¡Ay, se desvanece! ¡Oh, Cassio! ¡Cassio! ¡Cassio!

IAGO.- Caballeros, sospecho que esta porquería aquí presente sea cómplice en la infamia... Paciencia un instante, buen Cassio. Marchemos, marchemos. Dadme una luz, ¿Conocemos esta cara, o no? ¡Ay! ¿Mi amigo y querido compatriota Rodrigo?... No. ¡Sí, de seguro!... ¡Oh, cielos! ¡Rodrigo!

GRACIANO.- ¡Cómo! ¿El de Venecia?

IAGO.- El mismo, señor. ¿Le conocíais?

GRACIANO.- ¡Que si le conocía! Sí.

IAGO.- ¿*Il signor* Graciano? Os pido vuestro gentil perdón. Estos accidentes sanguinarios deben disculpar mi falta de cortesía por haberos olvidado de tal manera.

GRACIANO.- Me alegro de veros.

IAGO.- ¿Cómo os halláis, Cassio? ¡Oh! ¡Una litera, una litera!

GRACIANO.- ¡Rodrigo!

IAGO.- ¡Él, él mismo! ¡Es él! *(Traen una litera)* ¡Oh, bien hecho!... La litera. Que algún hombre de bien le lleve cuidadosamente de aquí. Voy en busca del cirujano del general. *(A Blanca.)* En cuanto a vos, señora, ahorraos vuestro trabajo. -El que yace aquí asesinado, Cassio, era mi querido amigo. ¿Qué disentimiento había entre vos?

CASSIO.- Ninguno en el mundo; ni conocía a ese hombre.

IAGO.- *(A Blanca.)* ¡Cómo! ¿Palidecéis?- ¡Oh, sacadle al aire! *(Cassio y Rodrigo son sacados afuera.)* Esperaos, buenos caballeros.- ¿Estáis pálida, señora?- ¿No advertís el terror de sus ojos?- Pardiez, si estáis ya sobrecogida de espanto, sabremos más en seguida. ¡Contempladla bien! Por favor, miradla. ¿Lo notáis, señores? ¡La culpabilidad habrá de rebelarse, aun cuando la lengua está muda!

Entra EMILIA

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué sucede? ¿Qué sucede, esposo?

IAGO.- Cassio acaba de ser asaltado aquí, en la oscuridad, por Rodrigo y otros individuos que se han dado a la fuga. Le han medio matado y Rodrigo está muerto.

EMILIA.- ¡Ay, el buen caballero! ¡Ay, el buen Cassio!

IAGO.- ¡He ahí los frutos de la putería!- Por favor, Emilia, ve a informarte dónde ha cenado Cassio esta noche. *(A Blanca.)* ¡Cómo! ¿Os hace esto temblar?

BLANCA.- Ha cenado en mi casa; pero esto no me hace temblar.

IAGO.- ¡Oh! ¿Ha cenado en vuestra casa? Os lo ordeno, venid conmigo.

EMILIA.- ¡Vergüenza, vergüenza de ti, puta!

BLANCA.- ¡Yo no soy una puta, sino una mujer de vida tan honrada como vos que me insultáis así!

EMILIA.- ¿Como yo? ¡Quita allá! ¡Vergüenza de ti!

IAGO.- Amables caballeros, vamos a ver curar al pobre Cassio.- Venid, señora, nos contaréis otro cuento.- Emilia, corre a la ciudadela y refiere a mi señor y a mi señora lo que ha ocurrido.- ¿Queréis ir delante? *(Aparte.)* ¡Esta noche hago mi suerte o me destruyo por completo! *(Salen.)*

Escena Segunda

Dormitorio en el castillo.-Desdémona duerme en el lecho.-Arde una luz

Entra OTELO

OTELO.- ¡He ahí la causa! ¡He ahí la causa, alma mía!... ¡Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas!... ¡He ahí la causa!... Sin embargo, no quiero verter su sangre, ni desgarrar su piel, más blanca que la nieve, y tan lisa como el alabastro de un sepulcro. Pero debe morir o engañará a más hombres.- ¡Apaguemos la luz, y después apaguemos su luz! Si te extingo, agente de la claridad, y me arrepiento en seguida, podré reanimar tu primitiva llama; pero una vez tu luz extinta, ¡oh, tú, el modelo más acabado de la hábil naturaleza!, no sé dónde está aquel fuego de Prometeo que volviera a encender tu luz. Cuando haya arrancado tu rosa, no podré darla de nuevo su potencia vital. Necesariamente habrá de marchitarse. *(Besando a Desdémona.)* ¡Quiero aspirarla en el tallo!- ¡Oh, aliento embalsamado que casi persuade a la justicia a romper su espada! - ¡Uno más! ¡Otro aún! ¡Quédate así, cuando estés muerta y te mataré, y acto seguido volveré a amarte! ¡Otro más! ¡El último!... ¡Nunca beso tan dulce fue tan fatal!... ¡Fuerza es que llore!... Pero son lágrimas crueles... ¡Este dolor es celestial; hiere allí donde ama!- Se despierta.

DESDÉMONA.- ¿Quién está ahí? ¿Otelo?

OTELO.- Sí, Desdémona.

DESDÉMONA.- ¿Queréis venir al lecho, mi señor?

OTELO.- ¿Habéis rezado esta noche Desdémona?

DESDÉMONA.- Sí, mi señor.

OTELO.- Si recordáis de algún crimen que os deje aún irreconciliada con el cielo y la gracia divina, solicitad pronto el perdón.

DESDÉMONA.- ¡Ay, mi señor! ¿Qué queréis decir con esas palabras?

OTELO.- Bien, hacedlo, y sed breve. Daré un corto paseo mientras. No quisiera matar tu espíritu sin hallarse preparado. No... ¡No lo permita el cielo!... ¡No quisiera matar tu alma!

DESDÉMONA.- ¿Habláis de matar?

OTELO.- Sí, de matar hablo.

DESDÉMONA.- ¡Entonces, el cielo tenga piedad de mí!

OTELO.- ¡Amén, con todo mi corazón!

DESDÉMONA.- Aunque habláis de esa manera, espero que no me mataréis.

OTELO.- ¡Hum!

DESDÉMONA.- Y, sin embargo, os temo, pues sois fatal cuando vuestros ojos ruedan así. Por qué deba temer, lo ignoro, puesto que no sé de culpabilidad. No obstante, lo siento, tengo miedo.

OTELO.- ¡Piensa en tus pecados!

DESDÉMONA.- Son amores que os llevo.

OTELO.- Sí, y por eso vas a morir.

DESDÉMONA.- Da una muerte contranatural el que mata porque se le ama. ¡Ay! ¿Por qué os mordéis así vuestro labio inferior? Alguna pasión sanguinaria agita todo vuestro ser. Ésos son los presagios. Mas, sin embargo, espero, espero que no es a mí a quien amenazan.

OTELO.- ¡Silencio, y estate quieta!

Desdémona.- Así lo haré. Pero ¿qué ocurre?

OTELO.- ¡Aquel pañuelo que tenía yo en tanta estima y que te regalé, lo diste a Cassio!

DESDÉMONA.- ¡No, por mi vida y por mi alma! Enviad a buscar a ese hombre y preguntadle.

OTELO.- ¡Dulce alma, ten cuidado, ten cuidado con el perjurio! ¡Estás en tu lecho mortuorio!

DESDÉMONA.- Sí, pero no para morir aún.

OTELO.- Sí, en seguida; por tanto, confiesa francamente tu crimen, pues negarlo artículo por artículo con juramento no podría disipar ni destruir la firme convicción bajo cuyo peso gimo. ¡Vas a morir!

DESDÉMONA.- ¡Entonces que el Señor tenga piedad de mí!

OTELO.- ¡Amén, te digo!

DESDÉMONA.- ¡Y tened piedad también vos! No os he ofendido jamás en mi vida; nunca he amado a Cassio, sino con esa estimación corriente que autoriza el cielo. Nunca le di presente alguno.

OTELO.- ¡Por el cielo, he visto mi pañuelo en sus manos! ¡Oh, mujer perjura! ¡Cambias mi corazón en piedra, y vas a hacerme cometer un asesinato, cuando me proponía un sacrificio! ¡Yo vi el pañuelo!

DESDÉMONA.- Lo habrá hallado entonces. Yo nunca se lo di. Haced que venga y que confiese la verdad.

OTELO.- La ha confesado.

DESDÉMONA.- ¿Qué ha confesado, mi señor?

OTELO.- Que se ha... servido de ti.

DESDÉMONA.- ¿Cómo? ¿Ilícitamente?

OTELO.- Sí.

DESDÉMONA.- ¡No lo dirá!

OTELO.- ¡No, su boca está cerrada! ¡Corrió de cuenta del honrado Iago!

DESDÉMONA.- ¡Oh! ¡Mi temor adivina!... ¡Cómo! ¿Ha muerto?

OTELO.- ¡Aunque hubiera tenido tantas existencias como cabellos, mi apetito de venganza las habría devorado todas!

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¡Le han traicionado y estoy perdida!

OTELO.- ¡Fuera, puta! ¿Le lloras en mi cara?

DESDÉMONA.- ¡Oh, desterradme, mi señor, pero no me matéis!

OTELO.- ¡Abajo, ramera!

DESDÉMONA.- ¡Matadme mañana! ¡Dejadme vivir esta noche!

OTELO.- ¡No, si resistís!...

DESDÉMONA.- ¡Media hora tan sólo!

OTELO.- Si se hace, no habrá vacilaciones.

DESDÉMONA.- ¡Sólo el tiempo de recitar una plegaria!

OTELO.- ¡Es demasiado tarde! *(La ahoga.)*

DESDÉMONA.- ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Dios!

EMILIA.- *(Dentro.)* ¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Eh! ¡Hola! ¡Mi señor! ¡Mi señor!

OTELO.- ¿Qué ruido es ése?... ¿No está muerta?... ¿No está del todo muerta?... ¡Aunque cruel, soy, sin embargo, compasivo!... ¡No quiero prolongar su sufrimiento!- ¡Así, así!

EMILIA.- *(Dentro.)* ¡Eh! ¡Hola! ¡Mi señor! ¡Mi señor!

OTELO.- ¿Quién está ahí?

EMILIA.- *(Dentro.)* ¡Oh, mi buen señor! ¡Quisiera deciros una palabra!

OTELO.- Sí...- Es Emilia.- ¡En seguida voy!...- ¡Está muerta!- ¡Quizá venga a hablarme de la muerte de Cassio! El ruido ha sido grande.- ¡Ah! ¿Ni un movimiento más? ¡Inmóvil como la tumba! ¿La dejaré que entre? ¿Sería bueno? Creo que se mueve aún.- No.- ¿Qué es preferible? Si entra, seguramente querrá hablar a mi mujer. ¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¿Qué mujer?... ¡Yo no tengo mujer! ¡Oh, idea insoportable! ¡Oh, aplastante hora! ¡Pienso que ojalá hubiera en este momento un enorme eclipse de Sol y Luna, y que el aterrado globo se entreabriese en este desorden!

EMILIA.- *(Dentro.)* ¡Oh, mi buen señor! Os lo suplico, permitidme que os hable.

OTELO.- Te había olvidado. ¡Oh, entra, Emilia!- Silencio.- Pronto.- Corramos las cortinas.- ¿Dónde estás? *(Abre la puerta.)*

Entra EMILIA

¿Qué te sucede?

EMILIA.- ¡Oh, mi buen señor! Acaba de cometerse ahí un infame asesinato.

OTELO.- ¡Cómo! ¿Ahora?

EMILIA.- ¡Ahora mismo, señor!

OTELO.- ¡Es el efecto de la desviación total de la Luna! Se aproxima a la Tierra más que de costumbre, y

vuelve locos a los hombres.

EMILIA.- Cassio, señor, ha matado a un joven veneciano llamado Rodrigo.

OTELO.- ¡Rodrigo muerto! ¡Y Cassio también!

EMILIA.- No, Cassio no ha sido muerto.

OTELO.- ¡Cassio no ha sido muerto! ¡Entonces desentona la muerte, y la melodiosa venganza suena discordante!

DESDÉMONA.-¡Oh, injustamente, injustamente asesinada!

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué grito es ése?

OTELO.- «¡Ése!» ¿Cuál?

EMILIA.- ¡Horror! ¡Ay! ¡Si era la voz de mi señora!... ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Hola! ¡Auxilio!- ¡Oh, señora! ¡Hablad otra vez! ¡Dulce Desdémona! ¡Oh, dulce señora, hablad!

DESDÉMONA.- ¡Muero inocente!

EMILIA.- ¡Oh! ¿Quién ha cometido este crimen?

DESDÉMONA.- Nadie. Yo misma. Adiós. Encomendadme a mi bondadoso señor. ¡Oh, adiós! *(Muere.)*

OTELO.- Pero ¿cómo puede haber sido asesinada?

EMILIA.- ¡Ay! ¿Quién sabe?

OTELO.- Le habéis oído decir a ella misma que no fui yo.

EMILIA.- Así lo ha dicho. Debo atenerme necesariamente a la verdad.

OTELO.- ¡Bajó al infierno abrasador como embustera! ¡Yo fui quien la mató!

EMILIA.- ¡Más ángel por eso ella, y vos más negro diablo!

OTELO.- ¡Se había dado a la impudicia, y era una puta!

EMILIA.- ¡La calumnias, y eres un diablo!

OTELO.- ¡Era pérfida como la onda!

EMILIA.- ¡Y tú eres temerario como el fuego, al decir que fue pérfida! ¡Oh, ella fue celestialmente leal!

OTELO.- ¡Cassio la había seducido! Pregúntalo, si no, a tu esposo. ¡Oh, sería yo condenado por debajo de todas las profundidades del infierno, de no haber llegado, sobre el terreno de lo justo, a esta extremidad! Tu marido sabía todo.

EMILIA.- ¡Mi marido!

OTELO.- Tu marido.

EMILIA.- ¿Que había faltado a la fe conyugal?

OTELO.- Sí, con Cassio. Pues si hubiera sido fiel, aun cuando el cielo fabricara para mí otro mundo semejante, compuesto de un crisólito entero y puro, no la hubiera cambiado por él.

EMILIA.- ¿Mi marido?

OTELO.- Sí, él fue quien me lo advirtió primero; es un hombre honrado, y detesta el fango que se adhiere a las acciones inmundas.

EMILIA.- ¡Mi marido!

OTELO.- ¿Qué significa esas repeticiones, mujer? Tu marido he dicho.

EMILIA.- ¡Oh, señora! ¡La vileza ha hecho trampas con el amor! ¿Ha dicho mi marido que era desleal?

OTELO.- El mismo, mujer. Tu marido, repito. ¿Entiendes la palabra? Mi amigo, tu marido, el honrado, el honrado Iago.

EMILIA.- ¡Si ha dicho eso, púdrase su alma perniciosa medio grano al día! ¡Miente desde el fondo de su corazón! ¡Estaba demasiado prendada de su elección, por demás horrible!

OTELO.- ¡Ah!

EMILIA.- ¡Haz lo peor que quieras! Esta acción es tan poco digna del cielo, como tú poco digno de ella.

OTELO.- ¡Silencio! Os irá mejor.

EMILIA.- No tienes para hacerme mal la mitad de fuerza que yo para sufrirlo. ¡Oh, crédulo! ¡Oh, imbécil! ¡Tan inconsciente como el barro! Has cometido una acción ¡No me inquieta tu espada! ¡Te daré a

conocer, aunque perdiera veinte vidas! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Hola! ¡Socorro! ¡El moro ha matado a mi señora! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

Entran MONTANO, GRACIANO *e* IAGO

MONTANO.- ¿Qué ocurre? ¡Hola, general!

EMILIA.- ¡Oh! ¿Habéis venido, Iago? Menester es que hayáis obrado bien, para que las gentes os echen sus crímenes sobre vuestras espalda.

GRACIANO.- ¿Qué sucede?

EMILIA.- ¡Desmiente a este malvado, si eres un hombre! Dice que le has contado que su esposa era desleal. Sé que no lo has hecho; tú no eres un villano semejante. Habla, pues mi corazón se desborda.

IAGO.- Le he dicho lo que pensaba, y nada que no haya podido conocer y verificar por sí mismo.

EMILIA.- ¿Pero le dijisteis alguna vez que ella era desleal?

IAGO.- Se lo he dicho.

EMILIA.- Le habéis dicho una mentira, una odiosa y condenada mentira. ¡Por mi alma, una mentira, una mentira criminal! ¡Ella desleal con Cassio! ¿Habéis dicho con Cassio?

IAGO.- Con Cassio, señora. Vamos, retened vuestra lengua.

EMILIA.- No retendré mi lengua; estoy obligada a hablar. ¡Mi señora yace ahí, asesinada en su lecho!...

TODOS.- ¡Oh, no lo permita Dios!

EMILIA.- ¡Y son vuestros informes los que le han hecho cometer este asesinato!

OTELO.- ¡No os pasméis, señores! ¡Es la pura verdad!

GRACIANO.- ¡Terrible verdad!

MONTANO.- ¡Oh, acto monstruoso!

EMILIA.- ¡Infamia! ¡Infamia! ¡Infamia! ¡No me cabe duda! ¡La sospecho! ¡La olfateo! ¡Oh, infamia!... ¡La presumía ya! ¡Me mataré de pena!... ¡Oh, infamia, infamia!

IAGO.- ¡Cómo! ¿Estáis loca? ¡Os lo mando; volved a casa!

EMILIA.- ¡Buenos caballeros, permitidme que hable! Es justo que lo obedezca, pero no ahora. ¡Quizá, Iago, no vuelva nunca al hogar!

OTELO.- ¡Oh, oh, oh! *(Cae sobre el lecho.)*

EMILIA.-¡Sí! ¡Déjate caer y ruge! ¡Pues ha matado a la más tierna inocente que alzó jamás los ojos al cielo!

OTELO.- *(Levantándose.)* ¡Oh! ¡Era impura! *(A Graciano.)* Apenas os conozco, tío. ¡Ahí yace vuestra sobrina, cuyo aliento, en verdad, acaban de cortar estas manos! ¡Sé que este acto aparece horrible y cruel!

GRACIANO.- ¡Pobre Desdémona! ¡Cuánto me alegro de que no exista tu padre! ¡Tu casamiento fue para él un golpe mortal, y la sola pena que cortó en dos el viejo hilo de su vida! Si viviera ahora, este espectáculo le impulsaría a algún acto de desesperación. ¡Sí! ¡Maldeciría a su buen ángel, le arrojaría de su lado y se atraería la reprobación del cielo!

OTELO.- ¡Lástima da! Pero no obstante, sabe Iago que cometió mil veces con Cassio el acto vergonzoso. Cassio mismo lo ha confesado. Y ella recompensó sus trabajos amorosos con aquel testimonio y prenda de amor que yo le entregué en los primeros días; yo lo he visto en sus manos; era un pañuelo, un antiguo presente que mi padre había hecho a mi madre.

EMILIA.- ¡Oh, cielo! ¡Oh, poderes celestiales!

IAGO.- *(A Emilia.)* ¡Voto a Dios! ¡Callaos!

EMILIA.- ¡Lo revelaré! ¡Lo revelaré! ¿Callarme, señor? ¡No, no! ¡Hablaré tan libremente como el viento del Norte! ¡El cielo, los hombres, los diablos, todo, todo, todo, puede gritar vergüenza contra mí, pero hablaré!

IAGO.- Sed juiciosa, e idos a casa.

EMILIA.- ¡No quiero! *(Iago intenta herir a Emilia.)*

GRACIANO.- ¡Quitad! ¡Levantar vuestra espada contra una mujer!

EMILIA.- ¡Oh, moro estúpido! El pañuelo de que hablas lo encontré yo por casualidad y se lo entregué a mi marido; pues a menudo, con suma insistencia (más que mereciera, en verdad, una bagatela semejante), me había suplicado que lo robara.

IAGO.- ¡Infame puta!

EMILIA.- ¡Darlo ella a Cassio! ¡No, ay! ¡Yo lo encontré y se lo di a mi marido!

IAGO.- ¡Mientes, basura!

EMILIA.- ¡Por el cielo, no miento! ¡No miento, caballeros! ¡Oh, imbécil asesino! ¿Qué había de hacer un mastuerzo semejante con una esposa tan buena?

OTELO.- ¿No hay en el cielo otras piedras sino las que sirven para el trueno? ¡Insigne villano! *(Se precipita sobre Iago. Iago hiere a Emilia y sale.)*

GRACIANO.- ¡Esta mujer cae! ¡De seguro que ha matado a su esposa!

EMILIA.- ¡Sí, Sí!... ¡Oh! ¡Colocadme al lado de mi señora!

GRACIANO.- Ha huido, pero hirió de muerte a su mujer.

MONTANO.- ¡Es un infame malvado! Tened esta arma que acabo de quitar al moro; guardad la puerta al exterior; no le dejéis pasar, matadlo antes. Voy a correr tras ese bellaco, que es un esclavo maldito. *(Salen Montano y Graciano.)*

OTELO.- ¡Ya ni valor me queda, pues cualquier muñeco enfermizo puede arrebatarme la espada! Pero ¿por qué el honor había de sobrevivir a la honestidad? ¡Que vayan en compañía!

EMILIA.- ¿Qué presagiaba tu canción, señora? ¡óyeme! ¿Puedes escucharme? ¡Quiero imitar al cisne y morir en la música! *(Cantando.)*

Sauce, sauce, sauce...

¡Moro, era casta! ¡Te amaba, moro cruel! ¡Así posea mi alma la dicha suprema como digo la verdad! ¡Y hablando como pienso, muero!... ¡Muero! *(Muere.)*

OTELO.- ¡Tengo otra arma en esta habitación! ¡Es una espada española, templada en la onda fría! ¡Oh, hela aquí!... ¡Tío, es menester que salga!

GRACIANO.- *(Dentro.)* ¡Si lo intentas, te costará caro! No tienes armas, y a la fuerza habrás de someterte.

OTELO.- ¡Mírame aquí dentro, entonces, y háblame; o desarmado como estoy, me precipitaré sobre ti!

Vuelve a entrar GRACIANO

GRACIANO.- ¿Qué ocurre?

OTELO.- ¡Mirad! ¡Tengo un arma! Nunca una mejor pendió del muslo de un soldado. He visto el día en

que, con este débil brazo y esta buena espada, me abría un camino a través de obstáculos veinte veces más potentes que vuestra resistencia... Pero ¡oh, alarde inútil! ¿Quién puede oponerse a su destino? No ocurre así ahora. No temáis, aunque me veáis armado. He aquí el fin de mi viaje, mi postrera etapa, el faro a que hago vela por última vez. ¿Retrocederéis de espanto? Vano temor. Dirige tan solo un junco contra el pecho de Otelo y se retirará. ¿Dónde habría de ir Otelo? Veamos, ¿qué aspecto presentas ahora? ¡Oh, mujer nacida bajo una mala estrella! ¡Pálida como tu camisa! ¡Cuando nos encontremos en el tribunal de Dios, tu aspecto presente bastará para precipitar mi alma fuera del cielo, y los demonios se apoderarán de ella! ¡Fría, fría, mi bien! ¡Fría, como tu misma castidad! ¡Oh, maldito, maldito esclavo!... ¡Demonios, arrojadme a latigazos de la vista de esta aparición celestial! ¡Hacedme rodar en los vientos sin reposo! ¡Asadme en azufre! ¡Sumergidme en las simas profundas del fuego líquido! ¡Oh, Desdémona! ¡Desdémona! ¡Muerta! ¡Oh, oh, oh!

Entran LUDOVICO, MONTANO, CASSIO, *llevado en una litera, y* OFICIALES, *con* IAGO *preso*

LUDOVICO.- ¿Dónde está ese furioso y por demás desventurado?   OTELO.- ¡Éste es el que fue Otelo! Vedme aquí.

LUDOVICO.- ¿Dónde está ese áspid? ¡Que avance ese malvado!

OTELO.- Miro sus pies; pero es una fábula. ¡Si eres un diablo, no puedo matarte! *(Otelo, hiere a Iago.)*

LUDOVICO.- ¡Quitadle la espada!

IAGO.- Sangro, señor; pero no he sido muerto.

OTELO.- Tanto mejor; quisiera que vivieses, pues a mi juicio es una dicha morir.

LUDOVICO.- ¡Oh, tú, Otelo, un tiempo tan eminente, caído en los lazos de un esclavo maldito! ¿Qué se dirá de ti?

Otelo.- Pues cualquier cosa: asesino honorable, si queréis, pues nada he hecho por odio, sino todo por amor.

LUDOVICO.- Ese miserable ha confesado en parte su villanía, ¿Consentisteis él y vos en la muerte de Cassio?

OTELO.- Sí.

CASSIO.- Nunca os he dado motivo, querido general.

OTELO.- Lo creo, y os pido perdón. Por favor, ¿queréis preguntar a ese semidiablo por qué ha hechizado así mi alma y mi cuerpo?

IAGO.- No me preguntéis nada; sabéis lo que sabéis. A partir de este momento no pronunciaré ni una palabra.

LUDOVICO.- ¡Cómo! ¿Ni para rezar?

GRACIANO.- Los tormentos abrirán vuestros labios.

OTELO.- Bien; haces muy bien.

LUDOVICO.- Señor, debéis saber lo que ha ocurrido y que ignoráis aún, creo. Aquí hay una carta hallada en el bolsillo del difunto Rodrigo; y aquí otra; una de ellas revela que la muerte de Cassio debía ser ejecutada por Rodrigo.

OTELO.- ¡Oh, villano!

CASSIO.- ¡Colmo de la barbarie y de la estupidez!

LUDOVICO.- Ahora he aquí otra carta llena de reproches, igualmente hallada en su bolsillo. A lo que parece, Rodrigo tenía intención de remitírsela a este infame malvado; pero Iago, en el ínterin, vino y le dio satisfacción.

OTELO.- ¡Oh, pernicioso miserable! ¿Cómo llegó a vuestras manos, Cassio, aquel pañuelo que pertenecía a mi mujer?

CASSIO.- Lo hallé en mi habitación, y él mismo ha confesado no hace un instante que lo depositó allí para un proyecto especial que ha respondido a su deseo.

OTELO.- ¡Oh, necio, necio, necio!

CASSIO.- Se ve, además, en la carta de Rodrigo, por los reproches que le dirige, que Iago fue quien lo impulsó a insultarme en el cuerpo de guardia; de donde se siguió que perdería mi empleo; y hace unos instantes, tras haber parecido largo tiempo muerto, ha hablado; Iago fue quien lo excitó; Iago quien le dio de puñaladas.

LUDOVICO.- *(A Otelo.)* Os es preciso abandonar esta habitación y venir con nosotros. Se os ha quitado vuestro poder y vuestro mando, y Cassio gobierna en Chipre. En cuanto a este miserable, si existe alguna crueldad refinada que pueda hacerle sufrir mucho y por mucho tiempo, no escapará a ella. Vos quedaréis preso a buen recaudo hasta que la índole de vuestra falta sea conocida por el Estado de Venecia. Vamos, conducidle.

OTELO.- ¡Poco a poco! Una palabra o dos antes que partáis. He rendido algunos servicios al Estado, y lo saben los senadores. Pero no hablemos de eso... Os lo suplico, cuando en vuestras cartas narréis estos desgraciados acontecimientos, hablad de mí tal como soy; no atenuéis nada, pero no añadáis nada por mi

malicia. Si obráis así, trazaréis entonces el retrato de un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien; de un hombre que no fue fácilmente celoso; pero que una vez inquieto, se dejó llevar hasta las últimas extremidades; de un hombre cuya mano, como la del indio vil, arrojó una perla más preciosa que toda su tribu; de un hombre cuyos ojos vencidos, aunque poco habituados a la moda de las lágrimas, vertieron llanto con tanta abundancia como los árboles de la Arabia su goma medicinal. Pintadme así, y agregad que una vez en Alepo, donde un malicioso turco en turbante golpeaba a un veneciano e insultaba a la República, agarré de la garganta al perro circunciso y dile muerte... ¡así! *(Se da de puñaladas.)*

LUDOVICO.- ¡Oh, desenlace sangriento!

GRACIANO.- Todo lo que se hable es perdido.

OTELO.- ¡Te besé antes de matarte!... ¡No me queda más que este recurso: darme la muerte para morir con un beso! *(Cae sobre Desdémona y muere.)*

CASSIO.- Lo temía, pero creí que no tenía armas; pues poseía un gran corazón.

LUDOVICO.- *(A Iago.)* ¡Oh perro espartano, más cruel que la angustia, el hambre o la mar! ¡Mira el trágico fardo de este lecho! ¡He aquí tu obra! Este espectáculo emponzoña la vista. Cubridlo Graciano, guardad la casa y coged los bienes del moro, pues lo heredáis. A vos, señor gobernador, incumbe la sentencia de este infernal malvado. Fijad el tiempo, el lugar, el suplicio. ¡Oh, que sea terrible! Yo voy a embarcarme inmediatamente, y a llevar al Estado, con un corazón doloroso, el relato de este doloroso acontecimiento. *(Salen.)*

FIN DE «OTELO, EL MORO DE VENECIA»

Otelo : el moro de Venecia

Shakespeare, William

Índice

Otelo : el moro de Venecia
Shakespeare, William